LIBROdot.com

B. PÉREZ GALDÓS

LA

LOCA DE LA CASA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS



MADRID
Imprenta de LA GUIRNALDA
Calle de las Fuentes, 19, bajo.
—
1893

La loca de la casa

Comedia en cuatro actos



Benito Pérez Galdós

Título Original: La loca de la casa © 1893.

Edición electrónica de Cervantes Virtual.

PERSONAJES

VICTORIA *hija de Moncada*.
GABRIELA *hija de Moncada*.
DOÑA EULALIA, *hermana del mismo*.
LA MARQUESA DE MALAVELLA.
SOR MARÍA DEL SAGRARIO.
CARMETA, *criada de Moncada*.
JOSÉ MARÍA CRUZ.
DON JUAN DE MONCADA.
DANIEL, *Marqués de Malavella.*
JAIME.
HUGUET, *amigo y agente de Moncada*.
JORDANA, *alcalde de Santa Madrona*.
LLUCH, *portero de la fábrica*.

Hermanas de la Caridad, señoras y caballeros del vecindario de Santa Madrona, etc.

La acción es contemporánea, y se supone en un pueblo de los alrededores de Barcelona, designado con el nombre convencional de Santa Madrona.

Imprimo completa esta obra, tal como fue presentada en el Teatro de la Comedia en Octubre del pasado año. Las exigencias de la representación escénica, como resultan hoy de los gustos y hábitos del público (más tolerante con los entreactos interminables, que con los actos de alguna extensión), han impuesto al autor de esta comedia la ley estrecha de la brevedad, y a la brevedad se atiene, salvando, en lo posible, la verdad de los caracteres y la lógica de la acción.

Mientras llega la ocasión crítica de descifrar el enigma que lleva en sí toda obra representable, esta se ofrece al público de lectores, medrosa, sí, pero con menos miedo que ante el público de oyentes. Y si Dios y la excelente compañía de la Comedia le deparan un resultado feliz en la representación, será impresa nuevamente en la forma y dimensiones de obra teatral.

1º de Enero de 1893.

B. P. G.

Acto primero

Salón de planta baja en la torre o casa de campo de Moncada, en Santa Madrona.-Al fondo, galería de cristales que comunica con una terraza, en la cual hay magníficos arbustos y plantas de estufa, en cajones.-En el foro, paisaje de parque, frondosísimo, destacándose a lo lejos las chimeneas de una fábrica.-A la derecha, puertas que conducen al gabinete y despacho del señor de Moncada.-A la izquierda, la puerta del comedor, el cual se supone comunica también con la terraza.-A la derecha de esta, se ve el arranque de la escalera, que conduce a las habitaciones superiores de la casa y al oratorio.-A la derecha, mesa grande con libros, planos y recado de escribir.-A la izquierda, otra más pequeña con una cestita de labores de señora.-Muebles elegantes.-Piso entarimado.-Es de día.

Escena primera

LA MARQUESA DE MALAVELLA *con sus dos hijos,* DANIEL *y* JAIME, *que entran por el parque. Después* GABRIELA.

LA MARQUESA.- Ya estamos... ¡Ay, hijos, me habéis traído a la carrera! *(Volviéndose para contemplar el paisaje.)* ¡Pero qué jardín, qué vegetación! Santa Madrona es un paraíso, y el amigo Moncada vive aquí como un príncipe.

JAIME.- No verás posesión como esta en todo el término de Barcelona. ¡Y qué torre, qué residencia señoril! Cuando entro en ella, eso que llamamos espíritu parece que se me dilata, como un globo henchido de gas.

DANIEL.- *(meditabundo.)* Cuando entro en ella, la hipocondría no se contenta con roerme; me devora, me consume. *(Apártase de su madre y de Jaime, y cuando estos avanzan al proscenio, vuelve hacia el fondo contemplando la vegetación.)*

LA MARQUESA.- ¿Y Gabriela?

JAIME.- *(mirando hacia el comedor.)* Ahora saldrá. Está dando la merienda a los niños.

LA MARQUESA.- ¿Chiquillos, aquí?

JAIME.- Sí, mamá: los seis hijos de Rafael Moncada, que han sido recogidos por su abuelo.

LA MARQUESA.- Es verdad... ¡Pobres huerfanitos! *(Entra Gabriela en traje de casa, muy modesto, con delantal.)* Gabriela, hija mía, ángel de esta casa. *(La besa cariñosamente.)* ¿Pero cómo te las gobiernas para atender a tantas cosas?

GABRIELA.- ¡Qué remedio tengo! Ya ve usted... Estoy hecha una facha. *(Quitándose el delantal.)* Les he dado la merienda, y ahora van de paseo con el ama y la institutriz. *(Saludando a Daniel.)* Dichosos los ojos...

DANIEL.- Tanto gusto... *(Le estrecha la mano.)*

GABRIELA.- *(a la Marquesa.)* ¿Pero no se sienta usted?

LA MARQUESA.- No: dispongo de poco tiempo. Con dos objetos he venido. Primero: visitar a tu papá y a tu tía Eulalia; segundo: ver y alquilar, si me gusta, una de las casitas que han construido... ahí en el camino de Paulet.

JAIME.- ¿Sabes?, junto al convento de Franciscanos.

GABRIELA.- ¡Ah, sí! Son preciosas.

LA MARQUESA.- Y baratas, según dice este. Hija mía, los tiempos están malos, y lo primero que hay que buscar es la economía.

GABRIELA.- ¿De modo que seremos vecinas esta primavera?

LA MARQUESA.- Sí. *(Bajando la voz.)* Tenemos a Daniel bastante delicado... inapetencia, melancolías...

JAIME.- Y la Facultad *(por sí mismo)* ordena campo, aires puros, sosiego, trato continuo y familiar con la naturaleza.

GABRIELA.- ¡Pobrecito Daniel! *(Los tres observan a Daniel, que ha vuelto al fondo y está embebecido contemplando el paisaje.)* ¿Trabaja demasiado?

LA MARQUESA.- Ya no... *(Suspirando.)* ¡Lástima de bufete, llamado a ser uno de los primeros de Barcelona! *(Cariñosamente a Daniel.)* Hijo mío, ¿qué haces?

DANIEL.- Nada, miraba... Mucho ha cambiado Santa Madrona de seis meses acá... Dígame usted, Gabriela; allí veo una torre gótica, esbeltísima. *(Señala al fondo por la izquierda, hacia un punto que no se ve desde el teatro.)*

GABRIELA.- La de los Franciscanos. La concluyó papá hace un mes.

DANIEL.- *(señalando hacia la derecha.)* ¿Y aquel gran edificio?

JAIME.- El hospital, Asilo de huérfanos y Casa de Expósitos que debemos a Jordana.

DANIEL.- ¡Soberbia construcción!

GABRIELA.- Hecha toda con limosnas, suscripciones y petitorios.

JAIME.- Y con funciones de teatro, bailes, tómbolas, rifas y *kermesses*... ¡Es mucho hombre ese Jordana!

LA MARQUESA.- *(queriendo recordar.)* Jordana, Jordana...

DANIEL.- El alcalde perpetuo.

JAIME.- Sí, mamá, aquel que llamábamos el patriarca bíblico porque tiene veinticinco hijos.

GABRIELA.- No tanto... son quince.

LA MARQUESA.- ¡Jesús!... *(Con prisa de marcharse.)* ¿Puedo ver a tú papá y a Eulalia?

GABRIELA.- *(acercándose de puntillas a una de las puertas de la derecha.)* Papá... escribiendo en el despacho. Mi tía no tardará en volver de la iglesia. *(Daniel se aleja de nuevo hacia la terraza.)*

LA MARQUESA.- Esperaremos un ratito. *(A Gabriela con extremos de cariño.)* ¡Ah, dame otro beso! No me canso de mirarte, ni de admirarte, ni de alabar a Dios por la dicha que me concede haciéndote mi hija.

JAIME.- *(con entusiasmo.)* Madre. ¿No es verdad que no la merezco? Dígame usted que no la merezco.

LA MARQUESA.- Sí, hijo, la mereces, ¿por qué no? Tú también eres bueno...

JAIME.- ¡Que no la merezco! Pero en fin, la tengo: lo mismo da. ¡Qué feliz soy! Y usted, mamá, también lo es. Diga que lo es... dígalo pronto, si no quiere que me incomode.

GABRIELA.- *(a la Marquesa que hace signos negativos.)* Dígalo para que nos deje en paz.

LA MARQUESA.- Lo digo y no lo digo... Escuchadme: *(Cogiendo a Gabriela y Jaime por una mano y situándose entre los dos.)* Soñé que cogía en mis manos la felicidad... enterita, completa, redonda, toda para mí... Era como una hostia. Al despertar de aquel sueño, encontreme que sólo poseía la mitad... La otra mitad, rota, caída, deshecha a mis pies... Tu padre, el buen Moncada, el consecuente amigo de mi esposo, tenía dos hijitas casaderas, ángeles si los hay... pues yo creo en los ángeles terrestres.

JAIME.- Yo no... pero en fin, pase.

LA MARQUESA.- Dos ángeles digo: tú y tu hermana Victoria. Yo tenía y tengo dos hijos. No por ser míos, ni por hallarse presentes, dejaré de afirmar que algo valen. Este te quiso a ti, Daniel a tu hermana. Dieron las niñas el sí con aquiescencia y regocijo de los padres. Doble matrimonio, dicha completa... Pero ¡ay!, de la noche a la mañana, Victoria se siente arrebatada de un misticismo ardiente, le nacen alas, levanta el vuelo, y no para hasta ingresar en la Congregación religiosa del *Socorro*; y mi pobre Daniel... *(Mirándole desde lejos.)* Ahí le tienes... sin haberse casado, parece un viudo inconsolable. Esa es la mitad de mi dicha perdida. La mitad alcanzada eres tú, que serás esposa de este indigno médico. *(Óyese sonido de campana, lejano.)*

DANIEL.- Mamá, que es tarde...

LA MARQUESA.- Sí, vamos.

DANIEL.- Si te parece, después de ver la casa, entraremos un rato en los franciscanos. *(A Gabriela.)* Ese esquilón... *(Deteniéndose a oírlo.)* ¡Qué extraño timbre, a la vez dulce y desgarrador!... No puedo oírlo sin estremecerme.

LA MARQUESA.- ¿Ya empiezas? *(A Gabriela en secreto.)* ¡Pobre muchacho!, le tenemos tocado... de monomanía religiosa. *(Alto.)* En fin, me voy... Puesto que Eulalia no viene, la veré a la vuelta.

GABRIELA.- Tomarán ustedes chocolate con nosotros.

LA MARQUESA.- Si no se empeñan los franciscanos en que probemos el suyo, aquí nos tendrás. Vaya, adiós. *(A Jaime.)* ¿Tú te quedas?

JAIME.- Naturalmente.

LA MARQUESA.- Hasta luego... *(Tomando el brazo a Daniel, vanse por el fondo.)*

Escena II

GABRIELA, JAIME

JAIME.- Ya rabiaba por verte.

GABRIELA.- ¡Ocho días sin venir!

JAIME.- Que me han parecido ocho siglos. Habrás recibido mis ocho cartas, a carta por siglo.

GABRIELA.- Sí, y sólo te he contestado cuatro letras... ya ves; no tengo tiempo para nada. Con la anexión de los sobrinitos, necesito Dios y ayuda para atender a todo...

JAIME.- *(con entusiasmo.)* ¡Mujer extraordinaria, sublime, excelsa!

GABRIELA.- Tonto, no adules,

JAIME.- Déjame, déjame que te eche muchísimo incienso...

GABRIELA.- ¡Fastidioso!

JAIME.- Dime: cuando nos casemos, ¿seguirás de reina Gobernadora en la casa de tu papá?

GABRIELA.- Es natural que sí. ¿Cómo quieres que le deje solo?

JAIME.- ¡Ah!, no... de ninguna manera... ¡Don Juan de mi alma! Pero es mucho trabajo para ti. ¿Por qué no había de ayudarte tu tía doña Eulalia?

GABRIELA.- ¡Mi tía! *(riendo.)* No la saques de sus rezos, de su labor de gancho, de sus visitas a todas las monjas y frailes que hay en tres leguas a la redonda; no la saques de dar buenos consejos y traer malas noticias, y de opinar siempre en contra de los demás. Es buenísima; pero al nivel de su virtud, y un poquito más arriba, pongamos su inutilidad.

JAIME.- Bueno... Pues no nos acobardemos por el exceso de trabajo... ¡Ah! ¿Sabes que voy teniendo clientela? Decididamente, me dedico a la especialidad de enfermedades nerviosas.

GABRIELA.- Pues empieza por tu hermano... ¿Sabes que no me gusta nada su aspecto?

JAIME.- Pasión de ánimo. Lo que dijo mamá: soltero, y viudo inconsolable. Créelo, tu hermanita le desquició con el dichoso monjío. Lo más raro es que a Daniel le ataca también ese terrible asolador del humano cerebro: el *bacillus mística.*

GABRIELA.- ¿De veras?

JAIME.- Los Franciscanos de Barcelona cuidan de inoculárselo.

GABRIELA.- ¿Qué me cuentas?

JAIME.- Sí; mañana y tarde le tienes entre frailes más o menos descalzos, platicando de cosas abstrusas y enrevesadas, cháchara espiritualista, que yo, disector de cadáveres, no he podido entender nunca.

GABRIELA.- No desatines.

JAIME.- Y a propósito de enfermos. ¿Qué tiene tu papá?

GABRIELA.- *(con asombro.)* ¿Papá? Nada... Ah, sí; algo tiene... Padece insomnios, tristezas... Apenas habla... Se me figura que ha sufrido estos días algún contratiempo gravísimo.

JAIME.- El incendio de los almacenes de Barceloneta.

GABRIELA.- No... algo más será... Presumo que pérdidas considerables en Bolsa. Huguet, su agente y amigo, viene casi todas las tardes.

JAIME.- Hoy también.

GABRIELA.- ¿Con vosotros?

JAIME.- No.

GABRIELA.- *(con interés.)* ¿En qué coche venía Huguet?

JAIME.- En el de ese bárbaro... ¿Cómo se llama?... ¡Ah! Cruz, José María Cruz, que vive ahí, en casa de Jordana.

GABRIELA.- *(recelosa.)* ¿Venía también Cruz?

JAIME.- Sí... Sabrás que mis amigos le llaman *el gorilla*, porque moral y físicamente nos ha parecido una transición entre el bruto y el *homo sapiens.*

GABRIELA.- Hombre de baja extracción, alma sórdida y cruel, facha innoble, la riqueza no le ha enseñado, como a otros, a sobredorar la grosería de sus modales, la vulgaridad zafia de sus pensamientos.

JAIME.- Mala persona, según dicen. ¿Y es cierto que se crió aquí, en tu torre?

GABRIELA.- Sí, hombre. Es hijo de un carretero que tuvimos en casa. Yo era muy niña entonces. Apenas me acuerdo.

JAIME.- ¡Qué cosas se ven!

GABRIELA.- Es de esos que van cerriles a América, y luego vuelven cargados de dinero. La Providencia nos ofrece a cada instante estas ironías horribles.

JAIME.- La riqueza en perfecto consorcio con la barbarie.

GABRIELA.- *(con vehemencia.)* En fin, es hombre el tal Cruz, cuya presencia y cuya voz me atacan los nervios... Apenas cambio el saludo con él... Y el muy bruto no conoce la antipatía, la repugnancia que me inspira... y... vamos, ¿te lo cuento?

JAIME.- *(receloso.)* ¿Qué? Me asustas.

GABRIELA.- Anteayer iba yo por el jardín... ¡Pasé un susto...! Estaba sola. Presentóseme saliendo de unas matas, como res brava perseguida de cazadores; y al verle delante de mí quedeme fascinada, sin poder hablar. Quise dar un grito; pero no lo di, hijo, no lo di.

JAIME.- Eso es lo que no sabe ninguna mujer: gritar a tiempo.

GABRIELA.- Pues con una inclinación muy torpe de cabeza y cuerpo me saludó, y al querer ser fino y galán, parecía que se iba a poner a cuatro patas.

JAIME.- *(con repentina cólera.)* Gabriela... ¿ese animal tiene el atrevimiento increíble de prendarse de ti?

GABRIELA.- Algo de eso me dio a entender con sus gruñidos...

JAIME.- No me lo digas...

GABRIELA.- ¿Pero yo que culpa tengo...?

JAIME.- *(muy inquieto.)* ¡Enamorado de ti! ¡Ay, qué idea me asalta, qué recelo, qué presentimiento horrible! Gabriela, ese hombre te quiere comprar. Dime, por tu vida, dímelo; dime que no te vendes... que no cambiarás mi honrada personalidad por la de ese alcornoque cargado de bellotas de oro...

GABRIELA.- ¿Pero estás loco? *(viendo salir a Moncada.)* Cállate... Mi padre...

Escena III

Dichos. MONCADA, *que sale por la derecha, muy caviloso y triste; después* HUGUET.

MONCADA.- (¡Qué ansiedad! ¡Lo que tarda Huguet!...)

JAIME.- Señor don Juan...

MONCADA.- ¡Ah, Jaime! *(con indiferencia.)* ¿Qué tal? ¿Y tu mamá?

JAIME.- Ha venido conmigo y con Daniel.

GABRIELA.- ¿Sabes, papá?... La Marquesa alquila una de las casitas de abajo...

MONCADA.- *(que no se ha fijado en lo que Jaime y Gabriela le han dicho.)* Dime: ¿me traes alguna mala noticia?

JAIME.- *(sorprendido.)* ¿Mala noticia?

MONCADA.- ¿No?... Es que... Hace días que no entra aquí una persona sin anunciarme algún desastre.

JAIME.- ¡Don Juan!

MONCADA.- Cuantas desdichas pienso, suceden. Toda la mañana me la llevo... pensando que ha caído un rayo en mi casa de Barcelona.

JAIME.- ¡Qué disparate!

MONCADA.- *(viendo salir a Huguet por el fondo.)* ¡Ah!, gracias a Dios.

GABRIELA.- *(aparte a Jaime.)* (Huguet... estamos demás aquí.) *(Retírase por la izquierda. Jaime la sigue.)*

JAIME.- *(reparando en la expresión sombría del rostro de Huguet.)* (Mal cariz tiene el agente.)

GABRIELA.- *(ordenando a Jaime que salga por el parque.)* Tú por allí... *(Vanse.)*

Escena IV

MONCADA, HUGUET

MONCADA.- *(impaciente.)* ¿A ver...? ¿Qué hay? ¿Qué nueva desgracia me traes hoy?

HUGUET.- *(cohibido.)* Hombre, aguarda...

MONCADA.- Tu cara no puede engañarme. De tanto leer en ella me la sé de memoria.

HUGUET.- Te diré... La cosa es grave; pero aún...

MONCADA.- *(con firmeza.)* Déjate de atenuaciones, Facundo. No las necesito.

HUGUET.- Bueno. Pues... lo que temíamos, Juan, un pánico horroroso, que no hemos podido contener comprando hasta comprometernos con ciega temeridad. Artús y yo hemos hecho verdaderas locuras. ¡Esfuerzo inútil! Las acciones del *Banco Mercantil y Naval,* ofrecidas a veinticinco.

MONCADA.- *(llevándose las manos a la cabeza.)* ¡A veinticinco!

HUGUET.- Ya me lo temía...

MONCADA.- *(con ansiedad.)* Di: ¿podré esperar que la *Compañía Insular y Continental* me apoye para evitar el último desastre?

HUGUET.- ¡Ay, querido Juan!, pues tienes un alma bien templada para el infortunio, te diré que...

MONCADA.- *(vivamente.)* No sigas. Mi pesimismo me da un gran poder de adivinación. Hace un rato, pensaba en la espantosa baja... ¡La veía! Y he visto que la *Compañía Insular* es también cosa muerta... ¿Acerté?

HUGUET.- *(con honda tristeza.)* Sí. *(Pausa.)* Han venido para ti tiempos malos, compensación de los buenos que gozaste. Así es el mundo.

MONCADA.- ¡Ay, sí! La fortuna me halagó con increíble perseverancia durante treinta años. Tú, todos, yo mismo, nos asombrábamos de mi loca fortuna.

HUGUET.- Sí... Tanta ventura no podía seguir. Decíamos que el Destino... ¿Te acuerdas de la broma?...

MONCADA.- Que el Destino me cebaba para comerme después. Acertasteis. Llegó un día en que eso que llamamos suerte, ese misterio eterno, por todos temido, por

nadie descifrado, se volvió contra su favorito. Empezaron mis desdichas con la muerte de mi esposa, mi idolatrada Luisa. ¡Ay! La prosperidad entró con ella en mi casa, y con ella se fue... Cuatro meses después de aquel golpe, recibí otro que también me hirió en lo más vivo del alma. Mi hija Victoria, la más parecida a su madre, la que me reproducía su bondad, su inteligencia, su viveza y gracia seductoras, es bruscamente, asaltada de un religioso entusiasmo que más bien parece exaltación insana. Su jovial carácter sufre una crisis profunda, que termina con la resolución de tomar el hábito en el *Socorro*. Mi cariño y el de su hermana y su tía, no pueden nada contra su piedad despiadada. Comprometida a casarse con Daniel de Aransis, a quien amaba desde que ambos eran jovenzuelos, lo abandona todo, padre, hermanos, novio, casa, familia y amigos...

HUGUET.- Su apasionada vocación es digna de respeto.

MONCADA.- Si no digo nada contra su vocación... Allá la tienes a punto ya de cumplir el plazo del noviciado y profesar. ¡Hija de mi alma!... ¡Perderte viva!... *(Desechando una idea triste.)* Pues sigo: al mes de ver partir a mi Victoria para el convento, (...¡cómo se eslabonan en esta cadena infame de la suerte las cosas divinas con las profanas!...) ocurre la espantosa baja de los algodones, que me hace perder en un día... ya lo sabes. Al mes siguiente, una inundación hace estragos en la fábrica de Igualada. Pasan veinte días, y el fuego me destruye parte de los almacenes de Barceloneta. Y así continúan estos que bien puedo llamar arañazos del monstruo, comparados con la inmensa desventura del mes anterior. Mi hijo, mi único varón, el *hereu,* la esperanza y el orgullo de mi casa, inteligencia poderosa, corazón grande, el que puso la fábrica de cerámica *(señalando el paisaje del fondo)* en el pie de prosperidad en que la ves... *(La aflicción no le permite concluir la frase.)*

HUGUET.- ¡Tristísimo recuerdo!

MONCADA.- Sucumbió, víctima de una rápida enfermedad infecciosa... Ahí tienes a sus seis niños, también huérfanos de madre, sin más amparo ya que su abuelo...

HUGUET.- *(animándole.)* Y les basta y les sobra... Vamos, Juan, ánimo.

MONCADA.- ¡Ay, Facundo! ¿no te parece a ti que Dios debe darme algún descanso?

HUGUET.- Y te lo dará.

MONCADA.- *(con desaliento.)* No; ya no espero nada. Me arrojo en brazos de la ciega fatalidad. Me siento incapaz de prevenir nuevos males, y de poner remedio a los que ya me agobian... Aquel tino mío para los negocios, aquel golpe de vista, Facundo, ya no existen. Soy todo indecisión, torpeza. Ya no tengo ideas. Sólo queda en mí una especie de estupefacción terrorífica, el continuo, el angustioso esperar de nuevos golpes. No me atrevo a dar un paso: creo que la casa se me cae encima. Cuantas personas veo paréceme que expresan el duelo de una desdicha que por compasión no quieren revelarme. Siento caer un plato, y me suena como si se hundiera un tabique. Temo al aire que respiro y a la luz que me alumbra. Tiemblo por mi hija, por Gabriela, mi solo consuelo ya. Tiemblo también por esos pobres niños. Pienso que jugando en el jardín se caen al estanque, o que les muerde un perro rabioso...

HUGUET.- *(cortándole la palabra.)* No más, no más ideas lúgubres. Lucharemos contra la adversidad... Más sereno que tú, yo veo caminos de salvación.

MONCADA.- *(desconfiado.)* ¿Cuáles? La venta de inmuebles de que hablamos el otro día?, ¿el préstamo hipotecario?

HUGUET.- Sí.

MONCADA.- Ya es tarde. Tendría que ser en condiciones ruinosas.

HUGUET.- Quién sabe... Te diré. He hablado con Cruz.

MONCADA.- *(vivamente.)* ¿Y tiene noticia del horrible *crack* de hoy?

HUGUET.- Si todo lo sabe. No creas que se presenta mal. Insiste en comprarte la fábrica y los terrenos de la Gran Vía.

MONCADA.- ¿Pero en qué condiciones? Es usurero. Se enroscará en mí, como el boa, y me ahogará.

HUGUET.- Y también parece dispuesto, si no quieres vender tus inmuebles, a hacerte el empréstito con garantía...

MONCADA.- Facundo, por Dios, no me des esperanzas que luego resultan fallidas... ¿Y crees tú que podrá...?

HUGUET.- *(asombrado.)* ¡Que si puede! Es hombre de inmenso capital...

MONCADA.- *(ensimismado.)* Inmenso, sí... ¿Habéis venido juntos de Barcelona?

HUGUET.- Y juntos entramos en tu parque. Ahí le dejó paseándose con Jordana, que no le suelta.

MONCADA.- ¿A ver? *(Aproximándose al foro para mirar hacia el parque.)*

HUGUET.- *(solo en el proscenio.)* (¿Cuajará mi proyecto? Atrevidillo es. Pero Eulalia conspira conmigo, y es mujer que lo entiende.)

MONCADA.- No veo a nadie... Mi hermana es la que viene ahí. *(Volviendo al proscenio, desalentado.)* Ya estoy temblando. ¡Si me traerá malas noticias!...

HUGUET.- ¡Oh, no!

Escena V

Dichos. DOÑA EULALIA, *vestida de negro, con sombrilla y un libro de rezos. Es señora de cabellos blancos, de rostro pálido y sin movilidad.*

EULALIA.- ¿Pero qué? ¿No ha vuelto Florentina?

MONCADA.- No; yo creí que estaba contigo.

EULALIA.- *(secamente.)* No; sólo he visto a Jaime. Buenas tardes, Facundo. *(A Moncada.)* ¿Y tú, qué tal te encuentras? Fuertecito... animado. ¡Ay cómo te admiro!

MONCADA.- *(alarmado.)* A mí, ¿por qué?

EULALIA.- Por tu tesón, por tu estoicismo, por esa firmeza heroica con que recibes los tajos y mandobles de la adversidad.

MONCADA.- *(impaciente y mal humorado.)* Pero qué, ¿me preparas para alguna mala noticia?

EULALIA.- No se trata de eso. A no ser que tengas por mala noticia la de que tu hija Victoria profesará dentro de quince días. *(Gesto de indiferencia en Moncada.)* ¿Y tampoco te importa saber que la Superiora le permite pasar tres días en tu compañía?

MONCADA.- ¿A Victoria?

EULALIA.- Sí... La tendrás aquí esta tarde con Sor María del Sagrario, la hermanita del Socorro que ha pedido Rius para asistir a su suegra.

MONCADA.- Bien venida sea mi adorada hija... Pero de veras, ¿no tienes alguna nueva desastrosa que comunicarme?

EULALIA.- ¿Y qué?... ¿No hemos nacido para padecer? Tus penas son mis penas. ¿No estoy aquí para compartirlas, para consolarte?

HUGUET.- ¡Oh!, sí... el consuelito espiritual.

EULALIA.- ¿Qué tiene que decir el bueno del agente? *(Amoscada.)* Estos hombres descreídos, metalizados, idólatras del becerro de oro...

HUGUET.- ¿Pero dónde está ese becerro, señora! Dígame usted dónde está el becerro.

EULALIA.- A usted, Facundo, que es ya cosa perdida, nada tengo que decirle... Tú, querido hermano mío, te salvarás porque has padecido y padeces... El Señor te ha probado.

MONCADA.- Bien lo veo... Pero dime, ¿ha concluido ya? Tú, que conoces lo de arriba, ¿puedes asegurarme que terminaron las pruebas?

EULALIA.- *(con severa convicción.)* Quizás no... Mejor para tu alma. Alégrate.

MONCADA.- Alegrémonos pues.

EULALIA.- Y bendice la mano que te hiere.

MONCADA.- Pues la bendigo... Ahora... pega.

HUGUET.- *(con intención.)* No; si hoy no trae el rayo de las malas noticias.

EULALIA.- ¿Y si trajera el iris de las esperanzas risueñas?

MONCADA.- *(incrédulo.)* ¿Iris, tú...?

EULALIA.- Yo, sí.

MONCADA.- *(esperanzado.)* ¿De veras?

EULALIA.- *(con sequedad.)* No, no es nada. (No debe saberlo todavía.)

MONCADA.- *(resignado.)* Adelante la adversidad.

EULALIA.- Adelante. *(Con afectada emoción.)* Querido hermano mío, cuando Dios te pone en el yunque, y bate y machaca, por algo será.

MONCADA.- *(meditabundo.)* Por mis pecados... sí.

EULALIA.- Tú lo has dicho... ¿Quieres oír un juicio sano y leal?... Pues llueven sobre ti tantas desdichas por el olvido en que tienes las prácticas religiosas. *(Movimiento de disgusto en Moncada y de sorpresa en Huguet.)* No, si ya sé que eres dadivoso... Pero no basta dar dinero a los franciscanos para que acaben el campanario... No se llega al Cielo elevando torres para encaramarse por ellas.

MONCADA.- Déjame, te digo.

EULALIA.- Diré la verdad aunque te duela, la verdad, medicina que entra por los oídos y anida en el cerebro, como la paciencia anida en el corazón... El Señor te aflige y te afligirá más todavía porque has olvidado sus leyes sacrosantas, devorado por la fiebre mercantil y por el afán de acumular riquezas. *(Con acrimonia.)* Y no estás ya en edad de atender más a los negocios que a la suprema especulación de salvar tu alma, porque el mejor día viene la cobradora fea con la libranza del vivir vencida, y tienes que pagar a toca teja, dando tu cuerpo a los gusanos y tu alma a la eternidad. Y te llaman a juicio; y allá, el ángel que pesa y apunta, te preguntará por tus buenas acciones, no por las del Banco, ni por el mayor o menor capital que tengas en cuenta corriente o en caja... Y entonces será el rechinar de dientes y el decir... ¡maldita riqueza, malditos negocios, y maldito tanto por ciento...! *(Moncada se ha sentado con muestras de fatiga, y aguanta el sermón sin decir nada.)*

HUGUET.- ¡Basta, por Dios!...

Escena VI

Dichos. LA MARQUESA, DANIEL, JAIME, *por el fondo; después* GABRIELA.

LA MARQUESA.- Aquí están... ¡Querido Juan!

MONCADA.- *(estrechándole la mano.)* ¡Florentina!...

EULALIA.- ¡Qué gozo verte aquí!... *(Se abrazan.)* ¿Que tal la casita?

LA MARQUESA.- Positivamente la tomo.

DANIEL.- *(a Moncada.)* Desde mañana, mi querido D. Juan, seremos vecinos. Usted, según parece, no goza de buena salud; yo tampoco. Nos acompañaremos, nos consolaremos mutuamente, reanudando la serie de largos paseos que eran nuestra delicia seis meses ha.

MONCADA.- *(abrazándole.)* Tu amistad es un gran consuelo para mí. Te quiero como a un hijo.

LA MARQUESA.- ¿Y Gabriela?

JAIME.- *(atisbando por la puerta de la izquierda.)* Aquí está.

GABRIELA.- *(vestida con traje más elegante que al principio del acto.)* ¿Toman chocolate?

LA MARQUESA.- Sin duda.

EULALIA.- A mí me lo haces con agua. Ya sabes que ayuno.

LA MARQUESA.- ¡Ah! *(Recordando.)* Mañana Domingo de Ramos.

Forman todos un grupo, del cual se separa doña Eulalia para reunirse con Huguet al otro lado del proscenio.

HUGUET.- *(aparte a doña Eulalia.)* ¿De veras conspira usted conmigo?

EULALIA.- Yo no conspiro; influyo con mi autoridad en la suerte de la familia... ¿Pero ese bendito salvaje no viene?

HUGUET.- No tardará... Dígame usted, ¿no le parece que esta familia nos estorba un poco?

EULALIA.- Sí; ¡visita más inoportuna...!

HUGUET.- ¿Qué hacemos?

EULALIA.- Yo les espantaré, como a las moscas.

Escena VII

Dichos. JOSÉ MARÍA CRUZ *y* JORDANA, *que entran por el foro. El primero es hombre rudo y de ademanes torpes, rostro ceñudo. Viste con decencia y sencillez, sin pretensiones de elegancia.*

MONCADA.- *(adelantándose.)* Amigo Cruz...

CRUZ.- *(saludando con embarazo.)* Sr. D. Juan... D. Facundo...

JORDANA.- Por tercera vez he enseñado al señor de Cruz esta hermosa finca, y la fábrica.

MONCADA.- *(con tristeza.)* ¡Ah!, ¡la fábrica! Desde la muerte de mi hijo está un poco descuidada.

CRUZ.- *(con sequedad.)* Y un mucho. Falta dirección, sobra gente. El trabajo no marcha con regularidad.

MONCADA.- Cierto. *(Continúan hablando.)*

LA MARQUESA.- *(a doña Eulalia.)* ¿Quién es este gaznápiro?

JAIME.- *(a la Marquesa.)* Es ese Cruz de quien te hablé.

LA MARQUESA.- *(mirándole con impertinente.)* Ya...

EULALIA.- Mala traza, ¿verdad?

JAIME.- Y peores obras.

MONCADA.- *(a Cruz, presentándole a la Marquesa.)* Nuestra amiga la señora Marquesa de Malavella. *(Presentando a Daniel.)* Su hijo el señor Marqués de Malavella. *(Saludan inclinándose.)*

CRUZ.- Por muchos años...

MONCADA.- *(presentando a Jaime.)* El otro hijo...

CRUZ.- A este ya le conocía... el médico. Ese otro caballerito es abogado.

DANIEL.- Servidor de usted.

GABRIELA.- *(aparte a Jaime.)* ¿Has visto qué tío más grosero?

JAIME.- Nunca vi mostrenco igual.

Moncada invita a Cruz a sentarse. Obsérvese en la situación de los nueve personajes, la disposición siguiente: A la izquierda forman un grupo la Marquesa, Gabriela y doña Eulalia, sentadas, teniendo a un lado y otro o Huguet y Jaime, en pie; en el centro Cruz y Jordana, sentados; a la derecha Moncada sentado, Daniel en pie.

JORDANA.- Lo que tiene encantado al amigo Cruz es el parque.

MONCADA.- No es malo.

CRUZ.- Lo miro como cosa mía.

Todos los del grupo de la izquierda.- ¡Como cosa suya!

CRUZ.- Cierto... porque en él me crié.

Todos.- Ya.

JORDANA.- El señor no reniega de su origen humilde.

CRUZ.- Nunca. Nací en la indigencia. Todo lo que tengo se lo debo... a este. *(Señalándose.)*

DANIEL.- No es flojo mérito.

CRUZ.- Los señoritos de carrera *(mirando a Daniel y Jaime)* ven en mí un hombre sin principios, un hombre tosco y vulgar...

DANIEL.- *(por cortesía.)* ¡Oh!, no...

LA MARQUESA.- *(a los de su grupo.)* ¿Y decís que este cafre es riquísimo?

JAIME.- El asno cargado de reliquias.

EULALIA.- ¡Envidioso! *(A la Marquesa.)* ¿Tú qué opinas?

LA MARQUESA.- ¿Yo?, que se puede perdonar al animalito por las alforjas.

EULALIA.- *(alto.)* El amigo Cruz no se avergüenza de haber desempeñado en esta casa los oficios más bajos.

CRUZ.- ¿Qué he de avergonzarme? Mi padre, Magín Cruz, era el carretero de esta posesión. Vivíamos allá, junto a las tapias de Paulet, cerca del ferrocarril.

MONCADA.- Cierto.

CRUZ.- Mi padre sacaba los escombros y las basuras; traía estiércol y mantillo para las plantaciones, y el guijo para los paseos del jardín. Entonces, Sr. D. Juan, usted me tuteaba... naturalmente, y me llamaba Pepet. ¿Por qué ahora no me dice también Pepet?

MONCADA.- Si lo desea usted... si lo deseas, Pepet te llamaré.

CRUZ.- Han pasado muchos años. Yo tenía en aquel tiempo diecisiete o dieciocho, y fama de muy díscolo y rebelde.

MONCADA.- Hablando con franqueza, Pepet; eras un bruto.

CRUZ.- Y lo soy todavía.

LA MARQUESA.- Me gusta la sinceridad.

MONCADA.- Cansado de luchar con tu fiereza indómita, tu padre tuvo que embarcarte.

CRUZ.- Atado codo con codo... me metieron en un buque de vela que salió para Mazatlán por el estrecho de Magallanes.

LA MARQUESA.- Viaje divertido.

CRUZ.- Sí, señora, muy divertido: un viajecito que convendría a sus hijos de usted para que aprendieran a vivir.

GABRIELA.- *(a Jaime.)* ¡Pero qué animal!

CRUZ.- Volviendo a lo de mi infancia, dirá que más de una vez entré en esta casa con un respeto supersticioso. Pensaba yo que entrar descalzo en la sala donde ahora estamos, era una profanación, un sacrilegio. Me parece que estoy viendo a la señora, madre de esa señorita y de su hermana. ¡Oh, la señora no era orgullosa ni finchada... tan guapa, tan benévola...! Algunas tardes, metíame yo en la cocina. *(Señalando al foro por la izquierda.)* Blasa, la cocinera, me ponía delante un plato de cocido... así. *(Indicando lo abultado de la ración.)*

JAIME.- Y que no tendría usted entonces mal apetito.

CRUZ.- Como ahora. Mi salud es de bronce. No sé lo que es estar enfermo. Nací para vivir mucho, y viviré.

MONCADA.- Así has podido resistir tan grandes trabajos y fatigas. Pasaste después...

LA MARQUESA.- ¿En Méjico?

CRUZ.- Y en California: beneficiando primero la plata, después el oro.

LA MARQUESA.- *(con admiración.)* ¡Plata!

EULALIA.- ¡Oro!

LA MARQUESA.- ¿Y usted sacaba esos lindísimos metales de las entrañas de la tierra?

CRUZ.- Sí, señora.

JAIME.- ¡Bonita industria!

CRUZ.- Como bonita, no.

EULALIA.- Horrible, vamos. Sr. Cruz, no crea usted que aquí nos trastornamos oyendo hablar de metales más o menos viles...

HUGUET.- Eso se deja para nosotros los adoradores del becerrito. Estas señoras, cristianas bien curtidas, conservan sus almas en vinagre, o sea en el desprecio de las riquezas.

LA MARQUESA.- ¡Oh!, no... un desprecio prudente nada más, porque hay necesidades...

DANIEL.- La eterna cuestión. No es el dinero bueno ni malo, sino quien lo posee.

CRUZ.- Y quien no lo posee, ¿qué es?

JORDANA.- Nadie lo sabe...

LA MARQUESA.- Porque falta el toque.

EULALIA.- Resultará siempre que el dinero es abominable.

JAIME.- No: hay que distinguir.

CRUZ.- Yo no distingo nada, y aseguro que el dinero es bueno. Tengo bastante sinceridad para declarar que me gusta... que deseo poseerlo, y que no me dejo quitar a dos tirones el que he sabido hacer mío con mis brazos forzudos, con mi voluntad poderosa, con mi corta inteligencia.

HUGUET.- (¡Cáspita; el hombre se explica!)

JAIME.- *(a Gabriela.)* ¡Pero qué bruto!... ¿ves?

GABRIELA.- Me repugna oírle.

DANIEL.- (Naturaleza bravía, estilo crudo.)

JORDANA.- (¡Vaya un mozo!)

CRUZ.- Hay que dispensarme. Soy muy tosco, no entiendo de floreos; no sé adornar la palabra, ni ponerle flecos y borlitas.

EULALIA.- Es usted un diamante en bruto. Le faltan las facetas.

LA MARQUESA.- *(en el grupo.)* No le faltan, hija, no; las tiene en el bolsillo.

EULALIA.- Es preciso que vaya desmintiendo la mala opinión que se ha formado de él.

LA MARQUESA.- ¿Mala opinión? *(Cruz alza los hombros.)*

MONCADA.- Digámoslo claro. De ti, Pepet, se cuenta que eres avaro, que amas el dinero con pasión desordenada...

EULALIA.- Y que en su vida ha dado usted una limosna.

LA MARQUESA.- Toma, las dará en secreto, como Dios manda.

CRUZ.- No señora, no las doy en secreto ni en público. No quiero proteger la mendicidad, que es lo mismo que fomentar la vagancia y los vicios.

JAIME.- *(a Gabriela.)* ¿Pero has visto?

GABRIELA.- *(con repugnancia.)* ¡Y lo dice tan fresco!

EULALIA.- Vamos, que no suelta usted un cuarto así le fusilen.

HUGUET.- Es que le ha costado mucho ganarlo.

JORDANA.- *(con adulación.)* ¡Oh, mucho, mucho!

EULALIA.- ¿Y es cierto que tiene usted una fuerza hercúlea?

CRUZ.- Así, así...

JORDANA.- Se cuenta que de un machetazo le cortó la cabeza a un indio bravo.

GABRIELA.- ¡Qué horror!

JORDANA.- ¡Y qué puntería, señores! Parte un cabello a cincuenta pasos.

CRUZ.- No es extraño... El continuo manejo del rifle en un país donde hay que estar siempre a la defensiva...

MONCADA.- No sé quién dijo que una vez te acometieron dos tigres...

CRUZ.- Aquí tengo la señal del zarpazo. *(Mostrando una mano, y retirando el puño de la camisa para que se vea parte del antebrazo.)*

HUGUET.- ¡Ah!, sí... ¡valiente caricia!...

EULALIA.- *(acercándose para examinar el antebrazo.)* Pero diga usted, ¿qué garabatos son esos que tiene usted ahí?

DANIEL.- *(que se ha acercado también.)* Es lo que llaman *tatuaje*.

CRUZ.- Justo.

EULALIA.- ¡Jesús! ¡Qué horror de pintura en la misma piel! Miren, miren. *(Acércanse Huguet, Moncada y Jordana. La Marquesa, Jaime y Gabriela,*

permanecen alejados, expresando más bien repugnancia.) Dos calaveras, cruces, anclas...

CRUZ.- Esto se hace con pólvora y aguardiente. Costumbres de marinería.

JAIME.- *(en su grupo.)* Y de tribus salvajes.

EULALIA.- Por Dios, señor Cruz, afínese usted un poco. Lo conseguirá si sigue mis consejos... Lo que a usted le falta para ganarse mis simpatías, es consagrar una parte, siquiera mínima, al socorro de los necesitados.

JORDANA.- (¡A buena parte vas!)

CRUZ.- Cada uno sabe lo que tiene que hacer en este punto. Reconozco y declaro que no soy pródigo, ni siquiera generoso, y, si me apuran, diré también que no soy compasivo.

GABRIELA.- ¡Y lo dice!

JAIME.- ¿Pero has oído?

EULALIA.- ¿A ver? *(Curiosidad en todos.)* Explíquenos eso.

CRUZ.- Pero no se asusten. El primer artículo de mi ley es cumplir estrictamente lo pactado...

LA MARQUESA.- *(interrumpiéndole.)* ¿Y el segundo?

CRUZ.- El segundo... no dar nada a nadie graciosamente. El que no puede o no sabe ganarlo, que se muera y deje el puesto a quien sepa trabajar. No debe evitarse la muerte del que no puede vivir.

MONCADA.- *(a Daniel.)* Lo dirá en broma.

DANIEL.- *(alto.)* Desconoce la compasión.

CRUZ.- ¡La compasión...! Lo sé por larga experiencia... es una flaqueza del ánimo que siempre nos trae algún perjuicio. ¡La compasión! Donde quiera que arrojen ustedes esa semilla, verán nacer la ingratitud.

MONCADA.- Hombre, ¡por Dios! *(Asombro en todos.)*

CRUZ.- Como me he formado en la soledad, sin que nadie me compadeciera, adquiriendo todas las cosas por ruda conquista, brazo a brazo, a estilo de los primeros pueblos del mundo, hállome amasado con la sangre del egoísmo, de aquel egoísmo que echó los cimientos de la riqueza y de la civilización.

JORDANA.- Eh, ¿qué tal?

CRUZ.- Digo que la compasión, según yo lo he visto, aquí principalmente, desmoraliza a la humanidad, y le quita el vigor para las grandes luchas con la Naturaleza. De ahí viene, no lo duden, este sentimentalismo, que todo lo agosta, el incumplimiento de las leyes, el perdón de los criminales, la elevación de los tontos, el poder inmenso de la influencia personal, la vagancia, el esperarlo todo de la

amistad y las recomendaciones, la falta de puntualidad en el comercio, la insolvencia... Por eso no hay ley, ni crédito; por eso no hay trabajo, ni vida, ni nada... Claro, ustedes, habituados ya a esta relajación, hechos a lloriquear por el prójimo, no ven las verdaderas causas del acabamiento de la raza, y todo lo resuelven con limosnas, aumentando cada día el número de mendigos, de vagos y de trapisondistas.

JAIME.- ¡Pero qué bárbaro!

GABRIELA.- Lo que tú dices: el gorilla.

EULALIA.- Si bromea... ¿no lo veis?

LA MARQUESA.- Da miedo este hombre.

MONCADA.- Tus ideas, Pepet, son un poco extrañas.

DANIEL.- ¡Y tan extrañas!

EULALIA.- Falta que nos diga los demás artículos de su ley moral.

GABRIELA.- *(levantándose.)* Dejen para otra ocasión los artículos, si han de tomar chocolate.

LA MARQUESA.- Ah, sí; son las tantas, y yo quisiera volver de día a Barcelona. *(Dirígese al comedor.)*

GABRIELA.- *(a Cruz.)* Y usted, ¿no toma chocolate?

CRUZ.- Gracias, no lo gasto.

GABRIELA.- *(a Huguet.)* ¿Y usted?

HUGUET.- Luego, luego...

MONCADA.- *(a Gabriela que le coge de la mano.)* ¿También yo? Déjome llevar. *(Mientras se dirigen al comedor los que se indican, Huguet y Cruz hablan aparte en el centro del proscenio, y Daniel y Jordana a la derecha.)*

DANIEL.- ¿Qué casta de hombre es este?

JORDANA.- ¿Usted lo entiende? Yo tampoco. Le alojo en mi casa, le colmo de atenciones, hasta le adulo... con la esperanza de que costee la terminación de mi grandioso hospital... y nada, no entiende mis indirectas.

DANIEL.- Pero al menos prometerá.

JORDANA.- Pues si prometiera... Nada. *(Apretando el puño.)* Es así... Pero no desmayo, y sigo en mi campaña. Yo soy terrible. Pordioseando con los poderosos, he levantado aquel gran monumento... En fin, ¿tomamos chocolate?

DANIEL.- Sí señor, sí... *(Pasan al comedor.)*

Escena VIII

CRUZ, HUGUET, *después* DOÑA EULALIA

HUGUET.- Pero, amigo Cruz, en esta ocasión crítica, en plena conspiración, no se pinte usted con tan feos colores.

CRUZ.- Me presento como soy... Hablaré con ella, y si no acierta a ver en mí lo que ver no pueden estos raquíticos jóvenes de carrera, no hemos adelantado nada.

EULALIA.- *(que viene del comedor a prisa, oficiosamente.)* Ea, ya estoy aquí. Facundo, la Marquesa se va pronto con sus hijos. Ya he dicho a Gabriela que en cuanto les despida, se venga acá. Usted coge a mi hermano, me le da un paseo, como que va al encuentro de los niños, y le prepara bien. *(A Cruz.)* Pero usted, bárbaro inocente, ¿por que se complace en ennegrecer y afear su carácter?

HUGUET.- Eso le estaba diciendo. Como no nos ayude...

CRUZ.- ¿Qué quiere usted, que me eche polvos en la cara del alma? Si soy negro, ¿a qué he de blanquearme con harina de arroz, que, apenas puesta, se me caería, dejándome, además de negro, sucio?

EULALIA.- En fin, adelante, y no perdamos tiempo. Facundo, fíjese usted en la consigna.

HUGUET.- Allá voy... Por mí no quedará. *(Vase por el comedor.)*

Escena IX

CRUZ, DOÑA EULALIA

EULALIA.- ¿A qué vienen esos alardes de fiereza, señor gigante Goliat?... También me ha disgustado, en las manifestaciones de usted, que no mostrara más cariño a esta casa, donde corrió inocente y plácida su infancia...

CRUZ.- ¡Mi infancia! Señora mía, ¿cree usted que es muy grata esa memoria?... ¡Si yo era en esta casa poco menos que un animal doméstico!... Tratábame mi padre con rigor excesivo. Recuerdo que teníamos un burro, al cual yo quería como si fuera mi hermano. Mi padre le trataba con más cariño que a mí; desigualdad que no me lastimaba. Los palos que al animal correspondían hubiéralos yo recibido en mi cuerpo por aliviarle a él.

EULALIA.- ¡Gracias a Dios que veo en usted un rasgo de amor al prójimo... digo... de...!

CRUZ.- Cosas de la niñez... Acuérdome bien de las dos niñas, y aún me parece que las estoy viendo, tan monas, tan lindas... frescas, tiernecitas, como los tallos nuevos de las plantas cuando retoñan en primavera. Las miraba yo como a seres de raza superior, a los cuales no podía tocar, y me creía indigno hasta de fijar en ellas mis ojos. Bien grabadas conservo en mi memoria algunas impresiones de aquel tiempo. Verá usted: una tarde hallábanse las dos en la alcoba de su papá *(señalando a la derecha hacia lo alto.)* Yo pasaba por el jardín, llevando la carretilla... Me decían mil cosas. «Pepet, bestia, zángano, borrico, qué sé yo...». Mandome el jardinero que abriera un hoyo junto a la pared, a plomo de la ventana, y mientras cavaba, las dos niñas se entretenían en echarme salivitas... Aún me parece que siento el golpe del salivazo tibio... aquí, sobre mi cogote.

EULALIA.- Una broma inocente.

CRUZ.- No; si me agradaba... ya lo creo que me sabía muy bien. Algunas tardes tiraba yo de un carrito en que ellas se paseaban; y yo relinchaba... y...

EULALIA.- Que llegaba usted a creerse caballo.

CRUZ.- Que lo era realmente... yo estoy en que lo era. Paréceme aún que veo a Grabriela y a Victoria dándome trallazos, y tirándome de las riendas... Eran monísimas entonces.

EULALIA.- Y hoy lo son más. La monjita es un encanto.

CRUZ.- No he vuelto a verla desde entonces, ni verla deseo. Ya sabe usted que detesto a toda la caterva de frailes, clérigos y beatas, cualquiera que sea su marca, etiqueta o vitola...

EULALIA.- ¡Cruz, por Dios, y me lo dice usted a mí, sabiendo que...!

CRUZ.- Que es usted mojigata... quiero decir, religiosa. Pues no haremos buenas migas... Pero dejemos esto. Sigo contando: hace cuatro meses, cuando llegué aquí, vi un día a Gabriela en la huerta de Jordana, y... lo diré seco. Pues me prendé, me enamoré de ella como un salvaje *(con alarde de ingenuidad.)* Diré a usted todo lo que siento. En mis sueños de hombre rico, que si el pobre sueña el rico más, he vislumbrado siempre una como rehabilitación gloriosa y triunfante de aquellas tristezas de mi niñez. Mi ilusión constante, mientras viví en América, fue poseer Santa Madrona, ser señor donde fui criado, casi igual a las bestias. Transplantada a Europa, parece que la ilusión revive y florece, fertilizada por el caudal que traigo... No sé si me explico.

EULALIA.- Sí, sí... ¿Pero acaso usted guarda rencor a mi hermano?

CRUZ.- Ninguno. Miro con respeto la casa, el jardín. Respeto también a la familia... Deseo asimilarme todo esto sin ofender a las personas, al contrario, haciéndolas mías, o que ellas me hagan a mí... suyo... ¿Es esto claro?

EULALIA.- Sí, sí...

CRUZ.- En fin, que cuando vi a Gabriela, pensé que la única mujer del mundo con quien yo me casaría es ella... Porque yo quiero casarme, fundar una familia...

EULALIA.- Es muy natural.

CRUZ.- Tener muchos hijos...

EULALIA.- *(riendo.)* Vamos; competencia con Jordana.

CRUZ.- Hijos, sí... y criarlos robustos, sanotes, para que aventajen a estas generaciones tísicas...

EULALIA.- ¡Qué idea, qué orgullo! ¿Cree usted que por tener tanto barro a mano podrá fabricar una humanidad nueva?... Por mi parte, no me entusiasma ver aumentado bárbaramente el número de pecadores. Por eso no he querido casarme.

Escena X

Dichos. HUGUET

HUGUET.- *(en la puerta del comedor.)* Ya se van.

EULALIA.- Voy un momento. Dispénseme. Vuelvo. *(Vase por el comedor.)*

HUGUET.- *(avanzando.)* ¿Han hablado ustedes?... *(mirando por el fondo donde aparecen la Marquesa y sus hijos, acompañados de Gabriela, Moncada y Doña Eulalia, que salen a despedirles.)*

CRUZ.- Dígame usted: ¿esa vieja aristócrata *(por la Marquesa)* tiene dinero?

HUGUET.- ¡Oh!, no... ¡pobrecilla! Su esposo no dejó más que trampas. ¡Excelente señora! Ha pasado mil amarguras y privaciones para educar a sus hijos...

CRUZ.- *(con desprecio.)* ¡Valiente educación!

HUGUET.- Buenos chicos... aplicados...

CRUZ.- De estos que todo lo esperan de los libros, de los discursos... Se morirán de hambre si no pescan una dote.

HUGUET.- *(observando los movimientos de los personajes que se ven en el forillo.)* Ya se fueron... Juan les acompaña hasta la verja, donde espera el coche. Voy... *(Vase por el fondo a punto que entran Doña Eulalia y Gabriela)*

Escena XI

CRUZ, DOÑA EULALIA Y GABRIELA

GABRIELA.- *(confusa.)* ¿Pero a qué me trae usted...? *(sorprendida y aterrada al ver a Cruz.)* (¡Ah, ese hombre aquí!)

EULALIA.- No, no te retires. El amigo Cruz me decía hace un momento que... Vale más que él lo repita delante de ti *(a Cruz, que está cohibido.)* Vamos; la cortedad, la timidez, se despegan de un carácter tan fiero.

GABRIELA.- ¿Qué significa esto?

CRUZ.- Gabriela... señorita... yo...

GABRIELA.- *(con entereza.)* ¿Usted... qué?...

CRUZ.- *(notando el ceño de Gabriela.)* Hace un momento contaba yo a su señora tía impresiones de mi niñez humilde.

EULALIA.- Sí, cuando tú y tu hermana le echabais salivitas... y él tiraba del coche, y vosotras le decíais «¡arre!».

GABRIELA.- *(con desabrimiento.)* No me acuerdo de nada de eso.

CRUZ.- Ha pasado el tiempo. Su oficio es pasar, correr, mudando y revolviendo todas las cosas, en la corteza, se entiende, que en lo de dentro, no hay poder que las cambie. Siempre somos lo mismo. Cosas que nos parecen extraordinarias, inauditas, han pasado millones de veces... Por ejemplo, esto.

GABRIELA.- ¿Qué?

CRUZ.- Pues... esto. En fin, Gabriela, hablaré, como acostumbro, en plata de ley. ¿Tendría usted inconveniente en casarse conmigo?

GABRIELA.- *(espantada.)* ¡Oh... por Dios... basta!

EULALIA.- Pero, hija, no es para ofenderse.

GABRIELA.- No puedo oír lo que usted dice, ni aun oyéndolo como broma... que me parece de muy mal gusto.

CRUZ.- *(contrariado, sofocando su ira.)* Bueno... Agradezco la claridad con que se expresa.

GABRIELA.- Y no teniendo más que decir, me retiro.

EULALIA.- *(cogiéndola de la mano.)* No, no te vas. ¿Y si yo te dijera que a tu padre, por circunstancias que no son del caso, le sería muy grato...?

CRUZ.- Tampoco me importa la opinión del papá. Ya conozco la suya, y me basta.

EULALIA.- Ella lo pensará... Estas proposiciones no se contestan sin un poquito de melindre, y de *sí, no,* y *veremos*...

GABRIELA.- *(con austera dignidad.)* Ya he respondido, y nada tengo que añadir. ¡Que a mi padre pueda ser grato!... No, no le conoce quien le supone capaz de sacrificarme *(angustiada.)* No, imposible... Y por fin *(con gran energía)*, si mi padre me mandase querer a ese hombre, no le obedecería, no podría obedecerle... Dueño es de mis actos; pero en mis afectos, sólo puede mandar Dios, Dios, que los ha creado en mí...

CRUZ.- *(con sarcasmo.)* Sí... ¡Y Dios es quien ha plantado en el alma de usted esa flor raquítica, esa hierba sin fruto... el amor a uno de los hijos de la Marquesa...! ¡Ay, dispénseme usted, señora! *(por Doña Eulalia.)* No puedo contenerme... Éntrame la calentura...

EULALIA.- *(asustada.)* ¡Eh... por Dios, ya se descompone!...

CRUZ.- Duéleme haber dado este paso, haber manifestado un sentimiento[(1)] que no resulta correspondido, ni comprendido siquiera... *(accionando con rudeza y alzando la voz.)* Mi orgullo cruje al sentir el tremendo rechazo... Me ciego, me trastorno, no sé lo que digo. No se espanten de que las manotadas de la bestia herida alcancen a alguien... *(paseándose furioso.)*

GABRIELA.- *(espantada.)* ¿Pero está loco?

EULALIA.- *(queriendo amansarle.)* Señor Cruz...

CRUZ.- *(gesticulando y entregado sin freno alguno de conveniencias a su cólera brutal.)* No se resigna al agravio quien ha vencido peligros de la tierra y del agua; quien no ha temido a las fieras, ni a hombres peores que animales; quien ha triunfado de la Naturaleza... *(apretando los puños.)* No, no se resigna el hombre para quien no han sido bastante duras las entrañas de las rocas, ni bastante intrincadas las selvas, llenas de reptiles venenosos... No, mil veces; no soporto que me humille, que me pisotee... una muñeca sin reflexión, que resulta más dura que las peñas, más impenetrable que los bosques, más árida que los desiertos pedregosos, más brava que los abismos de la mar.

GABRIELA.- *(aterrada.)* Será preciso llamar...

EULALIA.- *(llevándose las manos a la cabeza.)* ¡Pero, Cruz... por la del Redentor!...

CRUZ.- No oigo nada, no quiero saber más. Me voy de esta casa, ¡Que lo pierdan todo, que se arruinen, que se mueran, que se deshonren!... Vengan los señoritos de carrera *(con ira y mofa)*, enclenques, escrofulosos, ineptos, parlanchines... vengan a poner puntales a la casa de Moncada... Abur.

EULALIA.- *(queriendo detenerle.)* ¿Pero se va?... escuche...

Escena XII

GABRIELA, DOÑA EULALIA, JORDANA

GABRIELA.- *(sentándose desvanecida, como amenazada de un síncope.)* Dios mío... ¿qué hombre es este?

EULALIA.- ¡Jesús me valga!... Hija, cálmate... Perdona... yo creí... En rigor de verdad, yo no me he metido en nada... Cosas de Huguet...

JORDANA.- *(entrando por el foro.)* ¿Se fue mi huésped?

EULALIA.- Sí, y Dios quiera que no vuelva más. ¡Qué genio de hombre!

JORDANA.- *(advirtiendo la emoción de Gabriela.)* ¿Pero qué ha ocurrido?

EULALIA.- Nada, nada...

JORDANA.- ¡Ah! ¿No saben?... Ha llegado Victoria... Ahora mismo atravesó el parque con otra monja, y creyendo que aquí había visita, entró en la casa por la puerta de allá. *(Señalando a la derecha.)*

EULALIA.- Bueno; luego la veremos *(como deseando que se marche.)* Su amigo y huésped salió de aquí furioso... Corra usted tras él; procure calmarle... ¡Ay Dios mío!

JORDANA.- (¿Qué será esto?) *(Vase por el fondo.)*

Escena XIII

GABRIELA, DOÑA EULALIA, MONCADA, HUGUET *por la derecha.*

MONCADA.- Ya, ya me ha enterado este... Francamente, Eulalia, siento que hayáis...

EULALIA.- ¡Oh!, no hables en plural... Yo me lavo las manos.

HUGUET.- *(contrariado.)* (Pues yo no me lavo más que las puntas de los dedos...)

EULALIA.- Tu hija ha soltado una negativa rotunda... No podía ser de otra manera. Y el hombre salió como alma que lleva el diablo.

GABRIELA.- *(abrazando a su padre.)* ¿Verdad, papá querido, que no podía serte agradable el sacrificio de tu hija? ¡Y qué sacrificio! Las pobres mártires arrojadas a las fieras, merecían menos lástima que yo, si con tal monstruo me casase.

MONCADA.- No, no temas... Jamás tu padre forzará tu voluntad.

HUGUET.- (Nos hemos lucido.)

EULALIA.- *(a Huguet.)* ¿Lo ve usted?

HUGUET.- *(disculpándose.)* No, si yo no...

EULALIA.- Pues yo bien dije que no podía ser.

GABRIELA.- Creyeron sin duda que me deslumbrarían las riquezas. ¡Ay, no me conocen! Aunque las de ese hombre fueran tan imposibles de contar como las estrellas del cielo, no me deslumbrarían, no. *(A Moncada.)* ¡Qué!... ¿que nos arruinamos, que dejaremos de ser ricos? No me importa. Sabré aceptar con espíritu sereno cuantas calamidades quiera Dios enviarme.

MONCADA.- Muy bien.

EULALIA.- *(acariciándole.)* ¡Pobre cordera! Así, así me gustas. El Señor mora en ti.

HUGUET.- *(con ironía.)* (¡Bendita sea la pobreza, que nos hace a todos tan angelicales!)

GABRIELA.- ¿Verdad, papá, verdad que no me mandas casarme con ese hombre?

MONCADA.- *(hastiado, como deseando concluir.)* No, no, ya te he dicho...

GABRIELA.- Porque si me lo mandaras, yo... te lo juro... puesta en el dilema de desobedecerte o quitarme la vida, optaría por lo último.

EULALIA.- *(queriendo llevársela.)* Basta: ha sido una broma... de Huguet. Yo me alegro de ver tu firmeza de carácter, tu profunda convicción moral y religiosa... Vamos, ven...

MONCADA.- *(aburrido, como despidiéndolas.)* Sí, sí...

EULALIA.- Iremos al encuentro de tu hermana. *(Vanse por el fondo.)*

Escena XIV

MONCADA, HUGUET

MONCADA.- Mal os ha salido la intriguilla.

HUGUET.- *(desalentado.)* Sí, ya comprendes que mi objeto fue abrirte un camino, el único posible...

MONCADA.- Buena fue la intención. *(Se sienta abatidísimo.)*

HUGUET.- *(recogiendo su abrigo y hongo que ha dejado en una silla.)* Pues señor... *(Al despedirse.)* Dime... con franqueza: Si la conspiración hubiera salido bien, ¿te habrías alegrado?

MONCADA.- *(vacilando.)* Siendo a gusto de ella... sí.

HUGUET.- *(con ira.)* ¡Lástima de...! En fin... paciencia, Juan.

MONCADA.- Hasta mañana.

HUGUET.- Mañana... Dios dirá. *(Vase por el fondo.)*

Escena XV

MONCADA, VICTORIA, SOR MARÍA DEL SAGRARIO

MONCADA.- *(que continúa sentado.)* Me parece que Dios no dirá nada...

(Queda profundamente abstraído. Aparecen por una de las puertas de la derecha, Victoria y Sor María del Sagrario. Esta viste el hábito del Socorro, blanco con manto negro; Victoria el de novicia, enteramente blanco, y trae en la mano un palmito de Domingo de Ramos, labrado y adornado con flores. Moncada no nota la entrada de las dos mujeres, ni ellas reparan en él hasta después de un breve rato.)

SOR MARÍA.- No están aquí.

VICTORIA.- ¿Pero dónde se han metido? *(Viendo a Moncada, creyéndole dormido.)* ¡Ah!, mi padre... Chist. *(Imponiendo silencio a la otra, acércase de puntillas.)* Se ha quedado dormido.

MONCADA.- *(viéndola a su lado, con viva sorpresa.)* ¡Ah!... Victoria...

VICTORIA.- ¿No me esperabas?... *(Con orgullo.)* Mira, mira lo que te traigo... Para mañana, Domingo de Ramos...

MONCADA.- *(muy afectado.)* ¡Ah!... sí, el palmito. *(Vencido de la emoción no puede contener el llanto, y cogiendo las manos de su hija, se las besa.)*

VICTORIA.- *(confusa.)* ¿Pero qué... lloras?

Acto segundo

La misma decoración del acto primero.

Escena primera

MONCADA, *junto a la mesa de la derecha, revisa cartas y papeles, demostrando inquietud y tristeza. Junto a la mesilla de la izquierda,* DOÑA EULALIA, *entretenida en una labor de gancho; a su lado* LA MARQUESA *como de visita. Después* VICTORIA, *que entra y sale varias veces durante la escena.*

LA MARQUESA.- Pues sí, muy contenta en mi casita.

EULALIA.- Daniel se entonará con la vida de campo.

LA MARQUESA.- Falta le hace. *(Bajando la voz.)* No creas... algo me inquieta esta aparición de Victoria.

EULALIA.- ¿Temes que tu hijo, al verla...? ¡Oh, no!... con el nuevo giro que la idea religiosa ha dado a sus sentimientos, no es fácil que ninguna pasioncilla mundana asome la cabeza... Pero di, tú crees sinceramente en el misticismo de ese pobre muchacho?

LA MARQUESA.- *(suspirando.)* ¡Oh!, sí.

EULALIA.- ¿Y lo celebras?

LA MARQUESA.- ¡Qué sé yo...! No puedo negar que, atendiendo a los intereses, me contraría el cambio de vocación..., digámoslo más claro, de oficio. Pero...

EULALIA.- Pero como lo espiritual es ante todo, te conformas, quiero decir, te alegras de que tu hijo cambie la toga por la cogulla o la sobrepelliz...

LA MARQUESA.- Claro que debo alegrarme... ¡Y cuidado que el bufete de Daniel prometía!... *(Suspirando.)* ¡Vaya si prometía!...

EULALIA.- *(bromeando.)* Positivismo ¿eh?

LA MARQUESA.- Llámalo vida, necesidades... ¡Ay, yo también miro al cielo, pero como ya no veo caer el maná, tengo que revolver la tierra buscando su equivalente!

MONCADA.- *(con sobresalto, mirando su reloj.)* (¡Ese maldito Huguet, cuándo vendrá!)

LA MARQUESA.- (Inquieto está el pobre Juan... ¡Si será oportuno hablarle ahora!... Vamos, me lanzo.) Juan.

MONCADA.- ¿Qué?

LA MARQUESA.- Tengo que hablar a usted de un asunto.

MONCADA.- Usted dirá.

LA MARQUESA.- Me parece que el otro día le indiqué... Soy muy prevenida, y antes de que venza el plazo del préstamo que hizo usted a mi marido...

MONCADA.- Ya; la hipoteca del Clot. ¿Cuándo vence?

LA MARQUESA.- Dentro de cinco meses.

MONCADA.- Pues no corre prisa.

LA MARQUESA.- Es que quiero anunciarle con tiempo que necesito una prórroga... dos años más, querido amigo... dos años, en los cuales pagaré intereses, pues no acepto el favor sino con esta precisa condición... *(Advirtiendo que Moncada, profundamente abstraído, no se entera.)* Pero ¿no me oye?

MONCADA.- ¡Ah!, perdone usted... Me distraje... Sí, sí, cuente usted con...

LA MARQUESA.- *(marcando bien la frase.)* Prórroga con intereses.

MONCADA.- Quítese usted de ahí... No faltaba más sino que yo cobrase réditos a la viuda de mi mejor amigo, a la mujer heroica que ha sabido defenderse, y aun vencer, en la horrorosa lucha con la adversidad y con...

LA MARQUESA.- Con la miseria, dígalo... *(Conmovida.)*

EULALIA.- ¡Ay, Florentina, tu pobre Silverio... qué excelente hombre!... cariñoso padre, esposo amante y fiel! ¡Pero vamos, hija, que te dejó una herencia...!

LA MARQUESA.- Sí, deudas enormes que he ido cancelando a fuerza de sonrojos y privaciones horribles. *(Queriendo alejar un triste recuerdo.)*

MONCADA.- Silverio no se perdió por vicioso; no fue lo que vulgarmente llamamos una mala cabeza.

EULALIA.- Al contrario, pasaba por una de las primeras de Cataluña.

LA MARQUESA.- Y eso fue lo que le perdió: su gran entendimiento, la extraordinaria alteza de sus ideas. Vivió poseído de la fiebre de las mejoras y de la

pasión de los adelantos. Se embriagaba, sí, esa es la palabra, se emborrachaba con el maldito progreso, y no vivía más que para visitar exposiciones extranjeras...

MONCADA.- Y traerse acá las máquinas más perfectas de agricultura y de industrias agrícolas.

LA MARQUESA.- Por esto, bien puedo decir del pobre Silverio, que fue una víctima de la civilización. *(Sigue hablando con Doña Eulalia.)*

VICTORIA.- *(entrando por la izquierda con una taza de caldo.)* Vamos, papá, tómate este caldito. Hoy apenas almorzastes[(2)].

MONCADA.- Pues sí que lo tomo. *(Coge la taza.)* ¿Gusta usted, Florentina?

LA MARQUESA.- Gracias.

MONCADA.- Ay, hija mía, ¡cuán breve el consuelo que me das! ¡Tres días tan sólo...!

VICTORIA.- Pidamos seis a la Madre Superiora.

MONCADA.- Sí, sí.

VICTORIA.- Daremos el encargo a Sor Sagrario, que hoy se vuelve allá. ¿Qué quieres ahora? *(Recogiendo la taza de caldo.)*

MONCADA.- Que me traigas aquel libro de cuentas que quedó en la mesa de mi despacho.

VICTORIA.- Voy. *(Vase por la derecha dejando la taza sobre la mesa.)*

LA MARQUESA.- *(con desconsuelo, mirando a Victoria.)* (¡Lástima de muchacha!) Pues como te decía, sólo Dios conoce mi angustioso batallar con las dificultades y apreturas que me legó el pobre Silverio. Durante algunos años, cuando no velaba yo para coser la ropita de mis niños, me quemaba las cejas haciendo cálculos... para defender y estirar el miserable céntimo. Yo misma he vendido al menudeo la lana de mis ovejitas de Castellar del Nuch, y he almacenado en mi alcoba, esperando mejores precios, las patatas del Clot. Se me han estropeado las manos lavando mi ropa, y mi rostro aprendió a no ruborizarse pidiendo a este y al otro amigo los libros en que mis hijos habían de estudiar.

VICTORIA.- *(entrando con el libro, que da a su padre.)* Aquí está.

LA MARQUESA.- En este atroz combate, cayéndome hoy, levantándome mañana, sin hacer caso de las magulladuras del amor propio, perdí mis tierras del Panadés. Hoy, en la situación modestísima que he podido conservar, libre ya, o casi libre de acreedores, me conformaré con salvar mi finca del Clot, la casa patrimonial donde nací, aquel terruño queridísimo que guarda la memoria de mis padres. Si lo perdiera, me moriría de pena.

MONCADA.- *(recordando, con pena.)* ¡Ay!, espere usted, Florentina.

LA MARQUESA.- ¿Qué?

MONCADA.- Que no sé si ese crédito va comprendido entre los que se llevó Huguet para intentar una negociación...

LA MARQUESA.- Por Dios, no me asuste usted...

MONCADA.- No apurarse. En todo caso, lo retiraremos antes de hacer la negociación. Como es cosa de poca entidad...

LA MARQUESA.- Relativamente. Para mí es mucho, para usted una bicoca.

MONCADA.- ¡Ah!, ya no hay bicocas para mí. Estoy arruinado.

LA MARQUESA.- *(asustadísima.)* ¡Juan!

MONCADA.- Como usted lo oye. *(A Victoria.)* Hija de mi alma, mira por dónde has resultado previsora dedicándote a ese santo oficio de asistir a los pobres y consolar a los desvalidos. Te estrenarás con tu propia familia.

EULALIA.- *(a la Marquesa, que está consternada.)* ¿No ves que bromea? Y en último caso, Juan, a mi no me asusta la pobreza. Creo que a Florentina tampoco.

LA MARQUESA.- ¡Ay, la, pobreza! Esa señora y yo hemos luchado a brazo partido, nos hemos peleado bien, bien, bien. Y como he recibido de ella tantos arañazos y mordiscos, francamente, no le tengo mucha ley que digamos.

MONCADA.- En fin, Eulalia, tú a un convento, yo al asilo de ancianos en que esté mi hija. *(Rompiendo papeles y arrojándolos al suelo.)*

EULALIA.- Pues yo, tan contenta. *(A Victoria.)* ¿Qué dices tú?

VICTORIA.- ¿Yo? Que el alma siempre es rica. Su capital crece y se multiplica cuanto más se le derrocha.

EULALIA.- *(alabando la frase.)* ¿Eh? ¿Qué tal?

LA MARQUESA.- Victoria, cuéntanos tu vida. ¿Estás contenta en el Socorro?

VICTORIA.- *(siéntase en una silla baja, entre la Marquesa y Doña Eulalia.)* ¡Oh, sí! ¡Qué paz, qué encanto, qué dulzura en aquella vida! Pero también paso mis penitas.

EULALIA.- ¿Penitas? Vamos. *(Fatigada, interrumpe su labor sin soltarla de la mano.)*

LA MARQUESA.- Sí, por las tareas arduas, abrumadoras y a veces repugnantes que imponen a las novicias.

VICTORIA.- Por eso no, más bien por lo contrario. *(Quitándole a su tía de las manos la labor de gancho y continuándola con gran ligereza.)* Perdone usted, tía, no puedo estar sin hacer algo... Las faenas arduas, las cosas difíciles, muy difíciles, son las que me gustan a mí. Cuando me señalan trabajos fáciles y corrientes de los que puede desempeñar cualquiera, me aburro, me impaciento, me pongo triste.

MONCADA.- *(que a ratos atiende a la conversación sin dejar de romper papeles.)* Eso es orgullo.

EULALIA.- Y ofender a Dios. Hay que someterse.

VICTORIA.- Si yo me someto. Me resigno a las cosas fáciles, no sin un poquito o un muchito de violencia sobre mí. El mayor gusto mío es que me manden algo en que tenga que vencer dificultades grandes o afrontar algún peligro que me imponga miedo, más bien terror, o ahogar con esfuerzo del alma mis gustos de siempre, mis aficiones más arraigadas. Quiero padecer y humillarme.

LA MARQUESA.- ¡Qué viva imaginación la de esta chica!

MONCADA.- Desde muy niña se distinguió por el entusiasmo repentino y ardiente.

EULALIA.- Y por sus vehemencias, que a veces nos parecían raptos de locura.

MONCADA.- Lo contrario de su hermana Gabriela; toda reflexión y calma. En aquella el instinto del método, las acciones lentas, las ideas prácticas; en esta el arranque súbito, ideas brillantes, actos atrevidos que parecían obra de la inspiración o del capricho.

EULALIA.- ¡Dichosa tú, hija mía, que allá te perfeccionas a tu gusto, y te mortificas tan ricamente sin que te moleste nadie!

LA MARQUESA.- ¿Ricamente? Fama tiene de muy estrecha la disciplina del Socorro.

VICTORIA.- Pues a mí me parece ancha y cómoda. Yo quisiera más...

MONCADA.- ¿Más qué?

VICTORIA.- Más trabajo, más dificultades, mayor violencia de la voluntad, para que el padecer fuera extremado y el sacrificio llegara al límite de las fuerzas humanas.

MONCADA.- ¡Ambiciosilla!

VICTORIA.- Sí que lo soy.

EULALIA.- *(levantándose.)* Ea; basta de charla ociosa. Hoy Lunes Santo. Es hora de ir a la iglesia, que no faltan ¡ay!, cositas que pedir al Señor. Victoria, ¿vienes?

VICTORIA.- Después. No quiero dejar solo a papá.

LA MARQUESA.- Yo te acompañaré. Rezaremos, sí. Hay que pedir, pedir... (¡Dios mío, que suban los fondos, que suban, sí, para que se arreglen los negocios de este buen hombre, providencia de tantos desdichados!) Juan, adiós, y no sea usted pesimista.

MONCADA.- Adiós, amiga mía.

EULALIA.- *(a Moncada.)* No trabajes ahora. No olvides que Daniel vendrá hoy a buscarte para dar un paseo.

LA MARQUESA.- ¡Ah!, sí... y que vendrá pronto, cuando salga de los Franciscanos.

MONCADA.- Aquí le espero.

EULALIA.- *(a Victoria, rechazando la labor de gancho que esta le entrega.)* Acábame esas vueltas, holgazana. *(Vanse las dos señoras por el fondo.)*

Escena II

MONCADA, VICTORIA

VICTORIA.- *(en pie, sin mirarle, continuando su labor.)* Y qué, ¿te escribo más cartas?

MONCADA.- *(sentándose junto a la mesa.)* Sí; dos o tres urgentísimas.

VICTORIA.- Pues dícteme. *(Deja la labor y se sienta por el otro lado de la mesa, tomando la pluma y preparándose para escribir.)*

MONCADA.- No sé por dónde empezar... *(Dictando.)* «Señores Miró y Compañía...».

VICTORIA.- *(escribiendo.)* «Y Compañía... Muy señores míos...».

MONCADA.- «Tengo el sentimiento de participar a ustedes... que... por efecto de la liquidación del sábado...». *(Da un puñetazo en el brazo del sillón y se levanta airado.)* No puedo anunciar yo mismo mi descrédito, la deshonra comercial, la insolvencia.

VICTORIA.- Papá, ¿qué hablas ahí de deshonra?

MONCADA.- Sí, hija de mi vida. Estoy arruinado... perdido...

VICTORIA.- ¿Pero es cierto que...?

MONCADA.- Lo de menos es la riqueza. El caudal perdido puede ganarse otra vez. Pero la estimación, la pureza de un nombre intachable no se recobran una vez perdidas.

VICTORIA.- *(con extrañeza.)* ¡La estimación! Si Dios te estima, ¿qué te importa que no te estimen los hombres?

MONCADA.- *(muy excitado.)* ¡Dios has dicho!... La religión me consolará de la pobreza; no puede consolarme del descrédito vergonzoso.

VICTORIA.- No te aflijas.

MONCADA.- Y esos pobres niños, los hijos de tu hermano Rafael, tendrán que ser recogidos por los amigos de casa, ¡o llevados a un hospicio!

VICTORIA.- No me lo digas...

MONCADA.- ¡Y tu pobre hermana...!

VICTORIA.- Se casará con Jaime, que no ha de rechazarla por pobre.

MONCADA.- Y Jaime tendrá que recogerme a mí... No; imposible que yo sobreviva a este inmenso desastre.

VICTORIA.- *(cogiéndole las manos.)* ¡Papá, por Dios crucificado...!

MONCADA.- Déjame... No me prediques... No entiendo tu lenguaje... Ni tú entiendes el mío... Hiciste bien en ponerte en salvo, abandonando tu casa y tu familia antes de la catástrofe, que ya no te afecta, no puede afectarte.

VICTORIA.- *(con efusión.)* Papá, padre querido... No me hables así, que me destrozas el alma. Te dejé cuando vivías en la opulencia. Pobre, no te hubiera dejado nunca. Te quiero tanto, tanto, que daría mi vida mil veces por evitar tus penas, por aliviarlas tanto así... Y ahora que vas a ser un pobrecito, ahora... no sé cómo expresártelo... *(Con calor y entusiasmo)* no sé... porque el amor que te tengo no cabe en mí, ni en el mundo entero.

MONCADA.- *(abrazándola tiernamente.)* ¡Hija de mi vida!

VICTORIA.- Ten fe, ten fe... y verás.

MONCADA.- Bueno: por fe no ha de quedar.

VICTORIA.- Pues nada temas; yo te salvaré.

MONCADA.- ¿Tú?

VICTORIA.- *(con resolución.)* Yo, sí... ¿Te burlas? Yo, yo... Aquí tienes a la que llamabais la loca de la casa, a tu hijita caprichuda y soñadora; aquí la tienes, amenazándote con nuevos delirios de su imaginación arrebatada. *(Con orgullo.)* Yo, sí, yo te sacaré de penas.

MONCADA.- *(con mucho interés.)* ¿Cómo?

VICTORIA.- Pidiéndoselo a Dios.

MONCADA.- *(desalentado.)* ¡Inocente, alma pura y sencilla! ¡Y crees tú que Dios...!

VICTORIA.- Concede, sí, todo lo que se le pide.

MONCADA.- ¿Todo, todo?

VICTORIA.- Sí, sí. Pero hemos de pedirlo con vivísima, con ardiente fe. Verás cómo imprime a nuestra voluntad una fuerza increíble, colosal, una fuerza que removerá todos los obstáculos...

MONCADA.- ¡Una fuerza! *(Confuso.)* ¡La voluntad! ¡Ah, si en la voluntad consistiera...!

VICTORIA.- *(con resolución graciosa.)* Tú déjame a mí, y verás...

MONCADA.- *(viendo entrar a Huguet.)* ¡Ah!, gracias a Dios. *(A Huguet.)* ¡Qué hay?

Escena III

Dichos. HUGUET

HUGUET.- Nada, que Llorens Hermanos se declaran también en quiebra. No hay que pensar en salvación por ese lado.

MONCADA.- Ni por otro alguno.

HUGUET.- *(como recobrando la esperanza.)* Y al fin, ¿habló Cruz contigo?

MONCADA.- *(sorprendido.)* ¿Cruz?... No.

HUGUET.- Accediendo a mis instancias, no desiste de comprar la fábrica, ni de hacerte el empréstito...

MONCADA.- ¡Ah!, ¿pero en qué condiciones...?

HUGUET.- Querido Juan, en las únicas posibles. ¿Pues qué creías tú? Otra cosa hubiera sido si... *(Recelando hablar delante de Victoria, que, sin moverse del asiento, continúa su labor de gancho.)*

MONCADA.- No temas hablar delante de esta. Ya la enteré de todo.

VICTORIA.- Sí, sí, ya sé que querían sacrificar a mi hermana, casándola con un bruto muy rico, con ese Cruz... No le conozco... ni quiero...

MONCADA.- *(a Huguet.)* Bueno, pues oiremos sus proposiciones. Si he de ser franco, no creo en la leyenda de su perversidad.

HUGUET.- Ni yo. Pero creo en la tenacidad de sus resoluciones, en la dureza marmórea de su corazón. Trata los negocios con una rectitud huraña, rígida, inflexible como un lingote de hierro... Pues ese mismo hombre, tan fiero y de tan

ruda forma, parecía un niño contándome su ilusión de entroncar con los Moncadas, de juntar las dos razas, las dos firmas... Y cree que su plan era cosa grande... *(Expresando con un gesto la superioridad.)* Cuando Eulalia y yo empezamos a conspirar, dirigiome el hombre esta carta... *(La saca del bolsillo)* en la cual sintetiza su pensamiento... *(Mostrándola a Moncada, que la rechaza con tristeza.)* Proponía, como verás, la creación de una Sociedad Comanditaria, a la cual aportaba un capital de quince millones... tú aportarías la fábrica, cuya gerencia desempeñaría él...

MONCADA.- Calla, déjame. *(Con profundo disgusto.)* ¿A qué me pones delante de los ojos esa tabla, a la cual no podemos agarrarnos?

HUGUET.- Admitiría las acciones de nuestro Banco al precio de emisión... Se pagarían todos los créditos pendientes...

MONCADA.- Basta te digo. Si no ha de ser...

HUGUET.- *(guardándose la carta, amoscado.)* Bueno: déjame al menos el derecho de maldecir nuestro destino.

MONCADA.- Maldice, maldigamos todo lo maldecible.

HUGUET.- Y no extrañes que el hombre, irritado por la sequedad humillante de la repulsa, te trate ahora como enemigo...

MONCADA.- Sí; ya sé que tendré que sucumbir a las circunstancias. Me estrujará para sacar el último zumo del limón, y hará un estropajo de mis entrañas.

HUGUET.- Y no podrás quejarte.

MONCADA.- Si no me quejo. Renuncio a todo, hasta al derecho al quejido.

VICTORIA.- Si me dejan decir mi opinión...

MONCADA.- Dila.

VICTORIA.- Pues... no entren en tratos con el malo; que al malo, Dios le confundirá.

MONCADA.- En eso estamos... Pero por de pronto, a quien confunde es al bueno.

HUGUET.- ¡Ea, que no es tan malo Cruz! Y en todo caso, hay que reconocerle una cualidad excelsa.

MONCADA.- ¿Cuál?

HUGUET.- Que si no hay otro más duro para hacer cumplir, tampoco lo hay más exacto en el cumplimiento de sus obligaciones. Mi hermano Roberto, que le ha tratado en América, me ha dicho que sus compromisos tiénense por cosa sagrada, y que su palabra vale tanto como escritura pública.

VICTORIA.- Algo es algo.

Escena IV

Dichos. GABRIELA, *que sale precipitadamente por la izquierda, con delantal.*

GABRIELA.- *(a Victoria.)* Tú aquí de parola, y yo allá consumiéndome la figura, sofocada, sin poder hacer carrera de esos chiquillos.

MONCADA.- Pero hija, ¿qué es eso?

GABRIELA.- Nada, papá, han perdido el respeto a la institutriz, y a mí me lo perderían también sin las solfas que les doy. *(A Victoria.)* Pero tú, aprendiz de maestra angélica, ¿por qué no vas allá? A ver, domestícame a esos serafines diabólicos.

HUGUET.- Pues no vienes poco fuerte.

GABRIELA.- Mira, mira, *(mostrándole su delantal, desgarrado de arriba a bajo)* lo que acaba de hacerme Aurorita.

MONCADA.- ¡Qué gracioso!

VICTORIA.- Por poco te afanas.

GABRIELA.- Pues anda tú.

VICTORIA.- Ya lo creo que iré. ¡Valiente cuidado me dan a mí travesuras de chiquillos!

GABRIELA.- Ya no puedo, no puedo atender a tantas cosas. *(Revolviendo precipitadamente la cesta de costura, saca hilo y aguja y se cose el delantal.)* ¿Sabes, papá, lo que hizo Pepito? Pues meter las dos manos en un plato de natillas, y después ir marcando uno a uno todos los muebles del comedor.

MONCADA.- Ja, ja...

HUGUET.- ¡Qué mono!

GABRIELA.- Merceditas, a quien no puedo quitar la costumbre de hablar como un carretero, me ha llamado... No lo puedo decir. *(Todos sueltan la risa.)* Y Pepito, cuando le pongo de rodillas por no saber la lección, se entretiene en arrancar las hojas de la Gramática... para poner rabos a las moscas.

HUGUET.- Lo mismo hacía yo.

MONCADA.- Y yo.

GABRIELA.- Y a todas estas, la institutriz pone morros, y Celedonia riñe con el ama, y esta se atufa y me amenaza con irse; y se presenta el marido perdonándonos la vida... En fin, que tengo ya la cabeza como un bombo.

VICTORIA.- *(bromeando.)* ¿Quieres apostar a que voy yo y todo lo arreglo?

GABRIELA.- Pues anda, anda... Te cedo la plaza. A ti todo te parece facilísimo.

VICTORIA.- Todo no, eso sí, porque lo es.

GABRIELA.- Quisiera yo verte aquí... *(Acabando la costura y cortando el hilo con los dientes.)* Para estos trajines, tienes tú demasiado... espíritu... ¡Ay, es un gran comodín eso del espíritu, y hacer todas las cosas con el pensamiento, en vez de hacerlas con las manos, con estas!

VICTORIA.- Yo también tengo manos. *(Con viveza las dos.)*

GABRIELA.- No es censura... pero hay que probarse.

VICTORIA.- Probarse, sí.

GABRIELA.- En la vida práctica.

VICTORIA.- En ella estoy.

HUGUET.- *(interponiéndose.)* Vamos, no riñan por cual de las dos vale más. Ambas son excelentes, inapreciables, cada cual en su hechura y estilo.

GABRIELA.- *(riendo.)* Si no reñimos... ¡Pero qué tonto!

MONCADA.- ¿Reñir mis hijas? Nunca.

HUGUET.- (Aquí están las dos, la divina y la humana. Ninguna de las dos le sirve para nada. ¡Pobre Juan!)

MONCADA.- *(a Huguet.)* No nos descuidemos, Facundo, por si viene...

HUGUET.- ¿Tienes ahí la titulación de los terrenos de la fábrica?

MONCADA.- Creo que sí.

HUGUET.- Pues examinémosla.

MONCADA.- Vamos... *(Dirigiéndose al despacho.)* Preparémonos para la decapitación.

Escena V

VICTORIA, GABRIELA, CARMETA, *que entra y sale por la izquierda.*

GABRIELA.- *(mirando al suelo, a trechos cubierto de papeles rotos.)* Bonito han puesto esto. No puedo ver tanta suciedad. *(Llamando.)* Carmeta.

CARMETA.- *(por la izquierda.)* ¿Señorita...?

GABRIELA.- Barre aquí. *(Vase la criada.)*

VICTORIA.- El pobre papá ¡qué malos ratos pasa!

GABRIELA.- *(suspirando.)* Ya... ¡Y que nosotras, infelices mujeres, no podamos evitarlo!

VICTORIA.- Sí, triste cosa es nuestra insignificancia, nuestra incapacidad para todo lo que no sea las menudencias del trabajo doméstico. *(Entra Carmeta con una escoba. Victoria se la quita y se pone a barrer.)*

GABRIELA.- *(a Carmeta.)* A Celedonia que planche primero la ropa de los niños. Las enaguas no corren prisa. *(Vase Carmeta.)* ¡Pero tú...! *(Viendo barrer a Victoria.)* Vamos, eso es jugar a los trabajitos.

VICTORIA.- *(con gracejo.)* Hija, no hay más remedio que rebajarse, ahora que vamos a ser pobres... digo, tú, que yo... ya lo soy.

GABRIELA.- ¡Ay, la desgracia me coge bien prevenida! No me asusta la pobreza. Vaya, tengo que hacer. *(Dirígese a la puerta, y como atormentada de una idea, vuelve.)* Dime, Victoria, ¿papá está quejoso de mí? ¿Te ha dicho algo?

VICTORIA.- *(dejando de barrer, pero sin soltar la escoba.)* No, no... ¡Pobrecito!

GABRIELA.- Porque ya ves... Tú estás enterada. ¿No crees que hice bien...?

VICTORIA.- Yo... ¿que si creo?... Te diré. No se debe exigir a la criatura humana ningún acto superior a su propia resistencia. Si yo te dijese: «Gabriela, échate al hombro esta casa y anda con ella», te reirías de mí.

GABRIELA.- Como te reirías tú si yo te lo dijera.

VICTORIA.- Quizás no, porque si yo me encontrara en tu situación, y me hubieran dicho «levanta en vilo esta casa...» la habría levantado.

GABRIELA.- ¿Qué quieres decirme? *(Amoscada.)* ¡Que siempre has de hablar con figuras! ¿Luego tú... también tú, crees...?

VICTORIA.- No te inculpo. Cada cual levanta los pesos que puede. El sacrificio, la querencia de las dificultades, el desprecio de nuestra felicidad para buscar en la

desdicha una dicha mayor, ese homenaje del alma a Dios, que gusta de verla llegar hasta Él por los caminos más estrechos, no es, no, para todos los caracteres.

GABRIELA.- Sutil estás... y orgullosa... ¿De modo que tú?... vamos, crees sin duda que debí sacrificarme...?

VICTORIA.- Yo no digo que tú lo hicieras... Claro, no podías... Te faltaba valor, desprecio de ti misma, poder de anulación.

GABRIELA.- ¡Valor, desprecio, anulación! Eso entraría en la esfera de lo sublime, querida hermana, y lo sublime no se ha hecho para esta pobre criatura casera y vulgar. Soy muy prosaica, ya lo ves. No ambiciono pasar a la historia, ni que me dediquen tres o cuatro renglones en el Año Cristiano. *(Victoria sigue barriendo sin decir nada.)* ¿Quiere decir esto que me falta valor? Bueno. Quizás me sobraría para soportar las mayores desgracias, la miseria, la muerte. Para ser esposa de una bestia, reconozco que no lo tengo.

VICTORIA.- Sí, sí... Líbrete Dios de semejante prueba... No se hable más del asunto.

CARMETA.- *(entrando por la izquierda.)* Señorita, el pescadero. ¿Qué se toma?

GABRIELA.- *(enjugándose una lágrima.)* Voy, voy al momento... ¡Cómo me entretengo charlando! *(Vanse presurosas Gabriela y la criada.)*

Escena VI

VICTORIA; *después* CRUZ; *al fin de la escena* HUGUET

VICTORIA.- *(barriendo con decisión.)* No cede, no. ¡Razón tenía la pobre! El sacrificio sería horrible, tremendo... superior a las fuerzas humanas. *(Parándose meditabunda.)* No, no, no; nada es superior a este soberano impulso del alma, nacido de la fe, y que frente a las dificultades se encrespa, se agiganta, y las arrolla al fin, las pulveriza. *(Entra Cruz.)* ¡Ah! Este es sin duda... sí... ese Cruz... la bestia...

CRUZ.- (¡La monja!) *(Deteniéndose cohibido.)*

VICTORIA.- Pase usted. *(Sigue barriendo.)* Papá saldrá pronto. *(Después de observarle rápidamente.)* (En efecto, amarguillo debe de ser este cáliz...) Tome usted asiento, señor Cruz.

CRUZ.- ¡Ah, me conoce usted!

VICTORIA.- De fama.

CRUZ.- Aquí la tengo muy mala, según parece.

VICTORIA.- Regular.

CRUZ.- Pues yo... No es esta la primera vez que veo a usted.

VICTORIA.- *(parándose, apoyada en el palo de la escoba.)* ¿A mí?... ¡Ah, en mi infancia!

CRUZ.- No; ahora.

VICTORIA.- ¿En dónde?

CRUZ.- *(siempre con sequedad.)* Acostumbro madrugar. Esta mañana salí tempranito a dar mi paseo; entré en el parque por la hondonada de Paulet, y allá, en el lavadero que hay entre los tilos, estaba usted con otras mujeres.

VICTORIA.- ¡Ah!, sí, lavando...

CRUZ.- Díjome Rufina que por las mañanitas suele usted ir allá, y que ayuda a lavar la ropa de los criados.

VICTORIA.- Alguna vez.

CRUZ.- Pues sí; usted no me vio a mí. Pasé de largo... Hablando de obra cosa: seguramente usted no se acordará de aquellos tiempos... Era muy niña.

VICTORIA.- Sí que me acuerdo... *(Con asombro infantil.)* ¿Y es cierto lo que dicen?

CRUZ.- ¿Qué?

VICTORIA.- Que es usted Pepet, aquel muchachote tan...

CRUZ.- Acabe: tan diabólico, tan cerril y de mala sangre, según decían.

VICTORIA.- Pero ¿de veras?... ¿es usted el mismísimo Pepet?

CRUZ.- El legítimo, el auténtico, el que tiraba del carrito en que se paseaban las dos niñas...

VICTORIA.- ¡Vamos, y que hacía usted de caballito con una propiedad...!

CRUZ.- Con tanta propiedad, que usted, una tarde, se empeñó en que había de comer cebada.

VICTORIA.- ¿De veras? Ja, ja...

CRUZ.- Y la comí.

VICTORIA.- ¡Qué cosas!

CRUZ.- No sé si se acordará de cuando usted y su hermanita, asomadas a la ventana de arriba, mientras yo abría los hoyos...

VICTORIA.- ¿Le echábamos salivitas y salivitas...? ¡Vaya si me acuerdo!

CRUZ.- Que me caían aquí. *(En el pescuezo.)*

VICTORIA.- Después se fue usted a las Américas, y ha vuelto cargado de riquezas, que no le sirven más que para ofender a Dios. Porque el dinero, entiéndalo usted, *(en tono infantil y gracioso)* es cosa muy mala, pero muy mala.

CRUZ.- Tan malo, que todos lo persiguen... para cogerlo.

VICTORIA.- Hay gustos muy raros.

CRUZ.- Como el de usted, por ejemplo.

VICTORIA.- ¿Cuál?

CRUZ.- Si no se enoja, se lo diré.

VICTORIA.- Diga.

CRUZ.- Eso del monjío, envolver su rostro en la desairada toca, vestirse con tan feo traje, adoptar una vida de estúpidas ñoñerías, entre beatas asquerosas y frailes imbéciles.

VICTORIA.- (¡Cuanta grosería!) Sí, ese es mi gusto. ¡Qué quiere usted!... Dígame, ¿esa manera de hablar y de calificar a las personas religiosas, es constante en usted?

CRUZ.- Cuando me piden mi opinión, la doy sin floreos. Soy muy burdo, muy mazacote.

VICTORIA.- Ya, ya se ve. *(Volviendo a barrer.)* (Verdaderamente, el sacrificio sería espantoso... ¡Qué facha, qué innoble lenguaje, qué bajeza de pensamientos!)

HUGUET.- *(que no pasa de la puerta de la derecha.)* ¿Pero estaba usted aquí? Juan y yo le esperábamos...

CRUZ.- Me entretuvo la barrendera...

HUGUET.- Pase, pase... *(Salen Cruz y Huguet por la derecha.)*

Escena VII

VICTORIA, *sola, meditabunda.*

¡Qué hombre, qué trazas de inferioridad! Y en eso, ¿hay un alma? *(Pausa.)* Sí que la habrá, ¡y quién sabe si Dios prepara en ella algún maravilloso ejemplo de su poder infinito! *(Asaltada súbitamente de una inquietad nerviosa.)* Dios mío ¿qué es esto?... Pasó la ráfaga por mi mente... He sentido el chispazo que precede a las resoluciones formidables... No, no puede ser... Soy víctima de una alucinación, sugerida por el orgullo... No, no. *(Riendo.)* ¿Cómo puede ser que yo...? ¡Demencia, ilusión loca de mover las montañas, de ablandar entre los dedos el bronce, de convertir los males en bienes! Ya, ya cesó. *(Serenándose, se pasa la mano por la frente.)* No siento ya la llamarada... ¡Vaya qué cosas se me ocurren! ¿Y por qué había de consumar yo sacrificio tan espantoso? ¿Por devolver a mi padre la tranquilidad, la estimación, el crédito?... ¿Pero yo qué tengo que ver con el crédito, ni qué significa eso para mí, para quien lleva estas tocas, este rosario, esta cruz? *(Reflexionando.)* En ningún catecismo se habla del crédito... en ningún libro místico he tropezado jamás con esa palabreja. Por amor se apuran los cálices más amargos; por amor se acometen difíciles empresas, desafiando con semblante risueño la vergüenza, el dolor, la muerte misma; por amor se truecan las espinas en rosas, el miedo en confianza, las tribulaciones en alegrías inefables... Pero por el crédito... *(Rehaciéndose.)* Jesús mío, no permitas que mi razón se turbe.

Escena VIII

VICTORIA, MONCADA, *que entra por la derecha muy agitado.*

MONCADA.- ¡No puedo presenciar cómo hacen leña de mí, pobre árbol caído! Aquí, en mi corazón, retumban los hachazos... Allá lo arreglen solos Huguet y Cruz, el leñador impío... ¡Horrible situación, que mi flaca voluntad no soportará! Sí, sí, me falta el valor de vivir. *(Dirígese al foro con muestras de desesperación.)*

VICTORIA.- *(alarmada, deteniéndole por un brazo.)* Papá.

MONCADA.- ¿Qué?

VICTORIA.- ¿A dónde vas?

MONCADA.- No sé... Hija de mi alma, inocente paloma, déjame... tú no puedes comprender...

VICTORIA.- Papá querido. *(Abrazándole.)* Aguarda... Ven... ¿No te he dicho que yo...?

MONCADA.- Ya, ya recuerdo... *(Con amargura.)* ¡Pidiéndoselo a Dios! ¿Has empezado?

VICTORIA.- Sí.

MONCADA.- Y ¿qué dice?

VICTORIA.- Pues dice *(reflexionando)* que aguardes... que aguardes tranquilo.

MONCADA.- ¡Tranquilidad, sí... la del sepulcro! Veras qué soberana paz...

VICTORIA.- ¡Papaíto, por Dios! *(Aparece Daniel por el fondo.)*

Escena IX

Dichos. DANIEL

VICTORIA.- ¡Ah, Daniel!

DANIEL.- *(tratando de disimular una viva emoción.)* (Creí que su presencia no me afectaría... Ánimo, y apretar bien la herida para que no se abra.)

MONCADA.- Daniel, ¿qué bueno por aquí?

DANIEL.- ¿No se acuerda? Me dijo usted que viniese a buscarle para dar un paseo.

MONCADA.- ¡Ah!, sí... ¡Qué cabeza!

VICTORIA.- A paseo... Me parece bien. Distracción, ejercicio. *(Aparte a Daniel.)* No te separes de él ni un momento.

DANIEL.- *(ofreciendo el brazo a Moncada.)* Vamos, Don Juan. ¿Hacia dónde?

MONCADA.- *(con indiferencia, dejándose, llevar.)* Hacia donde quieras.

Escena X

VICTORIA; *después* SOR MARÍA DEL SAGRARIO.

VICTORIA.- Su inmenso dolor me traspasa el alma. Temo que en un rapto de desesperación... ¡Dios mío, aparta de su espíritu toda idea que no sea la de confiar ciegamente en tu infinita misericordia!... *(Sintiendo nuevamente la vibración interior.)* Otra vez... Otra vez la ráfaga... *(Se aprieta la frente.)* Esto no puede ser... ¡Oh!, sí... ¿por qué no? Lo difícil no existe... es una ilusión, un fantasma creado por nuestra flaqueza... Nada hay imposible... ¿Pero tendré valor para...? *(Con mucho brío.)* Sí, sí... por ver sonreír a mi padre sería yo capaz de arrojarme ahora mismo en una sima tenebrosa llena de culebras y de inmundos reptiles... sería yo capaz de arrojarme... *(Meditabunda y vacilante.)* ¡Ah! ¿Quién puede responder de su propio valor antes de probarlo? No sé, no sé... Mi mente se enturbia, mi voluntad desfallece... Dios, Redentor mío, dame luz. Que vea yo si esta temeraria idea viene de ti... Sí, de ti viene. ¿Pues de quién si no?

SOR MARÍA.- *(que entra por el foro.)* Niña, adiós.

VICTORIA.- Pero ¿ya...?

SOR MARÍA.- Sí, mi enferma murió anoche. Me voy con las dos hermanas del hospitalito de San Lázaro, que hoy regresan a Barcelona. Me ha dicho tu papá... ahora salía de aquí con ese joven... que te quedas unos días más. No habrá inconveniente, creo yo. Se lo diré a la Superiora. Podrás irte con las dos hermanas que saldrán de servicio el sábado próximo.

VICTORIA.- *(abstraída, siéntase fatigada.)* ¿Sabe usted que...? *(Apoyando la frente en palma de la mano, con muestras de desfallecimiento.)*

SOR MARÍA.- ¿Qué tienes? Ya... desconsuelo por verme partir. De buena gana te irías conmigo.

VICTORIA.- ¡Oh, no!... ahora no.

SOR MARÍA.- ¿Estás enferma?

VICTORIA.- No sé... Siento una inquietud, un sobresalto... Dios quiere someterme a una prueba tremenda, la más grande que es posible imaginar.

SOR MARÍA.- ¡Pobrecita! ¿Y qué prueba es esa? Ya me la contarás cuando vuelvas allá.

VICTORIA.- Dígame usted, hermana Sagrario, ¿y si no volviera?

SOR MARÍA.- ¿Qué dices?

VICTORIA.- Háble me con franqueza. Si yo abandonara el Socorro... y como novicia bien puedo retirarme... si yo no profesara, digo, y volviera al siglo, ¿qué pensaría usted, qué las Hermanas y la Madre?

SOR MARÍA.- ¡Qué disparates se te ocurren! (Ah, Virgen Santísima, ya entiendo... ese caballerito que salía de aquí con don Juan... sin duda, retoña la malicia de aquel noviazgo.) Pero dime, ¿de veras piensas...?

VICTORIA.- No, no haga usted caso. Es una idea, una pícara idea que me acosa. Se parece a la ambición en grado sublime; aseméjase también a la caridad. Trato de arrojarla de mí, y vuelve; se pone en acecho delante de mi alma, fascinándola con un mirar hermoso y terrible. El alma, al verse acometida de tal idea, tiembla, y al propio tiempo se llena de una luz... *(Con arrobamiento.)* No sé cómo expresarlo... de una luz que no es esta lucecilla que en el mundo visible nos rodea.

SOR MARÍA.- ¿No estás contenta en el Socorro?

VICTORIA.- Sí.

SOR MARÍA.- ¿Te parece demasiado estrecha y trabajosa nuestra vida?

VICTORIA.- No lo bastante. Aún puede haber otra más trabajosa, más ruda, más difícil, aunque exteriormente no lo parezca.

SOR MARÍA.- *(confusa.)* No sé... no te entiendo.

VICTORIA.- Quizás no suceda lo que he dicho; pero si sucediese, dirán de mí las Hermanas: «¡Ah!, la extravagante, la soñadora, la de ambicioso espíritu, la que nunca se sacia de lo espinoso y difícil... nos abandona hostigada de su imaginación inquieta y voluble». Paréceme que las oigo... Pero no me importa. El Señor, que ve mis resoluciones, conoce la intención de ellas.

SOR MARÍA.- ¿Pero qué resoluciones? Hace poco, hablando un día las dos ante aquella pobre Hermana que murió de cáncer, me decías: «Yo quiero ser mártir, pero mártir de verdad».

VICTORIA.- Pues ahora se me presenta la ocasión.

SOR MARÍA.- ¿Ocasión de martirio?

VICTORIA.- Sí.

SOR MARÍA.- ¿Te crucifican?

VICTORIA.- Materialmente, no. Pero un suplicio lento es más atroz, y, por tanto, más meritorio que el de clavarnos manos y pies en un madero.

SOR MARÍA.- *(asustada.)* Victoria, hija mía, tu ánimo está perturbado... No resuelvas nada sin consultar... Mira, ahí tienes al padre Serra, tu confesor antes de entrar en el Socorro.

VICTORIA.- *(levantándose presurosa.)* ¿Dónde? ¿Le ha visto usted?

SOR MARÍA.- Sí; por ahí. *(Señalando al parque.)* Hablamos un rato. Contemplaba las flores, y se sentaba en todos los bancos que encontraba. El pobrecito es tan viejo, que apenas puede andar.

VICTORIA.- ¿Y entró en casa?

SOR MARÍA.- Sí, por la puerta que conduce al oratorio de tu mamá; arriba. Consúltale.

VICTORIA.- Ahora mismo. ¿A quién mejor que al grande amigo de mi familia, al que mi madre veneraba como a un santo...?

SOR MARÍA.- Ea, yo me voy. No quiero hacer esperar a las Hermanas. Reflexiona, Victoria; no te arrebates. Ya sabes lo que dice nuestra Madre. El entusiasmo es siempre un estado sospechoso, y hay que precaverse contra él. Vale más tomarlo todo con calma, hasta la salvación. Así es más segura. Porque en los raptos de la mente hay casos de equivocaciones, ¿sabes?... En fin, consulta, consulta con ese santo varón.

VICTORIA.- Consultaré... Adiós. *(Le besa la mano llorando.)*

SOR MARÍA.- (¡Pobre criatura! Es toda bondad, pureza y amor... Pero su cabeza, digan lo que quieran, no rige bien.) Vamos, ¿por qué lloras? ¡Hermana mía, si nos hemos de ver allá... si has de volver! *(Victoria continúa llorando sin poder hablar.)* Pues acabarás por afligirme también a mí.

VICTORIA.- Adiós, adiós. *(Haciendo un esfuerzo se separan. Vase Sor María del Sagrario por el foro.)*

Escena XI

VICTORIA; *después* HUGUET *y* CRUZ

VICTORIA.- Aquella paz, la soledad dulcísima del Socorro, la comunicación continua del alma descansada y amante con su Dios, siempre presente, ¿se acabaron ya para mí? ¿Será posible que tenga yo valor para renunciar tanta dicha, para trocarla por una lucha horrible en terreno desconocido, por un martirio lento... que martirio ha de ser, y de los más crueles...? No, no, no. Imposible. Esto es un desvarío... Mi razón se aclara otra vez. Debo, sí, intentar devolver a mi padre querido la tranquilidad; pero por otros caminos... ¿Cuál es, Dios poderoso? *(Meditabunda, hasta que aparecen Huguet y Cruz por la derecha.)*

CRUZ.- Nada podemos hacer sin reconocer la fábrica y todo su material.

HUGUET.- Pues vámonos allá.

CRUZ.- Tampoco me ha enseñado usted el plano de los terrenos adyacentes.

HUGUET.- *(revolviendo en la mesa.)* Si ayer los teníamos aquí...

VICTORIA.- ¿Un plano?... Sí... lo he visto. *(Lo busca y lo encuentra.)* Aquí está.

HUGUET.- *(a Cruz, desdoblando el plano.)* Vea usted cómo por el Sur linda con los terrenos del ferrocarril.

CRUZ.- *(examinando atentamente el plano.)* Ya, ya veo.

VICTORIA.- *(llevando aparte a Huguet.)* ¿Qué tal, Facundo? ¿Es durillo el hombre?

HUGUET.- ¡Tremendo!

VICTORIA.- Dios nos favorezca y nos inspire a todos. ¿Y si yo le dijera a usted, Facundo, que esto... quizás... podría arreglarse todavía?...

HUGUET.- *(vivamente.)* ¿Acaso tu hermana...? ¿Has intentado convencerla?

VICTORIA.- No... digo, sí; pero... Hágame usted un favor. He hablado con Gabriela, y ahora necesito decir dos palabras a este hombre... Déjeme usted sola con la fiera, un ratito nada más.

HUGUET.- Sí, sí, muy bien. *(Muy contento.)* Quédate aquí con él...

VICTORIA.- ¡Ah!, otra cosa... Deme usted ese papel.

HUGUET.- ¿Qué papel?

VICTORIA.- Ese que el monstruo escribió diciendo lo que haría en caso de...

HUGUET.- ¡Ah!, sí... toma.

VICTORIA.- Y ahora... *(Indicándole que se vaya.)*

HUGUET.- Amigo Cruz, vuelvo en seguida. Ahora recuerdo que en casa de Jordana me dejé la titulación de los terrenos, adquiridos últimamente. No sería malo cotejar los límites... Aguárdeme usted aquí.

CRUZ.- *(sin levantar la vista del plano.)* Bueno.

Escena XII

VICTORIA, CRUZ

CRUZ.- *(sentado junto a la mesa examinando el plano, sin reparar en la presencia de Victoria, que atentamente le observa, desde el otro lado del proscenio.)* (¡Qué terreno tan irregular! No veo manera de emplazar por el Sur la barriada.)

VICTORIA.- (Por más que miro y rebusco en ese tosco semblante, no encuentro más que la expresión del egoísmo, de la insaciable codicia... *(Con desaliento.)* ¡Ni siquiera un rasgo de alegría, de ese humor fácil y ameno, tras el cual suele esconderse la bondad!)

CRUZ.- (No me ablandarán, no... No tengo yo mi dinero para dedicarlo a la beneficencia. La ley de renovación debe cumplirse. El náufrago que se ahogue; el enfermo que se muera, y el árbol perdido sea para los que necesitan leña. Merecerá mi propio desprecio si dejo nacer en mí esa polilla de la voluntad que llamamos lástima.)

VICTORIA.- *(avanzando hacia la mesa.)* Dispénseme usted, señor Cruz, si le interrumpo en sus cálculos para rematar a mi pobre padre.

CRUZ.- *(con sorpresa y frialdad.)* ¡Ah!, la beatita.

VICTORIA.- Es usted un tirano, y Dios le castigará.

CRUZ.- ¡Castigarme... a mí! ¿Tengo yo la culpa del hundimiento del señor de Moncada?

VICTORIA.- Pero usted debe ayudarle, recordando que en su niñez comió el pan de esta casa. ¿No le sobra a usted el dinero? ¿Pues de qué le sirve si no le proporciona el placer, el lujo de ser generoso?

CRUZ.- Soy humilde. No gasto esos lujos... tan caros... En fin, señorita, o Sor Victoria, si usted me lo permite, seguiré... *(Volviendo a mirar el plano, y tomando la pluma para hacer una cuenta.)*

VICTORIA.- Ya que no pueda usted ser generoso, sea siquiera fino, y óigame...

CRUZ.- Ya escucho.

VICTORIA.- Traficante de la peor especie, si hoy quiere usted devorar los restos de la fortuna de mi padre, anteayer se dispuso a salvarle. Pero pedía por su servicio una cosa que no se le puede dar; pedía a mi hermana, y no se cotizan aquí como si fueran pacas de algodón, las criaturas humanas.

CRUZ.- Yo no propuse tal compra: fue que...

VICTORIA.- Sé bien lo que pasó... Pero hay algo aquí que no entiendo; y usted me lo va a explicar, señor Pepet... *(Corrigiéndose.)* ¡Ah!, dispénseme: sin querer le he dado aquel nombre familiar.

CRUZ.- Llámeme usted Pepet. Soy muy llanote. Me gusta verme tratado aquí con la mayor confianza.

VICTORIA.- Pues, Pepet, dígame: ¿por qué, siendo usted tan rico, y habiendo en el mundo tantas mujeres guapas y de mérito, se le ha metido en la cabeza que ha de ser mi hermana y nadie más que mi hermana la que...? ¡Como si Gabriela valiera más que otras! ¿Qué significa esa elección exclusiva? Tijeretas han de ser. «O no me caso, o me caso con una Moncada».

CRUZ.- ¿De veras no lo entiende? Usted parece lista, y a poco que se fije, comprenderá que los que nos elevamos rápidamente por nuestro propio esfuerzo, o

ayudados de una loca fortuna, gustamos de enlazar el pasado con el presente, y de emparejarnos con los que ya eran poderosos cuando nosotros éramos humildes. Poseer aquello mismo que antes estuvo tan por encima de mí, ¡qué mayor gloria! Teníame yo por polvo miserable, cuando las niñas de Moncada me parecían estrellas, no menos bonitas que las que alumbran el cielo. Pues bien: de aquella miseria ha salido un hombre, que cree ya poder alargar su mano y coger lo que antes le parecía... algo así como las muñecas de los ángeles... Porque eso son ustedes... muñecas.

VICTORIA.- Gracias.

CRUZ.- Y yo, hombre rudo, endurecido en las luchas con la Naturaleza; yo que fui y quiero seguir siendo pueblo, deseo que el pueblo se confunda con el señorío, porque así se hacen las revoluciones... sin revolución... quiero decir...

VICTORIA.- Ya, ya voy entendiendo.

CRUZ.- Mi ambición no se colma, no se siente satisfecha y redondeada sino...

VICTORIA.- Ya, ya... sino enlazándose con la familia misma que...

CRUZ.- Que me vio tan chiquito, siendo ella tan grande.

VICTORIA.- Y ahora el grande es usted, y nosotros... como despreciables gusanitos de la tierra... Bueno. *(Con viveza.)* Pues ahora, Pepet... dígame usted: *(Con misterio.)* ¿y si yo pudiera conseguir...?

CRUZ.- *(con vivo interés.)* ¿Qué?

VICTORIA.- Eso que usted tanto desea.

CRUZ.- *(levantándose lentamente.)* ¡Cómo!... ¿qué dice?

VICTORIA.- Si yo lograra vencer...

CRUZ.- ¿La terquedad de su hermana? *(Acercándose a Victoria, que se sienta en la silla baja.)*

VICTORIA.- Sí; ¿qué haría usted?

CRUZ.- En ese caso, todo cambiaría... Don Juan y yo seríamos una misma persona, comercialmente hablando.

VICTORIA.- Mi padre recobraría su crédito.

CRUZ.- Sin duda.

VICTORIA.- Y todo sería bienandanza... aquí donde todo es tristeza y desolación.

CRUZ.- *(agitado.)* ¿Que duda tiene?... ¿Pero de veras podrá usted...?

VICTORIA.- No se entusiasme tan pronto. Considere que la víctima, esto es, mi hermana, se casaría con usted sin quererle... ¡Sacrificio inmenso!

CRUZ.- El verdadero amor, el sólido y durable nace del trato. Lo demás es invención de los poetas, de los músicos y demás gente holgazana.

VICTORIA.- Un matrimonio de pura conveniencia, como un contrato de arrendamiento, debe de ser cosa muy triste... *(Levantándose agitada.)* El sacrificio será colosal, desproporcionado. (¡Jesús mío, ilumíname! ¿Voy contigo o contra ti?)

CRUZ.- ¡Sacrificio! Eso no puede decirse sin probarlo.

VICTORIA.- ¡Pero qué prueba más espantosa!... En todo caso, si mi hermana cede, se le exigirán a usted garantías.

CRUZ.- Las daré.

VICTORIA.- Ya sé que no tiene usted más que una cualidad buena, el fiel cumplimiento de sus promesas, de sus obligaciones.

CRUZ.- ¿Esa sola? Ahondando, alguna más se encontrará.

VICTORIA.- *(inquieta.)* (Mi espíritu flaquea... siento alternativas de valor heroico y de horrible desfallecimiento.)

CRUZ.- En fin, despachemos y sepa yo a qué atenerme. ¿Qué debo hacer?

VICTORIA.- Nada, callar y esperar.

CRUZ.- Pues callo y espero. ¿Aquí?

VICTORIA.- Sí. *(Mirando con inquietud hacia la izquierda.)* (Temo que venga Gabriela.) No; dese usted una vuelta por el parque, y vuelva dentro de un rato.

CRUZ.- ¿Como media hora?

VICTORIA.- Menos.

CRUZ.- *(despidiéndose.)* Pues...

VICTORIA.- Pronto, pronto.

CRUZ.- Ya, ya me voy. *(Vase por el fondo.)*

VICTORIA.- *(acechando por la izquierda.)* No, Gabriela no anda por aquí... Yo, al oratorio... *(Dirígese al fondo, y sube a prisa por la escalera que conduce al piso alto.)*

Escena XIII

HUGUET, *que entra cuando* VICTORIA *sale; después,* DOÑA EULALIA *y* LA MARQUESA

HUGUET.- Victoria... *(llamándola)* eh... que estoy aquí. Va como una flecha. Es el demonio esta santita. *(Buscando a Cruz.)* ¿Pues y Cruz?, ¿dónde está? Habrá pasado al despacho. *(Mira por la puerta del despacho.)* Tampoco aquí... Bueno: ya parecerán las personas... y los acontecimientos.

EULALIA.- *(entrando con la Marquesa, el libro de oraciones en la mano.)* Huguet, ¿qué hay? ¿Dónde está Juan?

HUGUET.- De paseo con Daniel.

EULALIA.- ¿Ocurre algo?

HUGUET.- *(con alegría espontánea.)* Ocurre... que ha retoñado la conspiración. *(Reparando en la Marquesa.)* (¡Ah!... qué indiscreto!)

LA MARQUESA.- *(alarmada.)* ¿Conspiración otra vez?

EULALIA.- ¿De veras?... Pero ¿cómo se atreven...?, sin contar conmigo... Apuesto a que esa loquilla de Victoria... *(Huguet hace signos afirmativos, que no ve la Marquesa.)* ¡Digo...! Y que no hará pocos desatinos... Si estas teclas sólo yo sé pulsarlas.

LA. MARQUESA.- (Ya estoy en ascuas... ¡Pobre hijo mío!)

EULALIA.- *(a la Marquesa, con aflicción.)* ¿Esperas a Jaime?

LA MARQUESA.- Sí, no puede tardar. En cuanto acaba la consulta, le falta tiempo para correr al lado de su madre.

EULALIA.- *(con afectada lástima.)* ¡Pobrecito!... ¡Infeliz muchacho!...

LA MARQUESA.- *(alarmada.)* ¡Pero tú...!

EULALIA.- ¡Oh, no, yo no! Ni quiero intervenir en estas combinaciones de familia, impuestas ¡ay!, por las aflictivas circunstancias que atravesamos.

LA MARQUESA.- *(confusa, a Huguet.)* ¿Pero es cierto que...?

Escena XIV

Dichos. JAIME

JAIME.- Ya estoy aquí. He venido en media hora. Mamá. *(Besándole las manos.)* Doña Eulalia...

EULALIA.- Repito que no intervengo... No hay que culparme...

JAIME.- *(a su madre.)* ¿Qué es esto?

HUGUET.- *(llevando aparte a doña Eulalia.)* Eulalia, por Dios, chitón. Podría frustarse...

EULALIA.- Mejor. Como cosa tramada a escondidas de mí, bonito ciempiés[(3)] saldrá.

LA MARQUESA.- *(a Jaime, llevándole aparte.)* ¡Hijo!...

JAIME.- ¿Qué, mamá?

LA MARQUESA.- Aquella conspiración... ¿sabes?

JAIME.- *(muy inquieto.)* Sí... ¿qué? ¿Revive?... Doña Eulalia quizás...

LA MARQUESA.- Eulalia no.

JAIME.- ¡Ah! Victoria. *(Durante el resto del diálogo, Huguet y Doña Eulalia hablan retirados hacia el fondo.)*

LA MARQUESA.- Que te quemas.

JAIME.- *(con súbita exaltación.)* Mamá, no puedo contenerme.

LA MARQUESA.- Hijo mío, no te exaltes... Considera...

JAIME.- No considero nada. Yo me vuelvo loco, mamá, yo haré cualquier barbaridad... Yo mato a alguien, a Cruz, a Huguet, a Doña Eulalia.

LA MARQUESA.- ¡Por los clavos de Cristo!

JAIME.- Pero no. La que mueve los hilos de esta intriga es la otra, la beata, esa romántica de la fe, esa histérica, visionaria, alumna de Lucifer, disfrazada con el nimbo de los ángeles.

LA MARQUESA.- Por Dios, no desvaríes... Juan viene.

Escena XV

Dichos. MONCADA, DANIEL, *dándole el brazo.*

MONCADA.- Gracias, Daniel, por la grata compañía, y este ratito de esparcimiento.

EULALIA.- Tenemos que hablarte.

MONCADA.- ¿Tú?... Ya tiemblo.

HUGUET.- *(aparte a Eulalia.)* Es prematuro...

MONCADA.- *(aburrido.)* Ea, no quiero saber nada, ni lo malo ni lo bueno. Me declaro incapaz de toda emoción. *(Con desaliento.)* Deseo estar solo... solo... *(Dirígese a su despacho, como queriendo huir de todos.)*

HUGUET.- No, pues yo no le dejo. *(Vase tras Moncada.)*

EULALIA.- Ni yo... ¡Pobre hombre!, sin mi compañía, sin mis consuelos, sin este bálsamo que mi piedad derrama en las heridas de su alma, ¡qué sería de él! *(Vase por la derecha.)*

Escena XVI

LA MARQUESA, JAIME, DANIEL

LA MARQUESA.- *(afligida.)* ¡Ya vas el caso que nos hacen!

JAIME.- *(en alta voz, airado.)* ¡Ya veo, sí... Esto no puede ser!

DANIEL.- *(amonestándole.)* Cuidado... silencio... ¿Qué desentono es ese?

JAIME.- Cállate... déjanos. Tu flamante misticismo no te permite entender de estos conflictos del corazón, de estas borrascas del amor propio, de nada en que palpite un sentimiento vivo y humano.

DANIEL.- Simple, no sabes lo que dices.

LA MARQUESA.- *(muy apurada.)* Hijo, no alborotes...

JAIME.- Quiero alborotar, quiero que me oigan; y si veo a esa monja sin seso, entrometida y revoltosa...

DANIEL.- *(con ligera irritación.)* Calla, te digo... No ultrajes a esa criatura sublime.

JAIME.- *(burlándose.)* ¡Sublime!

DANIEL.- *(con desdén.)* No quiero, ni debo hacer caso de ti.

LA MARQUESA.- Calma, calma. Quizás nos engañemos... ¡Ah! ¿no sería lo mejor hablar con Gabriela?...

JAIME.- Pues es claro... Que nos saque de esta horrible incertidumbre...

LA MARQUESA.- Justo. Sepamos...

JAIME.- Pronto, sí. *(Impaciente.)* Debe de estar en el cuarto de la chiquillería.

LA MARQUESA.- No, no; está en el de la plancha.

JAIME.- Pues allá.

LA MARQUESA.- Vamos. *(Vanse por la izquierda.)*

Escena XVII

DANIEL, *poco después* VICTORIA

DANIEL.- Loco está ese infeliz... ¡Y mi madre se deja contagiar de su demencia! Si algo anómalo pasa aquí, procuraré apartarme de toda intervención activa. ¡Cuánto desdén me inspiran estos afanes pueriles, este bullir y pelearse... por nada, por el reparto de la miseria humana!... ¡Cuán rico es el que dice: «no quiero nada, no poseo nada, no sé lo que es tener!». *(Dirígese al foro, en el momento en que baja Victoria; la ve y se detiene apartándose.)*

VICTORIA.- *(que avanza en actitud de arrebato o transporte místico, cruzadas las manos, mirando al cielo.)* Firme ya en mi resolución... Segura ya de que de Dios me ha venido esta idea... *(Con ardiente entusiasmo.)* Siento en mí un valor heroico, y nada temo, ni a Satanás con sus malicias traidoras, ni al mundo con sus sátiras acerbas.

DANIEL.- (Ninguna emoción me causa ya su presencia. Curado estoy a fe.) *(Da un paso hacia ella.)*

VICTORIA.- Daniel. *(Asustada)* (¡En qué momento!) *(Se aleja.)*

DANIEL.- ¿Por qué huyes de mí? Ya no puede haber peligro en que nos veamos, en que hablemos. Del afecto humano que un día nos unió, sólo cenizas quedan ya. La parte tuya supiste sofocarla con una santa resolución; la mía... más rebelde sin duda, ha sido ahogada por mí a fuerza de tiempo y de violentísima presión sobre mi propia alma... Te abominé cuando me abandonaste... Ahora te bendigo, porque me has enseñado la verdad, la única verdad accesible a nuestra miseria.

VICTORIA.- ¿De modo que...? ¿Luego es cierto que también tú...? De todo corazón te felicito, Daniel, por tus nuevas ideas.

DANIEL.- *(con frase reposada y dulce en toda la escena.)* Y yo te doy gracias por tu ejemplo. Por ti he adquirido la difícil ciencia de transformar los sufrimientos en goces, la muerte en vida, la desesperación en esperanza, la soledad en compañía dulcísima.

VICTORIA.- Daniel, ¡qué hermosa idea!

DANIEL.- Aunque mi exterior es el mismo todavía, he cambiado radicalmente. Pronto mis apariencias variarán también. Conviene que parezcamos lo que somos. Sé que el mundo me encuentra ridículo, y que mi familia me censura. Nuevos motivos de mortificación, que acepto con placer.

VICTORIA.- Todo eso lo he pasado yo. Lo conozco bien.

DANIEL.- Tu ejemplo me guía. En mi camino veo una luz, que eres tú.

VICTORIA.- ¿Yo?

DANIEL.- Tú, sí, que vas delante.

VICTORIA.- Tal vez no.

DANIEL.- ¿Por qué?

VICTORIA.- Porque yo quizás tome por una senda más áspera, mucho más angosta... y erizada de horrorosos peligros.

DANIEL.- No te entiendo.

VICTORIA.- Ni es fácil por ahora. Muy pronto, Daniel, has de juzgarme con severidad.

DANIEL.- ¿Yo?, imposible.

VICTORIA.- Porque no me comprenderás. En fin, no hablemos de eso; déjame. Tú entras en una vida serena, y has pasado lo peor. Yo empiezo ahora, y mis luchas serán horribles, mis padecimientos extremados, mi martirio tan grande, que ni tú, con toda tu piedad, puedes sentirlo y comprenderlo.

DANIEL.- ¿Martirio has dicho...?

VICTORIA.- Sí, y pruebas extraordinarias, de las que no sé si saldré victoriosa.

DANIEL.- ¿No te cegará el entusiasmo, el ardor mismo de tu fe?

VICTORIA.- Debo decirte que mi fe es un tanto ambiciosa, que aspiro a mucho; que pretendo llegar a los linderos de lo imposible, y aun traspasarlos. No sé si te reirás de mí.

DANIEL.- ¡Reírme... nunca!

VICTORIA.- Aspiro a que Dios, por mi mediación, realice algún estupendo prodigio... convirtiendo las bestias en seres humanos, los corazones de piedra en... *(Turbada.)* Pero no sé explicarme... y por mucho que te dijera, no me entenderías.

DANIEL.- *(con entusiasmo.)* Cuanto tú hagas y pienses divino tiene que ser.

VICTORIA.- No te parecerá muy divina cuando...

DANIEL.- ¿Cuando qué?

VICTORIA.- Cuando sepas... Pero tú, que tantas cosas has de aprender en tu comunicación diaria y ferviente con Dios, aprenderás quizás a entenderme; y si al principio quizás digas, como otros: «esa mujer está loca», luego dirás... qué sé yo... dirás... algo que me sea más favorable.

DANIEL.- Yo diré siempre... *(Con ardiente curiosidad.)* Pero explícame...

VICTORIA.- Es muy difícil de explicar. Vete, y no vuelvas hoy a esta casa... Y para concluir: puesto que tu determinación de ser religioso es sincera y firme, ocasión tendrás de pedir a Dios que me dé fuerzas para... *(Conmovida.)*

DANIEL.- *(perplejo, sin entender nada.)* ¿Para qué?

VICTORIA.- Oye... mira... *(Se quita el rosario que lleva al cinto.)*

DANIEL.- La insignia de tu congregación.

VICTORIA.- Sí. *(Después de una pausa.)* Tómalo... quiero que sea para ti.

DANIEL.- *(sin decidirse a tomarlo.)* ¡Para mí!

VICTORIA.- De cuantas personas conozco, tú eres la única que debe llevarlo, después de haberlo llevado yo. Con él rezarás por mí.

DANIEL.- *(besando la cruz.)* Por esta cruz, te juro...

VICTORIA.- *(vivamente.)* No jures nada, y vete.

DANIEL.- ¡Que esta imagen de Jesús crucificado *(mostrando el crucifijo)* me transmita tu espíritu sublime y el fuego de tu fe! *(Lo besa otra vez.)*

VICTORIA.- Adiós... adiós. *(Vase Daniel por el fondo, se encuentra con Cruz, que entra. Se miran los dos un instante, sorprendidos, sin decir nada.)*

Escena XVIII

VICTORIA, CRUZ

CRUZ.- (Hola... Uno de los señoritos de carrera. Este es el beato, el que no encuentra en el cielo una estrella bastante alta para ahorcarse de ella. ¡Peste de misticismo! De buena gana le cogía, y ¡zas!, al tejado como una pelota.) Aquí estoy. ¿He tardado?

VICTORIA.- (¡Ay, Dios mío!, paréceme que al verle se me disipa el valor, dejándome el corazón vacío y helado... ¡Qué hombre, qué fiera, qué fealdad en el alma y qué antipatía en la persona!)

CRUZ.- ¿Tiene usted algo que decirme?

VICTORIA.- Que el sacrificio de la señorita de Moncada es horrible por que abandona el amor de toda su vida por unirse a un hombre extravagante, brutal y repulsivo. Por esto la esclava, antes de venderse, debe regatear su precio. Necesitamos fijar ciertas estipulaciones.

CRUZ.- Muy bien. Estipulemos. *(Siéntase Victoria en la silla baja, en el centro de la escena. Cruz en pie.)*

VICTORIA.- Vamos por partes. ¿Se compromete el señor Pepet a restaurar la casa y crédito de Moncada en las condiciones propuestas de su puño y letra en este papelito? *(Le da la carta que recibió de Huguet.)*

CRUZ.- ¿A ver? Eso y mucho más haré. *(Devolviendo la carta.)* Mi palabra vale tanto como el Evangelio.

VICTORIA.- No profane usted el Evangelio comparándolo con su palabra.

CRUZ.- Si mi palabra es sagrada, y por tal la tienen cuantos me conocen, ¿qué mal hay en que yo lo diga?

VICTORIA.- Adelante. Usted no tiene religión, ¿verdad?

CRUZ.- Como no soy hipócrita, ni sé mentir, declaro que, en efecto, lo que ustedes llaman fe, no existe en mí.

VICTORIA.- Ya me lo dirá usted luego... Pues bien: la que va a ser su esclava le pone por condición imprescindible que ha de cumplir los preceptos elementales de la única religión verdadera. Ya ve usted; sólo se le pide por ahora lo externo, lo que, más que tributo a Dios, es exigencia del decoro social.

CRUZ.- *(alzando los hombros.)* Bueno... concedido... Me comprometo a eso de las prácticas.

VICTORIA.- A su tiempo vendrá lo demás. Ha de prometer también acoger y criar y educar decorosamente a mis seis sobrinitos.

CRUZ.- ¿Los huérfanos de Rafael? Concedido.

VICTORIA.- Bien... Y por último, Sr. Pepet... Se estipula formal y solemnemente que si surgiere entre su mujer y usted, por cualquier motivo, una desavenencia grave, la esposa se retirará de la casa matrimonial, y volverá al lado de su padre, sin que usted oponga resistencia.

CRUZ.- Eso ya es más delicado... pero no hay inconveniente en fijar esa condición... ¿Qué me importa, si tengo la seguridad de que, suceda lo que quiera, mi mujer no ha de separarse de mí?...

VICTORIA.- ¿Por qué?

CRUZ.- Porque mi mujer no se hallará sin mí.

VICTORIA.- ¿Usted qué sabe?

CRUZ.- Lo sé.

VICTORIA.- (¡Cuán necio orgullo en su barbarie!) *(A media voz con acento de plegaria.)* Dios de mi vida, tú que conoces la nobleza de mi intento, aleja de mí hasta la menor sombra de egoísmo; consérvame animosa, temeraria, insensible al dolor y al peligro; aviva en mi corazón el fuego de la caridad, en mi mente las ideas elevadas y generosas. Sean para los demás los bienes que de esto puedan resultar, para mí sola todas las amarguras. *(Alto.)* Bueno, Pepet, pues fijadas las estipulaciones... *(Temerosa de explicarse.)* (¡Ay de mí, ahora falta lo peor! ¿Cómo le digo...? Es tan torpe que no lo ha comprendido).

CRUZ.- ¿Qué?

VICTORIA.- Pues ahora... falta... *(Turbada.)* falta...

CRUZ.- Falta que la misma Gabriela me diga...

VICTORIA.- ¡Ah!, sí, lo dirá. *(Con una idea feliz.)* ¡Ah!... Pues yo... al arreglar esto, he tenido en cuenta muchas cosas. Dando a usted la señorita de Moncada, satisfago y colmo su ambición. Por un lado llevo la felicidad, por otro la desgracia... Al pobre Jaime le quito su novia... Ya ve usted... ¡tan buen chico!...

CRUZ.- Que busque otra... Para lo que él vale...

VICTORIA.- No diga usted desatinos. Pues he pensado, a cambio de la esposa, que le quito, ofrecerle otra.

CRUZ.- ¡Otra!

VICTORIA.- Sí... ¿No lo entiende? Pienso proponerle... *(Con dificultad de expresión, como no encontrando la frase apropiada.)* Proponerle... ¿lo digo? vamos... que abandonaré la vida religiosa, volveré al siglo...

CRUZ.- ¿Para casarse con él?

VICTORIA.- Justo.

CRUZ.- ¡Qué lástima! *(Con viveza.)* ¡Usted volver al mundo, quitarse esa librea... y casarse con ese...!

VICTORIA.- Lo haré, sí, por amor de mi padre.

CRUZ.- *(confuso.)* (¿Qué mujer es esta? ¿Se burla de mí?)

VICTORIA.- *(con secreto terror.)* (¡Qué angustia siento! No me entiende... Tendré que decírselo claro... Y si... *(Atormentada por una sospecha.)* No quiero pensarlo. La vergüenza abrasa mi rostro... Si se lo digo, y después de este horrible ofrecimiento, me rechaza... ¡si no le gusto...! Virgen Santa, Madre amantísima, dame valor... y en este trance decisivo de mi sacrificio, no permitas que la fiera me desprecie.)

CRUZ.- (¿Qué misterio encubren las palabras, la actitud de esta mujer?)

VICTORIA.- *(con gran esfuerzo interior y ahogando la vergüenza y el miedo.)* (Hay que llegar al fin... ¡Jesús mío, por amor de ti y de mi padre!) *(Quítase la toca, y aparece la cabeza desnuda. El cabello desceñido le cae hasta los hombros.)*

CRUZ.- Se quita la toca... *(Deslumbrado.)* ¡Ah!

VICTORIA.- *(violentándose para aparecer en completa calma.)* Dígame, Pepet, ¿cree usted que si propongo a Jaime que me tome a mí por mi hermana... aceptará?

CRUZ.- *(turbado.)* ¡Oh! Yo creo... *(Con viveza.)* Sí, sí. En su lugar, yo no vacilaría... Pero lo más derecho, y así no habrá ningún agravio, es que si usted vuelve al mundo, se case conmigo.

VICTORIA.- Sí, bárbaro. La que se te ofrece en esclavitud para aplacarte, no es mi pobre hermana; soy yo. *(El llanto la ahoga, y sin moverse de la silla baja, oculta el rostro entre las manos, sollozando.)*

CRUZ.- *(fascinado.)* ¡Victoria! ¿Y es verdad? ¿Es cierto que...? Repítalo. Me parece mentira.

Escena XIX

Dichos. MONCADA, EULALIA, HUGUET, *por la derecha;* GABRIELA, LA MARQUESA, JAIME, *por la izquierda.*

CRUZ.- Repítalo usted para que se enteren. No lo creerán si lo digo yo.

MONCADA.- ¿Qué?

CRUZ.- Que la loca de la casa vuelve a la razón, y se casa con Pepet. *(Estupefacción en todos.)*

Acto tercero

Sala en la fábrica de Santa Madrona.-En el fondo un hueco, de donde parte un pasadizo largo y estrecho que conduce a los talleres.-A la izquierda, dos puertas por donde se pasa a las habitaciones particulares del director del establecimiento.-A la derecha, paramento o mirador de cristales, en cuyo último tramo (hacia el ángulo del fondo) desemboca la escalera de madera por donde se sube desde el campo.-Por dicha escalera entran todos los que no habitan en la casa.-En las paredes del fondo, muestras de cerámica ordinaria en estantes, y un armario con cuerdas y herramientas.- Mesa y sillas ordinarias.-Es de día.

Escena primera

HUGUET, JORDANA, *que entran por la escalera;* LLUCH, *portero anciano.*

LLUCH.- ¿El amo?... En la fábrica, reconociendo los hornos apagados.

HUGUET.- ¿Quién estaba aquí con él hace un momento?

LLUCH.- El prior de los Franciscanos.

JORDANA.- *(vivamente.)* ¿No lo dije?... Me figuro la escena, que debió de ser breve, terminada con la salida del fraile poco menos que de cabeza.

LLUCH.- Sí señor; el amo le echó a cajas destempladas.

HUGUET.- ¿Pero qué...? ¡Ah!, la cuestión de los terrenos...

JORDANA.- Justo. Esos benditos creen tener derecho, y lo tienen, me consta, a las doce hectáreas que separan la fábrica de la huerta del convento.

HUGUET.- Moncada pensaba darles posesión de ellas.

JORDANA.- ¡Y esperan que este...! ¡Pobres cogullas!... *(Soltando la risa.)*

LLUCH.- ¿Quieren que le avise?

HUGUET.- No; esperaremos a que salga. *(Se sienta. Vase Lluch.)* Pues aquí me he refugiado, amigo Jordana, huyendo de la pobrecita Marquesa, que no me deja a sol ni sombra.

JORDANA.- Ya... Pretende que este caribe le prorrogue el préstamo hipotecario... ¡A buena parte viene!

HUGUET.- *(intranquilo.)* Pues no crea usted... Temo que me siga hasta aquí.

JORDANA.- *(acercándose al mirador.)* No; va en retirada. A quien veo es a Daniel, el aburrido y solitario paseante.

HUGUET.- Sí, aguardando a los niños para acompañarles a paseo. Jamás entra aquí.

JORDANA.- *(volviendo al proscenio.)* ¿Y es cierto que profesa en la Orden Tercera?

HUGUET.- Eso dicen. Lo sentiré por la Marquesa, que bien necesita hoy del trabajo de sus hijos... ¡Infeliz señora! Bebe los vientos por salvar su finquita del Clot, y a todos nos trae locos... «Háblele usted... interceda, por Dios, con el tirano...».

JORDANA.- Más fácil es convertir en almohada de plumas una rueda de molino que ablandar el corazón de este hombre. Dígamelo usted a mí, que me he pasado seis meses colmándole de finezas, tocando todos los registros de persuasión, hasta el de la baja lisonja, con la esperanza de que nos concluya nuestro santo hospital... y nada, querido Facundo, no ha sido hombre para decir: «Jordana, ahí tiene usted diez mil duros, quince mil duros, para que el pueblo se acuerde de mí».

HUGUET.- Vamos, que ni con las alegrías del matrimonio se humaniza la fiera.

JORDANA.- Pero si Victoria no parece tener influjo sobre él...

HUGUET.- Lo dicho, amigo Jordana, que a este no le entran ángeles.

JORDANA.- Yo espero que la Providencia tomará cartas en el asunto, y hará con este pecador un grande escarmiento, ya enviándole una buena carga de enfermedades, ya esparciendo y aventando el vano polvo de sus riquezas...

HUGUET.- Patético estáis. ¿Apostamos a que la Providencia no se mete con él?... Y si usted no se enfada, le diré que hará bien en no meterse, y en dejar que sigan prosperando, bajo la magistral dirección de Cruz, los negocios de la casa de Moncada. Seamos justos, y reconozcamos en este hombre una capacidad administrativa de primer orden.

JORDANA.- Lo reconozco. El infierno está empedrado de capacidades administrativas.

HUGUET.- Desde que este californiano de mil demonios se hizo cargo de la fábrica, arrostrando la incomodidad de vivir en ella, parece que el ángel del negocio ha penetrado aquí.

JORDANA.- *(riendo.)* Pero, hijo de mi alma, si el negocio no tiene ángel...

HUGUET.- ¿Y qué diremos de la resurrección gloriosa del Banco Industrial y Naval, casi muerto en manos de Moncada y en las mías?

JORDANA.- Ya, ya sé. Las acciones por las nubes. Sin duda Cruz ha sobornado al ángel del crédito... dando una participación en los beneficios a las potencias celestiales... Ja, ja... Dígame, Facundo, ¿no le parece a usted que la pobre Victoria parece ahora un ángel un poco desplumado o inservible? ¡Cuidado que no conseguirme el auxilio que pretendo para terminar esa obra magna...!

HUGUET.- ¿Pero es de veras que... nada...?

JORDANA.- En metálico ni una mota. La pobrecilla, a fuerza de diplomacia y de paciencia, ha conseguido del ogro algunos millares de ladrillos de desecho.

HUGUET.- ¡Ah, tunante! Así, arañando de aquí y de allá, se amontonan recursos. Sí, hay que reconocer que es usted un grande hombre, el apóstol de la caridad, tal como ahora se estila. Al insigne Jordana deberemos el mejor establecimiento benéfico de la provincia.

JORDANA.- Antes hacía estas maravillas la fe; hácelas ahora el amor propio, ayudado de la vanidad... Pero este arrastrado Cruz no tiene vanidad, no le importa nada que yo ponga su nombre en letras de oro en las lápidas del frontis.

HUGUET.- Es que hay vanidades de vanidades, y la de este consiste en que se le alabe por sus extraordinarias aptitudes para negar dinero... en fin, a mí me da el corazón que de esta hecha saca usted alguna tajadita.

JORDANA.- ¡Ah! ¡Pues si me resultara la que le tengo armada!

HUGUET.- ¿Qué?

JORDANA.- Pasado mañana celebro en mi hospital una gran fiesta entre religiosa y mundana, con su poquito de gori gori, su poquito de recepción...

HUGUET.- ¿Y baile?

JORDANA.- Hombre, no, baile no; pero habrá *lunch*. En fin, conviene combinar lo espiritual con lo profano. Agua bendita por un lado, por otro algo de *champagne*. Ya sabe usted que bautizamos a mi último hijo.

HUGUET.- ¿Qué número alcanza?

JORDANA.- Es el decimosexto en la serie de los nacidos.

HUGUET.- Hombre, es usted único para poblar el mundo. De usted se dirá, como de D. Juan de Robles: «fundó hospitales, erigió suntuosos asilos... y primero hizo la humanidad».

JORDANA.- Eso es... Pues bien: gran fiesta. El prior de los Franciscanos administrará el Sacramento. Victoria será la madrina. Naturalmente, Cruz irá. He invitado a todo el señorío de Santa Madrona: enseñaré las dependencias del edificio, las grandes mejoras que allí se han ido realizando...

HUGUET.- *(con sorna.)* ¿Y espera usted que Cruz se enternezca?

JORDANA.- Como que pronunciaré un discurso en el cual pienso llamarle la primera figura histórico social de Santa Madrona, el hombre designado por la Providencia para...

HUGUET.- ¡Pero qué inocente es usted!

JORDANA.- Y una comisión de señoras le pedirá que continúe las obras. Y las niñas entonarán un himno en que digan...

HUGUET.- *(riendo.)* Calle usted. ¡Valiente caso hace este de coros infantiles y de damas pedigüeñas! Nada, Jordana, lo mejor es...

JORDANA.- Aquí viene.

Escena II

Dichos. CRUZ, *que viene de los talleres por el pasadizo del fondo.*

CRUZ.- Señores*...*

JORDANA.- *(saludando con servilismo.)* Amigo Cruz, celebro que no haya novedad en esa preciosa salud.

CRUZ.- Igualmente.

JORDANA.- No olvide usted que pasado mañana le secuestro.

CRUZ.- Iré un rato si puedo. En todo caso, Victoria me representará.

JORDANA.- No, no. Usted tiene que ir... ¡Pues no faltaba más! Allí reuniré la flor y nata de Santa Madrona. No olvide usted que el pueblo que represento tiene los ojos fijos en su ilustre hijo, la más grande capacidad industrial y administrativa que nos ha dado Cataluña en lo que va de siglo.

CRUZ.- Quieto el incensario. Pero si la primer capacidad industrial es usted...

HUGUET.- Como padre...

CRUZ.- ¡Un hombre que da un producto bruto de dieciséis hijos en catorce años!

JORDANA.- Y muy guapos. Gracias a Dios me viven doce. Vamos, señor de Cruz, confiese usted que me tiene envidia.

CRUZ.- Sí que la tengo... Quisiera yo...

JORDANA.- No se apure... que ya vendrán...

CRUZ.- Dispénseme un momento. *(Queriendo hablar a solas con Huguet.)*

JORDANA.- *(apartándose.)* Sí, sí, traten ustedes de negocios. A ganar dinero... Por ahí, por ahí se empieza... y luego, a acuñar la generación que ha de gastarlo...

HUGUET.- *(aparte a Cruz.)* Dos telegramas para usted, y una carta. *(Entrega estos objetos, y aguarda un instante a que los examine rápidamente.)* Hoy he comprado, como usted me dijo, a 87,50.

CRUZ.- *(guardando los telegramas y cartas.)* Bien; mañana siga usted, comprando. Puede llegar hasta 75.

HUGUET.- Corriente... ¿Qué más? *(Saca un librito de apuntes.)* ¡Ah! Pons Hermanos quieren que les descuente usted pagarés a noventa días, por pesetas cien mil y pico.

CRUZ.- Con la garantía de Foxá, no hay inconveniente.

HUGUET.- *(disponiéndose a apuntar con su lápiz.)* ¿Qué descuento?

CRUZ.- A razón de veinte por ciento al año... Pues tres meses... *(Calculando.)*

HUGUET.- Les parecerá mucho.

CRUZ.- Pues que lo dejen.

HUGUET.- *(volviendo a consultar el librito.)* Bueno: y por último... ¿por cuánto se suscribe usted para las víctimas...?

CRUZ.- *(con gran extrañeza.)* ¡Víctimas...! ¡Suscrición...!, ¡yo...!

HUGUET.- Ya sabe usted... El horroroso incendio que ha dejado en la miseria a tantas familias... Todo el comercio y la banca de Barcelona contribuyen...

CRUZ.- ¡Tonterías! Aquí no hay más víctima que yo. Soy mi propia víctima... y ya me he socorrido.

HUGUET.- *(guardando el libro.)* Pues nada más... ¿No me manda usted otra cosa?

CRUZ.- Nada más. *(Recordando.)* ¡Ah!, ¿quiere usted llevarse ese pico?

HUGUET.- ¿Lo del carbón? Es mejor que se lo dé usted a mi primo Silvestre Rius. Es cosa de él.

CRUZ.- Pues dígale que venga a cobrar esta tarde. Dejaré puesto el talón.

HUGUET.- Bien.

CRUZ.- *(a Jordana.)* Perdóneme. Tengo mucho que hacer hoy.

JORDANA.- No me iré sin hablar con Victoria, para ponernos de acuerdo en ciertos detalles.

CRUZ.- Mal día es hoy.

JORDANA.- ¿Por qué?

CRUZ.- Hoy vuelven Gabriela y Jaime de su viaje de novios... No sé si vendrán aquí o a la torre... En fin, señores, tengo mucha prisa. *(Vase por la izquierda.)*

Escena III

HUGUET, JORDANA, LA MARQUESA, *medrosa, que entra por la escalera.*

LA MARQUESA.- (Salió de la fábrica... Aquí no está...) ¡Ah! Huguet...

HUGUET.- ¡Ay, Dios mío! Ya me cogió otra vez.

LA MARQUESA.- *(con afán.)* ¿Le ha visto usted?... ¿le ha dicho algo?

HUGUET.- ¡Ay, no, señora! ¿Para qué?

LA MARQUESA.- ¿De modo que ni esperanzas me da usted?

JORDANA.- Señora Marquesa, ¿no hay un cartel a la entrada de esa escaleta?

LA MARQUESA.- Sí... que dice «Paso a los talleres».

JORDANA.- ¡Quia!, no dice eso.

LA MARQUESA.- ¿Pues qué?

JORDANA.- Dice: *Lasciate ogni speranza o voi ch'entrate.*

HUGUET.- Pues cuando Moncada y yo disponíamos de todo, ya sabe usted que nunca la apurábamos. Ahora, la dirección de los negocios de la casa está a cargo de Cruz, al cual se entregaron, como parte del activo de Juan, algunos créditos...

LA MARQUESA.- Pero...

HUGUET.- Convenido, sí. Debimos retener la hipoteca; mas en la confusión y azoramiento de aquellos días, la olvidamos: allá se fue en el montón; y ahora...

LA MARQUESA.- Hoy es el vencimiento, y me es absolutamente imposible pagar. Que ese vándalo me conceda la prórroga, y pagaré.

HUGUET.- Mal negocio, señora.

LA MARQUESA.- De modo que me quedaré sin el Clot, sin aquel venerado terruño donde nací... *(Afligidísima.)* Díganme que no, díganme que esto no puede ser...

JORDANA.- Lo diremos, señora, pero sin creer en nuestras propias palabras.

LA MARQUESA.- ¡Infeliz de mí! *(A Huguet.)* ¿Pero Juan no podría...?

HUGUET.- Juan ha delegado en el otro sus facultades, y en nada interviene ya. Como no consiga usted algo por Victoria...

LA MARQUESA.- ¡Ah!... ¡Buen chasco nos ha dado!, cuando salió de improviso, hace cinco meses, con la ventolera de casarse con el dragón, todos creímos... Vamos, no es el primer caso de un monstruo vencido y domado por artes femeninas.

JORDANA.- En el paganismo, en la leyenda, se dan estos casos; pero ya los dragones han aprendido mucho...

HUGUET.- En fin, señora mía, no pierda usted tiempo, y piense en la manera de salir del compromiso.

LA MARQUESA.- ¿Cómo?

HUGUET.- Buscando el dinero hoy mismo, y pagando.

LA MARQUESA.- ¡Buscar el dinero! ¡Con qué sencillez pastoril lo dice...! ¿Cree usted que no he arañado la tierra estos días por encontrar quien me prestara esa suma? A duras penas puedo reunir la mitad, unas cincuenta mil pesetas.

HUGUET.- ¿Y sus hijos de usted?

LA MARQUESA.- ¡Ah, no cuento para nada con Daniel, que desde las alturas de la perfección a que se ha subido, me dice que no me defienda de la maldad, que mire con desprecio los bienes temporales, que sucumba, que pierda el Clot y me alegre de perderlo!

JORDANA.- ¡Oh, sí, bonita idea!

LA MARQUESA.- ¡Pero yo, ¡ay!, me siento tan terrestre, tan positiva! *(Respirando fuerte.)* Cuando intento llenar mi cabeza de ideas de abnegación sublime, acuérdome del Clot, y el temor de verlo en otras manos me trastorna, me enloquece... Algo más confío en Jaime, que, al volver de su viaje, se detiene en Barcelona dos días para buscarme fondos. Dudo que pueda conseguirlos en condiciones aceptables... Hoy llega, y pronto saldré de esta horrible incertidumbre.

Escena IV

Dichos. MONCADA, *visiblemente envejecido, apoyándose en un bastón. Entra por la escalera.*

HUGUET.- Aquí está Juan.

MONCADA.- Florentina... Alcalde... *(Saludando a todos.)* Facundo... Yo bien, muy bien.

LA MARQUESA.- Sí; ya le veo a usted tan contento.

MONCADA.- ¿Por qué no? *(Se sienta fatigado.)* Tiempo era ya de que mi ánimo gozara de esta placidez. No me ocupo de nada, cómo y duermo bien... los negocios de la casa marchan admirablemente; mis hijos y mis nietos tienen salud. Me paso el día en tranquila holganza, dando de comer a los faisanes, inspeccionando las hortalizas y viendo correr el agua por las acequias. Vida nueva para mí, descanso de mi vejez, en la cual siento retoñar una segunda infancia.

LA MARQUESA.- ¡Cuánto le envidio! ¿Y ahora viene usted de los Franciscanos?

MONCADA.- Como que me paso allí horas muy gratas, sobre todo cuando llueve y no puedo pasear. Daniel me acompaña, y créanlo, me ha contagiado.

JORDANA.- ¿También místico, don Juan?... ¡usted!

MONCADA.- También. Nada más delicioso que soltar el espíritu dentro de la iglesia sombría y apacible, y dejarlo volar allí libremente, subir, remontarse... No hay idea de lo consoladora que es la religión cuando uno no tiene dinero, es decir, cuando no lo maneja, cuando no se siente esclavizado por el metal infame... El rezar me entretiene; las prácticas del culto me deleitan, y allí me estoy... Charlo con los padres, hablamos de lo de allá... yo me enternezco... a veces murmuramos un poco de los que viven apegados a las riquezas... celebramos las virtudes, la humildad, la pobreza de este y del otro santo, y, en fin, salgo siempre de allí con ganas de volver.

HUGUET.- Buena vida...

MONCADA.- Dulcísima, sí.

LA MARQUESA.- Pues yo, querido Juan, siento mucho turbar su serenidad angélica con mis lamentaciones. Estoy desolada.

MONCADA.- ¡Ah!, sí, ya sé por Facundo... No puedo nada, nada... Soy en mi casa un asilado a quien tratan a cuerpo de rey... HUGUET.- *(a la Marquesa.)* No tiene usted más solución que la que le he dicho; reunir el dinero...

LA MARQUESA.- ¿Pero cómo... dónde?

MONCADA.- ¡Ah!, se me ocurre una idea. Creo que está usted salvada.

LA MARQUESA.- ¡Ay, qué alegría!

MONCADA.- Mi hermana tiene dinero.

LA MARQUESA.- *(desalentada.)* Eulalia...

MONCADA.- Sí; yo le hablaré... Aquí está.

Escena V

Dichos. DOÑA EULALIA

EULALIA.- *(a la Marquesa.)* Ya les tienes ahí.

LA MARQUESA.- ¡Jaime, Gabriela...!

EULALIA.- *(mirando por los cristales de la derecha.)* Ya se ve el coche en la curva de Prats.

LA MARQUESA.- Voy a encontrarles. Señor de Jordana, ¿quiere usted darme el brazo?

JORDANA.- *(ofreciéndole el brazo.)* Ahí va, señora. Y lo que siento es que no sea de oro macizo.

LA MARQUESA.- ¡Ay!, si fuera de oro macizo... no me lo daría usted. *(Vanse por la escalera.)*

HUGUET.- Saludaré a tu hija... y me marcho. Hoy me ha mandado que siga comprando.

MONCADA.- *(desechando una idea.)* ¿Y a mí, qué? Allá él. ¡Qué dicha no tener que decir compro ni vendo! Facundo, ya no compro más que la salvación eterna; y vender... no vendo nada. Adiós.

HUGUET.- Adiós.

Escena VI

MONCADA, DOÑA EULALIA

MONCADA.- Hermana, hay que sacar de su compromiso a la pobre Marquesa...

EULALIA.- ¿Qué?

MONCADA.- Que tú tienes ahorros.

EULALIA.- ¿Pero qué dices?

MONCADA.- *(alzando la voz.)* Que puesto que tienes numerario disponible...

EULALIA.- No oigo una palabra. Me he quedado enteramente sorda con los aires colados de esta maldita casa.

MONCADA.- Tú recibes puntualmente tus rentas y no gastas un céntimo.

EULALIA.- Te repito que no oigo nada... ¿Dinero yo?, ¡qué cosas tienes! Si quieres auxiliar a Florentina háblale a tu yerno, a ese D. Judas de California que ha sabido apoderarse de la casa de Moncada...

MONCADA.- ¡Qué tontería!

EULALIA.- Sí, y concluirá por echarnos de Santa Madrona... Vamos, tu actitud de sumisión y pasividad, parécenme a mí un síntoma de chochez... *(Contrariada de que Moncada no da importancia a sus expresiones.)* No tenemos vergüenza, si toleramos tanta humillación. ¡Un hombre que no nos consulta nada, que apenas me saluda, que nos tiene ahí como figuras decorativas, como adornos de su grosería sobredorada! Somos tú y yo al modo de un par de jarrones que pone... así... a los lados de su grotesca personalidad para hacerla lucir... Por mí no me importa. Sé padecer, sé anularme... La humildad es mi orgullo, y mi incienso los ultrajes... ¡Pero tú...! No, no, Juan; tú no debes tolerarlo.

MONCADA.- Pero mujer...

EULALIA.- *(sin dejarle meter baza.)* Tu poquedad de ánimo... para que lo sepas... es un grandísimo pecado... Y ofendes a Dios entregando tus negocios en las manos puercas de ese Holofernes. Sin ir más lejos, considera las limosnas que se repartían en tu tiempo, y las que se reparten ahora.

MONCADA.- *(suspirando.)* ¡Y qué le hemos de hacer!

EULALIA.- ¿Pues y la indecencia de negar a la Orden Tercera un terreno que le pertenece?

MONCADA.- Bueno... ¿Y qué?

EULALIA.- ¡Me gusta tu calma! ¡Los pobres! ¡los ministros del Señor!... Por ti, claro, que los parta un rayo. ¡Bonita manera de ser religioso! ¿Y crees que te vale andar todo el día de hocicos en los Franciscanos, y llevar la velita en las procesiones, y quitarle motas al padre Cleto? No, hijo, esas exterioridades no te valen para el fin sin fin, que dijo el otro.

MONCADA.- *(interrumpiéndola.)* ¡Eulalia!... ¡Bah!

EULALIA.- No, no me callo. Tú con tal que te echen puntualmente la sopa boba, transiges con ese hereje...

MONCADA.- ¿Hereje? ¿Pero si tú fuistes[(4)] quien armó la conspiración para hacerle mi yerno?

EULALIA.- *(con viveza.)* Porque creí que casándole le amarraríamos al lábaro de la fe. Pero luego ha resultado que Victoria carece de poder evangélico... ¡Vaya un fiasco! Bien merecido le está por meterse a redentora... y sin pedir consejo a nadie... por sí y ante sí, la muy estrafalaria.

MONCADA.- *(alzando más la voz.)* Respóndeme a lo que te pregunto.

EULALIA.- Respondo que Victoria no sabe amansar al feroz vestiglo... ¡Y para esto abandonó la pureza y santidad del Socorro!... Que oiga, sí, que oiga lo que dicen de ella las Hermanas... y sacerdotes respetabilísimos... Que procedió muy de ligero, que no consultó el caso con la Superiora, ni con el Director de la Congregación...

MONCADA.- *(incomodado.)* Basta... ¿Oyes o no lo que te digo?

EULALIA.- Pero ¿qué?

MONCADA.- ¿Quieres o no auxiliar a Florentina?

EULALIA.- *(como haciendo un esfuerzo para oír.)* ¡Ah!... ya... Florentina... ¡También esa!.. No es que yo la critique. Pero bien se ve que la levantan de cascos las vanidades de este mundo, todo lo temporal y transitorio...

MONCADA.- No pretende más que salvar el Clot.

EULALIA.- ¿Y para qué quiere ella fincas?... ¡con un pie en la sepultura, sin necesidades ya! Mejor pensará en prepararse para una buena muerte.

MONCADA.- *(nervioso, fuera de sí.)* No se te puede sufrir, hermana. Estás hoy de remate.

EULALIA.- Lo que te digo es que no pienso volver a poner los pies en este caserón donde no se oye hablar más que de la porquería de los negocios...

MONCADA.- Bah... déjame...

EULALIA.- Y decididamente me voy de aquí, me retiro a mi casita del Ampurdán, donde haré vida recogida y de estrechísima penitencia... Imítame, hombre; vente conmigo. Viviremos como ermitaños sin pensar más que en Dios y en la muerte.

MONCADA.- Gracias... vete tú.

EULALIA.- Y tú conmigo. Hermano querido, no adores más al infame becerro.

MONCADA.- *(desesperado.)* Que te calles, por Dios. No te puedo aguantar.

EULALIA.- Piensa que no somos sólo materia; que tenemos un espíritu...

Escena VII

Dichos. GABRIELA, JAIME, LA MARQUESA, *que entran por el ángulo del foro. Poco después* VICTORIA, *por la izquierda.*

MONCADA.- *(al encuentro de los recién llegados.)* ¡Hijita mía, Jaime!

GABRIELA.- *(abrazándole.)* Ya estamos aquí.

EULALIA.- ¿Y para mí no hay un abrazo? *(La abrazan los dos.)*

GABRIELA.- ¿Y mi hermana?

MONCADA.- *(mirando por la izquierda.)* No sabrá quizás... Ahí la tienes. *(Entra Victoria, y las dos hermanas se abrazan y besan con ternura.)*

LA MARQUESA.- *(llevando aparte a Moncada.)* Malas noticias me ha traído Jaime.

MONCADA.- ¡Paciencia, amiga mía!

LA MARQUESA.- ¿Y Eulalia?

MONCADA.- Está muy sorda. No me entiende.

LA MARQUESA.- Yo se lo diré.

MONCADA.- *(deteniéndola.)* No, no le diga usted nada. Su sordera es tan atroz, que aunque le pidiera usted el favor a cañonazos no se enteraría.

LA MARQUESA.- ¡Dios tenga piedad de mí! *(En el fondo forman un grupo Victoria, Gabriela y Eulalia. Jaime se acerca a su madre y a Moncada que están en el proscenio.)*

JAIME.- *(aparte a la Marquesa.)* ¿Será posible, mamá, que ese perverso no te conceda siquiera un par de semanas?...

LA MARQUESA.- *(aparte a Jaime.)* Aún me resta una esperanza. Gabriela hablará con Victoria...

VICTORIA.- Hoy comerán todos aquí.

EULALIA.- *(con repugnancia.)* ¡Yo... comer yo en la cueva del lobo!...

GABRIELA.- Yo sí, por acompañarte y charlar un rato. Pero Jaime no se sienta a la mesa de tu marido, así le ahorquen.

JAIME.- *(nervioso.)* Creo que debo marcharme, mamá. *(Mirando con recelo a la izquierda.)* Si ese hombre sale, no respondo de mi discreción.

MONCADA.- Prudencia, Jaime.

JAIME.- Pues me voy.

MONCADA.- *(cogiendo del brazo a Jaime.)* Nos repartiremos. *(A Victoria.)* Gabriela come contigo, y nosotros nos llevaremos a Jaime y a su mamá.

LA MARQUESA.- *(aparte a Gabriela.)* Si consigues algo...

GABRIELA.- *(vivamente.)* Le mandaré a usted un recadito.

LA MARQUESA.- Bien... Pero yo volveré por aquí antes de comer. No tengo sosiego.

(Salen doña Eulalia, la Marquesa, Moncada y Jaime.)

Escena VIII

VICTORIA, GABRIELA

GABRIELA.- ¿Y los nenes?

VICTORIA.- No tardarán en venir por acá. *(Asomándose por la derecha.)*

GABRIELA.- ¿Siguen en casa?

VICTORIA.- Sí; me los traen acá dos veces al día.

GABRIELA.- ¡Qué ganas tengo de comérmelos a besos!... Con que cuéntame. *(Sentándose las dos en el proscenio.)* Tus cartas son tan discretas que por ellas no sé nada de lo que te pasa. ¿Sigue tan pesadita la cruz de tu Cruz? ¿No me das noticias de algún alivio en la carga que llevas?

VICTORIA.- ¡Ay, no! Cuando me casé... cuando me crucifiqué, como tú dices, acepté esta vida de lucha, y en justicia no debo quejarme de ella.

GABRIELA.- Ya... Te gusta el dolor, como si fuera un dulce. ¡Qué alma tienes!

VICTORIA.- Aún no puedo decir qué me fascinó más, si la idea del mal que a mí propia me causaba, o la del bien que quería ofrecer a la persona que más quiero en el mundo.

GABRIELA.- La verdad... todos esperaban de ti mayor influencia sobre tu tirano... que le modificaras poquito a poco.

VICTORIA.- ¡Modificar! *(Con tristeza.)* ¡Ah, lo intento! ¡Empresa magna! Figúrate que te propones abrir un túnel de ferrocarril con la punta de una aguja... Cierto que cumple con la Iglesia, por compromiso que contrajo conmigo... por fórmula, sin fe... como se cumplen las reglas de policía urbana; es decir, que Dios viene a tener para él una significación semejante a la del Ayuntamiento.

GABRIELA.- ¡Qué hombre!... ¿Acaso te trata mal?

VICTORIA.- Eso no: conmigo es afectuoso... a su manera... No deja de serlo sino cuando se interpone el maldito interés.

GABRIELA.- ¿Y tú...?

VICTORIA.- ¿Yo... qué?

GABRIELA.- ¿Le quieres?...

VICTORIA.- Te diré... ¡Sobre eso hay tanto que hablar! No me sería fácil explicártelo. Mi conciencia ha pasado por tremendas luchas y desfallecimientos horribles. Al principio, asustome la aversión terrible que me inspiraba. Mi alma perdió toda serenidad; creí que el demonio me había cogido en sus garras feroces, y que lo que yo miraba como acto heroico era una tremenda caída... Después, mis sentimientos han ido variando poquito a poco.

GABRIELA.- ¿Y ya no te inspira aversión?

VICTORIA.- Ninguna... Algo así como lástima piadosa... Le miro casi como a un niño.

GABRIELA.- ¡Vaya un bebé!

VICTORIA.- Y, la verdad, no me gusta que le pase nada malo.

GABRIELA.- Vamos, que le vas queriendo... Pues, hija, ahí tienes el milagro: sólo que en vez de realizarse en él, se va realizando en ti. ¿Y puedes mirarle cara a cara?

VICTORIA.- Me voy acostumbrando.

GABRIELA.- ¿Y soportas su tosquedad, su falta de delicadeza?

VICTORIA.- Por grados a todo se llega... figúrate... Procediendo gradualmente, puede una usar, como borla de polvos para la cara... la pata de un elefante.

GABRIELA.- *(riendo.)* ¡Qué cosas tienes!

Escena IX

Dichos. CRUZ, *que entra por la izquierda en mangas de camisa, con una blusa azul en la mano, mostrando un rasgón en la manga.*

CRUZ.- Mira, mira cómo está mi blusa... Hola, Gabrielita... ¿Ya de vuelta?

GABRIELA.- *(con desabrimiento que no puede vencer.)* Sí... ¿Y qué tal?

CRUZ.- *(a Victoria.)* Dame la otra.

VICTORIA.- Si no se ha lavado.

CRUZ.- No importa.

VICTORIA.- Espera un poquito. *(Sale por la izquierda.)*

CRUZ.- ¿Y Jaime?... ¿qué tal? ¿Gana dinero?

GABRIELA.- No tanto como usted... pero viviremos... (¡Qué vil! No piensa más que en los miserables cuartos.)

CRUZ.- *(abriendo el armario de las herramientas, y cogiendo de él algunas.)* Sí, hay que ganarlo, perseguirlo, ahondar en las entrañas de la tierra o en las de la sociedad... Y una vez encontrado el rico metal, es preciso cogerlo, antes que lo descubran otros... y después, guardarlo con prontitud, rodeándolo de hábiles defensas para que no se escape... *(Saca un hacha, y al volver al proscenio con ella, Gabriela lanza un chillido.)* Qué, ¿se asusta usted?

GABRIELA.- Sí... No sé lo que me parece... con el hacha.

CRUZ.- Tengo que reconocer el tejado de la fábrica, y de nadie me fío.

VICTORIA.- Aquí está. *(Dándole la blusa.)*

CRUZ.- Venga. *(Se la pone.)* Sospecho que hay comunicación entre las vigas del faldón del tejado y la chimenea de las muflas... *(Por Gabriela.)* Esta se asusta... No sabe que soy el primero de mis obreros... ¡La costumbre de no tratar más que señoritos... ilustrados!

GABRIELA.- (¡Qué horror de hombre!)

CRUZ.- *(recordando.)* ¡Ah!... antes tengo que hacer otra cosa. *(Deja el hacha arrimada a una silla y se va por la izquierda.)*

Escena X

VICTORIA, GABRIELA

GABRIELA.- *(cruzando las manos.)* ¡Hermana querida, no puedo expresar cuánto te compadezco!... ¡Vivir con un marido así! ¡Qué mérito tan grande! ¡Gracias que los sobrinillos alegran un poco tu tristísima vida!

VICTORIA.- Sí, son mi consuelo.

GABRIELA.- Te distraen.

VICTORIA.- Me distraigo con ellos, y además con otra cosa.

GABRIELA.- ¿Con qué?

VICTORIA.- Te vas a reír...

GABRIELA.- *(con mucha curiosidad.)* Dímelo.

VICTORIA.- Pues me distraigo... con la administración. Cosa rara, ¿verdad?

GABRIELA.- *(comprendiendo.)* Ya.

VICTORIA.- Llevo toda la contabilidad menuda de los talleres, y de la casa. Me ha impuesto esta obligación y la cumplo sin gran esfuerzo.

GABRIELA.- ¿Y llevas los libros?...

VICTORIA.- Ya lo creo... Todo muy ordenadito. Y cuidado con que se me escape alguna cantidad. No creas, el cargo no es cosa de juego. Me ha hecho también su cajera particular.

GABRIELA.- Hermana querida, déjame, déjame que te compadezca más, y que te admire. Tu vida es más árida y penosa que la de los anacoretas y padres del yermo.

VICTORIA.- No tanto... ¡Si vieras...! La pícara administración tiene sus encantos. Mi rosario y los números son mi entretenimiento. Pasando cuentas, se me van las horas, y a la imaginación, la gran vagabunda, sólo le queda libre un caminito, el del espacio donde se ven flotar las cosas divinas.

GABRIELA.- ¡Ay, Dios mío! Tú no tienes la cabeza buena. O eres una santa, o no sé qué eres. Con tal vida, y al lado de ese adefesio de hombre, yo no duraba dos semanas... ¡Ah, se me olvidaba lo principal! La pobre Marquesa...

VICTORIA.- ¡Ah!... no me digas... ¡Qué pena!

GABRIELA.- ¿Pero es posible que tú...?

VICTORIA.- Le he dicho cuanto hay que decir... todo inútil. ¡Hombre extraño! Su exactitud a toda prueba tiene ese horrible contrapeso, la inflexibilidad con el infeliz que no puede cumplir. Ni a su padre perdonaría, ni a mí misma, que soy la persona que más quiere en el mundo; cuanto más a tu suegra.

GABRIELA.- Ya sé que nos aborrece, como aborrece a todo el género humano. Es muy triste que tú, su mujer, no puedas... *(Recriminándola.)* No, no eres su esposa, eres su esclava. Acabará por echarte una cuerda al cuello y amarrarte al pupitre de esa administración inicua y embrutecedora; acabará por cruzarte la cara. *(Levantándose.)* No puedo, no puedo presenciar tu desdicha.

VICTORIA.- *(sintiéndole venir.)* Calla.

Escena XI

Dichos. CRUZ, *que entra vestido de blusa y con botas de agua.*

CRUZ.- *(a Victoria.)* Mira, este talón se lo das a Silvestre Rius, el primo de Huguet, que vendrá por él esta tarde.

VICTORIA.- *(toma el talón y lo mira.)* (Cincuenta y nueve mil...) *(Lo guarda en el bolsillo de su delantal.)*

CRUZ.- Es lo del carbón. Anótalo en el Debe de la fábrica...

VICTORIA.- Bien. ¿Vienes pronto a comer?

CRUZ.- No sé el tiempo que me entretendrá por ahí arriba. Si tardo, me mandas la comida en la fiambrera.

VICTORIA.- Pero hombre...

CRUZ.- Lo primero es lo primero. *(Coge el hacha y un lío de cuerdas, y vase por el fondo.)*

Escena XII

VICTORIA, GABRIELA

VICTORIA.- *(después de una pausa en que está profundamente abstraída.)* ¡Ah... la siento... sí!

GABRIELA.- *(asustada.)* ¿Qué?

VICTORIA.- *(con cierto desvarío.)* ¡La ráfaga... eso que me da... lo que llamo la inspiración, el impulso misterioso, no, divino, de mis resoluciones!... Como siempre me salen bien, creo y afirmo que vienen de Dios.

GABRIELA.- No te entiendo.

VICTORIA.- Hablaré un lenguaje claro, tan claro, que... *(Saca el talón y se lo da.)* Toma.

GABRIELA.- *(sin resolverse a tomarlo.)* ¡Victoria...!

VICTORIA.- *(rápidamente.)* Sí, la loca, la visionaria, como dice tu marido, siente otra vez el chispazo que la despierta, la sacude, la ilumina, lanzando su voluntad a los actos audaces y decisivos. Dale esto a Florentina. Añadiéndolo a lo que ha reunido, tiene lo bastante para evitar la dentellada del tigre.

GABRIELA.- *(asustada.)* Pero...

VICTORIA.- No me des razones... La lógica y el sentido común desaparecen en mí. No queda más que esta vibración honda del alma...

GABRIELA.- ¿Y no temes...?

VICTORIA.- No temo nada. Por grande que sea su barbarie, más grande es mi valor. No vaciles en tomarlo... Llévaselo corriendo a Florentina.

GABRIELA.- ¡Ay, no sé qué temor me sobrecoge!... *(Decidiéndose al fin a tomarlo.)* En fin... Pues tú lo quieres... Mamá quedó en venir. *(Se asoma a los cristales de la derecha.)* ¡Ah!, los chiquillos. *(Con alegría.)* ¿Es Daniel quien viene con ellos?

VICTORIA.- *(asomándose también.)* Sí; suele acompañarles al campo. Verás cómo se despide en la puerta. Jamás entra aquí.

GABRIELA.- ¡Pero qué mona está Mercedes! *(Mirando y saludando con el pañuelo.)* ¡Y Aurorilla, qué espigada!... Ya me han visto. Mira cómo corren.

VICTORIA.- Ahora les doy de merendar y se vuelven allá.

GABRIELA.- ¿Suben por aquí?

VICTORIA.- No, entran en el comedor por la galería baja.

GABRIELA.- *(impaciente.)* Pues vamos allá.

VICTORIA.- Sí; pero no olvides eso.

GABRIELA.- ¡Ah!... sí... el talón... Voy...

VICTORIA.- *(mirando otra vez.)* Ahí tienes a Daniel... Pero ya se va... Mira.

GABRIELA.- Daniel, sí. ¿Qué mejor mensajero?...

VICTORIA.- Llámale.

GABRIELA.- Daniel, Daniel... *(Señalando afuera.)* Ya vuelve la cara... Ya me ha visto... *(Llamándole.)* Ven; sube.

VICTORIA.- Allá te espero. *(Vase por la izquierda.)*

Escena XIII

GABRIELA, DANIEL

DANIEL.- *(desde la escalera, como sin atreverse a entrar.)* ¿Qué me quieres?

GABRIELA.- Corre, dale, dale a tu mamá esto. *(Pone el talón en un tarjetero o carterita, sujeta con un elástico, y se lo entrega.)*

DANIEL.- ¿Y qué es esto?

GABRIELA.- No preguntes, y ya estás andando... Verás qué contenta se pone la pobre.

DANIEL.- *(receloso.)* ¿Victoria... Victoria te lo ha dado?

GABRIELA.- Sí.

DANIEL.- Quizás sin consentimiento de su marido...

GABRIELA.- Eso no es cuenta tuya... Anda.

DANIEL.- Está bien.

GABRIELA.- No te entretengas... Me voy a ver a mis sobrinillos. *(Vase por la izquierda.)*

Escena XIV

DANIEL, *solo.*

¡Y mi madre acepta esto! ¡Qué locura! Buscando ciegamente su salvación, llama a la puerta misma del enemigo, de ese monstruo, encarnación de Satanás maldito. *(Con desaliento.)* ¡Ah!, mi pobre madre no tiene fe, no sabe abrazarse a la desgracia; no sabe encariñarse con la pobreza, despreciar los bienes transitorios; no comprende el inmenso triunfo moral de ser pisoteada por la bestia... ignora que morir en la humillación es resucitar en la verdad... *(Pausa. Recorre la habitación inquietísimo.)* No sé qué tufo del infierno se respira en este caserón, guarida de la fiera rapaz y sanguinaria... No sé cómo Victoria... *(Asaltado de una idea penosa.)* ¡Ah!, mujer enigmática, esfinge en cuyos ojos no puedo leer, porque ni miras siquiera... Tu incomprensible matrimonio perturbó mi alma... Quiero entenderlo, y... ¡Más fácil es desentrañar los misterios del dogma! Cambiaste la humilde vestidura del Socorro por las galas de boda... ¡Dicen que padeces horriblemente, que eres mártir...! *(Con sarcasmo.)* ¡Mártir! Las santas gloriosas que en otro tiempo regaron con su sangre el árbol de la fe, cuando anhelaban el martirio pedían a Dios que les deparase un verdugo; jamás le pidieron un marido... *(Confuso.)* No sé, no sé qué mujer es esta; y cuando quiero tenerla por sublime se ofrece a mis ojos como la más vulgar de las criaturas. *(Meditando.)* ¡Quién sabe...! Sí... sí... lo que digo, se dejó contaminar del mal de la época, del infame positivismo... ¡Oh!, esta idea remueve en mí sedimentos que creí estancados, inertes en el fondo de mi ser... *(Pausa.)* Dinero del rico avariento, del que no ama, del que no compadece, del que impasible ve rodar ante sí la miseria y el dolor; materia vil, instrumento de iniquidades, no me quemarás mucho tiempo las manos... Se lo devuelvo para que vea que si ella vende su conciencia, nosotros no... No podemos... *(Mirando por la izquierda.)* Quisiera verla para darle esta tremenda lección... No me atrevo a penetrar allá...

Escena XV

DANIEL, LA MARQUESA, *que entra afanadísima, por la escalera; después* LLUCH

LA MARQUESA.- Hijo, ¿has visto a Gabriela?... ¿Te ha dicho algo?

DANIEL.- Mamá, es preciso que comprendas... No sé cómo decírtelo.

LA MARQUESA.- Ya, ya sé... Que debemos ser pobres... ¡Ay, bastante lo somos ya!

DANIEL.- Resígnate, por Dios... ten grandeza de alma.

LA MARQUESA.- *(con inflexión patética.)* No puedo resignarme a perder la ilusión, el amor de mi vida, aquel suelo sagrado, la humilde casita vieja que tantas cosas dulces me dice cuando en ella entro... ¿Qué perfección es esa que me propones? ¡Ay, hijo mío, ya no ajusto, no encajo en ese marco de sublimidad que quieres ponerme! Pertenezco a la raza humana, y no levanto ni tanto así del nivel del vulgo. Tengo pasiones, anhelos, antipatías... aborrezco y amo. Si esto es pecar, sea. Quiero el Clot para morirme en él, porque en él nací, naciste tú...

DANIEL.- Pues no lo tendrás. Déjame, déjame a mí.

LA MARQUESA.- *(espantada.)* La ferocidad de tu ascetismo me hiela la sangre.

DANIEL.- Renuncia a lo que más deseas; y si el rico avariento quiere quitarte tu propiedad, déjasela. No aceptes de él favor alguno.

LA MARQUESA.- De él no; de Victoria.

DANIEL.- Tampoco de su mujer.

LA MARQUESA.- *(con viva ansiedad.)* ¿Pero qué... sabes algo? Sácame de dudas. ¿Gabriela le habló?...

LLUCH.- *(entrando presuroso por el fondo.)* ¡El amo...!

LA MARQUESA.- *(azorada.)* ¡Jesús me salve! Huyamos de aquí.

DANIEL.- ¡Que no me vea el maldito!... Salgamos. *(Vanse apresuradamente. Antes que desaparezcan, entra Cruz por el fondo y les ve, bajando la escalera.)*

Escena XVI

CRUZ, *con el hacha en la mano, el rostro tiznado y encendido;* LLUCH, *que se va por la escalera y vuelve poco después.*

CRUZ.- La madre y el hijo salían... como huyendo de mí... *(Deja el hacha sobre la mesa.)* Ella es una intrigante, y él un redomado hipócrita. *(Comprendiendo.)* Sin duda, aprovechando mi ausencia, quieren explotar la fácil compasión de mi mujer. *(Vivamente.)* Sí, ya lo veo claro... Vividores, trápalas, generación mendicante y petardista... ¿Pero mi mujer estaba aquí con ellos? No la vi... *(Entra Lluch.)* Lluch, la señora, ¿dónde está?

LLUCH.- En el comedor, con la señorita Gabriela y los niños.

CRUZ.- Dile que venga. *(Vase Lluch por la izquierda.)* Endiablada sospecha me muerde el corazón... ¿Sería capaz Victoria de...? ¡Espantosa idea! Nada; quiero confirmarla o desecharla al instante. *(Aparece Lluch por la izquierda, y se dirige a la escalera.)* Oye, tú... *(Acércase Lluch.)* ¿Viste salir a esos...?

LLUCH.- Sí, señor. La madre iba llorando... disputaban. Luego se separaron... Siguió la señora en dirección a la torre, y el hijo se ha quedado ahí, y se pasea por la alameda, detrás de las cajas vacías de silicato, como aguardando una ocasión de volver.

CRUZ.- Estate por ahí, fingiendo ocuparte en cualquier cosa; y vigílale con disimulo. No te alejes, por si te llamo.

LLUCH.- Bien, señor. *(Vase Lluch.)*

Escena XVII

CRUZ, VICTORIA

CRUZ.- La traidora sospecha se agarra a mí, me pica, me taladra, como un insecto que quiere labrar su casa dentro de mí... y me va comiendo y horadando... y horadándome y comiendo... *(Inquieto y con fiereza.)* Siento en mí la crueldad de mis tiempos de lucha... Bien venida sea. Así me gusto más, porque me reconozco en mi ser efectivo. Me pesa, sí, me pesa haberme dejado inclinar a ciertas blanduras de carácter... ¡Si es lo que digo! Donde quiera que entra una hembra, sobre todo, si es mestiza de ángel y mujer, se trastorna la armonía humana, desaparece la estricta rectitud, y los malos pagadores sacan los pies del plato.

VICTORIA.- *(entrando presurosa.)* ¿Pero ya concluiste?

CRUZ.- *(disimulando.)* Si no he podido empezar... Traté de meterme en uno de los hornos; pero están aún muy calientes. Por poco me abraso. *(Mostrando sus manos y cara.)*

VICTORIA.- ¿Quieres lavarte?

CRUZ.- Ahora no. Estoy echando fuego.

VICTORIA.- Bien se ve. Tu cara despide lumbre.

CRUZ.- Estoy horrible, ¿verdad?

VICTORIA.- Horroroso.

CRUZ.- Mejor. (¡Si me vieras por dentro!)

VICTORIA.- ¿Quieres tomar algo?

CRUZ.- Dame vino. Necesito refrescar mi sangre.

VICTORIA.- Echándole más fuego... Voy.

CRUZ.- *(deteniéndola.)* Dime, ¿quién ha estado aquí mientras yo...?

VICTORIA.- ¿Aquí?, no sé; no he visto a nadie.

CRUZ.- Tráeme el vino. *(Sale Victoria por la izquierda.)* Me engaña. Ya me iba yo acostumbrando a no temer su santidad, a mirarla como un juego infantil, una monada, vamos... Pero si me vende con sus arrumacos de criatura celestial... No sé lo que haría... Creo que se me quitará el amor que le tengo... sí... se me quitará. Y si no se me quita, me lo quitaré yo, me lo arrancaré...

VICTORIA.- Aquí tienes. *(Deja sobre la mesa botella y vaso.)* No bebas mucho.

CRUZ.- *(llenando el vaso.)* No te vayas... Tengo que hablarte.

VICTORIA.- ¿Qué quieres?

CRUZ.- El talón que te di... *(Bebe tranquilamente.)*

VICTORIA.- (¡Jesús sea conmigo!)

CRUZ.- ¿Ha venido Rius por él?

VICTORIA.- No.

CRUZ.- Pues devuélvemelo.

VICTORIA.- *(después de una pausa en la cual recobra su serenidad.)* No lo tengo.

CRUZ.- ¡Que no lo tienes!

VICTORIA.- No. Bien claro te lo digo.

CRUZ.- ¿Con toda esa frescura? ¡Ah, me lo temí! Has dado el talón a esa familia de intrigantes y santurrones para que puedan seguir burlándose de las leyes, poseyendo lo que por sus desórdenes deben perder.

VICTORIA.- *(con resolución.)* Se lo he dado a esa valerosa mujer, a esa heroína, para que se defienda de tu codicia infame.

CRUZ.- *(con violencia, que quiere dominar.)* ¿Cómo se llama lo que has hecho?

VICTORIA.- *(con firmeza.)* ¡Justicia!

CRUZ.- *(con sarcasmo.)* ¡Justicia!... ¿Y esa manera de entenderla es lo que, según tus ideas, debemos llamar santidad...?

VICTORIA.- Dale el nombre que quieras. *(Con perfecta entereza.)* Lo que hice... bien hecho está. Somos ricos, y todo nos sobra. Florentina es pobre, y todo le falta. Dios me ha inspirado este acto, y ha querido, por mediación de la loca de la casa, confundir tu soberbia y castigar tu brutalidad.

CRUZ.- *(levantándose airado.)* ¿Y me lo dices así? ¿No tiemblas?

VICTORIA.- ¡Temblar yo! No me conoces. ¿Qué puedes hacerme? Quitarme la vida, esta vida que... con decir que te la he dado, se dice lo poco que vale... Mátame. Preparada estoy. Bien cerca tienes el arma.

CRUZ.- ¡Victoria! *(Vacilando entre la fiereza y la confusión o desconcierto de la voluntad.)* ¿Crees que me conmueves con esas trapacerías de santita remilgada? Bien sabes tú que no he de matarte. ¿A qué te haces la víctima heroica? (En tono severo.) En fin, cabeza destornillada, imaginación enferma, reconoce que has cometido una grave falta, y disponte a restituirme lo que me has quitado.

VICTORIA.- ¿Restituir? No; está en buenas manos.

CRUZ.- *(descomponiéndose.)* No sé cómo tengo calma. Yo te mando que vayas en busca de esa vieja embaucadora, y le digas que te equivocastes[(5)]... Aún será tiempo. *(Victoria hace signos negativos con la cabeza.)* ¿No?... ¿No me obedeces?

VICTORIA.- En esto no puedo.

CRUZ.- *(amenazador.)* Pues yo te juro que así no quedará... No mereces mi cariño; no lo mereces; debiera aborrecerte... como tú a mí.

VICTORIA.- Yo no te aborrezco. Mi Dios me prohíbe el odio. Tú no comprendes esto, alma petrificada en el egoísmo. Tú no quieres a nadie; te adoras a ti propio, contemplándote en el espejo de tu riqueza.

CRUZ.- *(después de dar vueltas por la escena, como aturdido.)* No es eso, no. Óyeme... Ya sabes... te lo he dicho mil veces en nuestros coloquios íntimos: la riqueza es en mí la pasión dominante, el ser de mi ser. Nada puedo contra esa pasión. ¿Será por ley de mi naturaleza? ¿Será por vicio adquirido con la virtud del trabajo? No sé mas, sino que soy como soy. Y si alguien me quita lo mío, paréceme que el cielo se desploma, y la idea de perdonar se me representa como una negación de mí mismo... Fuera de esto, yo te quiero: bien lo sabes. Eres la única persona que ha despertado en mí un sentimiento... ¿cómo llamarlo?, no sé. Soy muy torpe para encontrar términos de galantería. Pero el cariño que te tengo no disminuye la otra pasión, la principal, la madre, sino que más bien la fortifica. Amo mi dinero por mí, por ti, y por los hijos que has de darme.

VICTORIA.- No te los daré... ¡Perpetuar tu raza! Dios no lo consentirá.

CRUZ.- *(airado y receloso.)* No me lo digas, que me vuelves loco. Todo menos eso, Victoria. *(Cogiéndole la mano y sacudiéndola con fuerza.)*

VICTORIA.- Suéltame.

CRUZ.- Pues no me quites la ilusión que me alienta...

VICTORIA.- ¡Imposible cegar el abismo que se abre entre nosotros! *(Llorando.)* ¡Si tú aprendieras a ser compasivo, si tu corazón perdiera esa insensibilidad marmórea, y llegaras a curarte del estúpido orgullo de poseer, y poseer, y poseer...!

CRUZ.- *(interrumpiéndola.)* Imposible, imposible. Porque si desaparecieran del mundo el oro y la plata, y volviéramos al estado salvaje, yo, José María Cruz, sería siempre el mismo: con cuatro piedras y un par de troncos constituiría nueva propiedad al instante, y con rugidos, dentelladas y zarpazos de fiera, andando a cuatro patas, la defendería de quien intentara quitármela. No te empeñes en que yo sea de otro modo que como soy... Sométete y no me prediques más, ni trates de corregirme... *(Bruscamente.)* Ea, diles que te devuelvan el talón... Ve... pronto, antes que vayan a cobrarlo...

VICTORIA.- No puede ser.

CRUZ.- *(con fiereza.)* ¡Te lo mando!

VICTORIA.- Si sabes que no te temo, ¿a qué esos rugidos?

CRUZ.- ¡Ah!, te casaste conmigo sin amor, por el vil interés, como decís los beatos...

VICTORIA.- ¡Y me lo echas en cara! Pues bien, reconozco que es cierto. Me casé contigo... porque eras millonario... nada más que por eso. Ya ves si soy franca. Fue una locura, una genialidad. Llevome hacia ti... ¿Te lo digo? ¿Quieres conocer hasta los últimos repliegues de mi pensamiento?... Arrastrome hacia ti una vaga aspiración religiosa, y además de religiosa... *(Buscando la palabra.)*

CRUZ.- ¿Qué?

VICTORIA.- *(encontrando la palabra.)* Socialista... así se dice... la idea de apoderarme de ti, invadiendo cautelosamente tu confianza, para repartir tus riquezas, dando lo que te sobra a los que nada tienen... para ordenar las cosas mejor de lo que están, nivelando ¿sabes?, nivelando...

CRUZ.- *(con violencia.)* Cállate; no me provoques... Si eso fuera verdad tendría que exterminarte...

VICTORIA.- Pues empieza ya tu obra de exterminio... Dime, fuera de mi locura de hoy, ¿tienes alguna queja de mí?

CRUZ.- Ninguna. Pero esta es atroz, horrorosa...

VICTORIA.- Déjame seguir. ¿Te he dado motivo de celos?

CRUZ.- *(receloso.)* ¿Por qué me lo preguntas?

VICTORIA.- Por preguntarlo.

CRUZ.- Pues hasta hoy no... Hoy sí... Te miraba como una mujer exceptuada de las flaquezas humanas. *(Después de mirarla atentamente a los ojos, es asaltado de violenta zozobra.)* Dime; dímelo pronto. Mientras yo estaba en la fábrica, ¿hablaste con la Marquesa y con su hijo? Ellos de aquí salían.

VICTORIA.- Te he dicho que no les vi.

CRUZ.- Antes creía en tu palabra. Ya no. La verdad, quiero la verdad. ¿Ese beato ha estado aquí alguna vez?

VICTORIA.- No recuerdo...

CRUZ.- ¡También desmemoriada! Me hieres en lo más vivo... Yo te quiero, yo te quise...

VICTORIA.- ¡Celos tú!... Si en tu corazón no hay más que una fibra sensible, la que te duele cuando no cobras...

CRUZ.- No, no, que hay más... hay otras, que también me duelen... ¡Y en tu conducta se juntan dos agravios, y los dos van derechos al corazón!... Me sustraes mi propiedad para dársela... ¡a quién!... ¿Qué es esto?, explícamelo... Te creí pura, ya no... Dudo... ¿Cómo no dudar? ¡Desdichada, arrodíllate delante de mí, y pídeme perdón! Devuélveme lo que me quitaste. *(Con desvarío brutal.)* Pruébame que desprecias a ese hombre... Discúlpate... ¡Mi dinero, mi honor!... Lo mío, lo mío, lo que me pertenece, lo que nadie me puede quitar, lo que es... yo mismo... *(Cogiéndola por los hombros, la sacude violentamente.)* Victoria, que me trague ahora mismo la tierra si no hago un escarmiento horrible, una justicia de estas que satisfacen por entero... hartarme de castigo, de venganza, de legalidad, porque esto es ley, justicia... Debo defenderme, debo castigarte, debo corregirte, debo...

VICTORIA.- *(sofocada, logrando desasirse.)* ¡Ay!... espera, oye.

CRUZ.- ¿Qué... te disculpas...? ¿Confiesas tu delito?

VICTORIA.- ¡Delito... disculparme! ¿De qué, si soy inocente? Sólo te digo que he mandado el talón a la Marquesa, y que nada me importa su hijo.

CRUZ.- ¡Me engañas...!

VICTORIA.- Puedes creerlo o no, según te acomode.

CRUZ.- Buscaré la verdad... *(Llamando.)* A ver, ¡Lluch!

Escena XVIII

Dichos. LLUCH, *en la escalera; después* DANIEL

CRUZ.- ¿Está ahí todavía?

LLUCH.- Sí señor, rondando por la alameda, como si esperara...

CRUZ.- Dile que la señora le suplica que suba... Pronto... *(Vase Lluch.)*

VICTORIA.- *(asustada.)* ¿Qué haces?

CRUZ.- Una idea, una idea feliz... Soy yo muy ingenioso... ¿Qué es eso? ¿Te turbas?

VICTORIA.- ¿Turbarme?... no.

CRUZ.- *(repitiendo con sarcasmo las anteriores palabras.)* «La señora le suplica que suba». ¿Qué tiene eso de particular? Así sabremos lo que quiere ese bendito.

DANIEL.- *(por la escalera, deteniéndose sorprendido.)* ¡Él aquí! ¡Una emboscada!

VICTORIA.- (Que hablen... Mejor...)

CRUZ.- Mi mujer y yo le hemos llamado...

VICTORIA.- Yo no... tú.

CRUZ.- Pues yo... Pareciome que acechaba usted mi salida para entrar...

DANIEL.- Así era en efecto.

CRUZ.- ¡Lo confiesa! Yo no me como la gente.

DANIEL.- Algunos creen que sí.

CRUZ.- ¿Qué?

DANIEL.- Eso... que se la come usted.

CRUZ.- Voces que hacen correr los tramposos, insolventes. En fin, yo quiero saber qué viene usted a buscar a mi casa.

DANIEL.- Deseaba hablar con su señora.

CRUZ.- ¿Y por qué no entraba usted estando yo, y delante de mí le decía...?

DANIEL.- Porque no era a usted a quien tenía que hablar, sino a ella.

CRUZ.- ¿Tan reservado era el asunto?

DANIEL.- Quizás.

CRUZ.- O era de esas cosas que nadie debe oír.

DANIEL.- No tanto.

VICTORIA.- (Concluyamos esto.) Daniel quería darme las gracias por el favor que hice a su mamá.

DANIEL.- Era eso... y algo más.

CRUZ.- ¿A ver?

DANIEL.- Después de dar las gracias, pensaba decir a Victoria que no consiento que mi madre acepte semejantes auxilios.

CRUZ.- *(burlándose.)* ¡Oh, cuánta dignidad! Teatral está el tiempo. Y con toda esa gazmoñería, se guardan el dinero.

DANIEL.- No, señor, aquí está el talón... lo devuelvo. *(Victoria se abalanza para estorbar el movimiento de Cruz, que toma la cartera.)*

VICTORIA.- ¡Ah, no consiento...!

CRUZ.- Pues lo tomo. *(Examinándolo con febril presteza.)* Esto me gusta, joven... Bien, bien... Usted me prueba que...

VICTORIA.- *(con mucha energía.)* José María, respeta lo que hice... No aceptes la devolución... ¡Yo lo quiero, yo lo mando!

CRUZ.- Pero si él...

VICTORIA.- No importa... Dáselo... insiste.

CRUZ.- *(con humorismo villano.)* Hija, yo se lo daría de buena gana... pero ya ves... un joven tan digno, y tan... religioso... y tan... escrupuloso... de fijo no querrá.

DANIEL.- En efecto, no lo tomaré.

VICTORIA.- *(airada.)* Haz lo que te mando. Ofréceselo al menos.

CRUZ.- *(vacilando.)* (Si no fuera más que ofrecerlo... Pero, ¿y si lo toma?... Por si acaso...) *(Guarda la cartera.)*

VICTORIA.- ¿No?

CRUZ.- No.

VICTORIA.- Pues ha llegado el momento de poner en práctica una de las condiciones estipuladas.

CRUZ.- ¿Cuál?

VICTORIA.- Ha surgido entre nosotros una desavenencia grave, me has ofendido groseramente no aprobando una resolución mía, y como la vida me es imposible a tu lado, me marcho de tu casa, me separo de ti.

CRUZ.- ¿Te vas?... Bien... Ya entiendo...

VICTORIA.- Así se convino. No hay más que hablar. No hablemos más. Me retiro al lado de mi padre.

CRUZ.- *(estallando de cólera.)* Esto es una intriga, fraguada entre mi mujer y estos aristócratas arruinados. *(Por Daniel, con desprecio.)* ¡Complot infame contra mi propiedad y contra mi honor!... Ya lo veo. *(A Victoria.)* No te defiendas... Y usted, hipócrita; usted que, con la máscara de religión, se acerca traidoramente a mi hogar para meter en él la discordia y el escándalo...

VICTORIA.- *(cortándole la palabra.)* ¡Calla, no ofendas a quien no puede responderte con el mismo lenguaje!

DANIEL.- Que diga lo que quiera.

CRUZ.- Digo que usted y su madre se han propuesto deshonrarme, ya que arruinarme no pueden. Fácilmente engañan con su mojigatería a estos desdichados, pero a mí no. ¡Raza famélica, carcoma de la sociedad...!

DANIEL.- *(conteniéndose con gran esfuerzo.)* Me insulta usted por que sabe que mi religión, aunque todavía no me liga con votos solemnes, me prohíbe contestar a sus injurias con otras.

CRUZ.- *(en el colmo del furor.)* Pues pídele a tu religión permiso para que yo pueda arrojarte por esa ventana. *(Da un paso hacia él. Victoria le detiene.)*

DANIEL.- Su villanía, por grande que sea, no me hará olvidar...

CRUZ.- *(con escarnio despreciativo.)* ¡Clérigo... vete de mi casa!

DANIEL.- *(sin poderse contener, estallando en ira rabiosa.)* Clérigo, no... ¡Tan hombre como tú...! Y ahora mismo... *(Coge el hacha que está sobre la mesa.)* ¡Infernal monstruo, entrega tu vida miserable!... Quiero beber tu sangre, y con ella no aplacarás el odio que te tengo. *(Abalánzase hacia Cruz, blandiendo el hacha. Victoria le detiene, sujetándole con sus brazos.)*

VICTORIA.- ¡Daniel, por Jesús vivo...!

CRUZ.- *(esperando a pie firme.)* Ven; te espero. *(Daniel deja caer el brazo, Victoria forcejea con él y consigue quitarle el hacha.)*

VICTORIA.- Márchate... pronto...

DANIEL.- *(trastornado, vuelve a enfurecerse y trata de avanzar nuevamente hacia Cruz sin arma.)* Quiero matarle, pisotearle el alma... o que me mate a mí.

VICTORIA.- Vuelve en ti.

DANIEL.- *(pasándose la mano por los ojos, como despertando de una pesadilla.)* ¡Ah! ¿Qué es esto?

CRUZ.- Déjamele... *(Avanzando hacia Daniel. Victoria se interpone para evitar el choque, y empuja a Daniel hacia la escalera.)*

VICTORIA.- Vete... *(a Cruz.)* Atrás... *(Le domina con la mirada. Daniel vacila, quiere retroceder. Al fin se va, tras breve y sorda lucha.)*

CRUZ.- *(con violencia.)* ¡Tú tienes la culpa... tú!

VICTORIA.- *(con dignidad.)* Basta... Estoy demás aquí. *(Huye hacia la escalera. Cruz va tras ella; detiénese perplejo al ver entrar a Moncada.)*

Escena XIX

VICTORIA, CRUZ, GABRIELA, *que entra por la izquierda, alarmada; por la derecha,* DOÑA EULALIA, MONCADA.

GABRIELA.- ¿Qué ocurre?... ¡Victoria...!

MONCADA.- ¡José María!

VICTORIA.- No ha pasado nada, nada... *(Mirando a su marido con terror.)*

CRUZ.- *(reconcentrando su cólera.)* Nada, que mi mujer, la loca de la casa, curada por mí, recae en su dolencia y quiere abandonarme.

VICTORIA.- *(corriendo al lado de su padre.)* Sí, sí.

EULALIA.- *(abrazándola.)* ¡Pobre víctima, qué a tiempo llego para salvarte!

MONCADA.- Vámonos. *(Mirando con recelo y disgusto a Cruz y a Victoria.)*

VICTORIA.- Vamos. *(Gabriela se une al grupo, y salen todos por la derecha.)*

CRUZ.- *(que al verles salir da algunos pasos hacia ellos, y retrocede apretando los puños.)* ¡Se va...! ¡De verdad se va! *(Después de dar vueltas por la escena, como atontado, mira por los cristales de la derecha.)* ¡Y el clérigo delante...! Parece que guía sus pasos... que le marca el camino... *(Volviendo al proscenio, poseído de furor.)* Y la dejé partir. ¡Y no maté al clérigo!... ¡No me conozco! ¿Dónde está mi carácter, dónde mi arrogancia fiera?... Es que esa maldita santa me ha embrujado, me ha estafado mi personalidad... *(Rabioso.)* Juro por la Cruz de mi nombre, que la recobraré.

Acto cuarto

Sala baja en el Hospital y Casa de Maternidad de Santa Madrona, de construcción ojival.-A la derecha, la entrada de la iglesia, con escalinata de cuatro o cinco peldaños.-En el lienzo del fondo, a la izquierda, rompimiento de arco ojival que da paso al claustro, del cual se ve una parte.-A la derecha, frente al espectador, puerta pequeña de una estancia, en la cual se verá, cuando se indique, mesa puesta como para un refresco.-A la izquierda, dos puertas: una de ellas conduce a las cocinas y dependencias del establecimiento, las cuales se supone están en el sótano.-Mesa y sillas.-Es de día.-Antes de alzarse el telón, óyese música de órgano, que continúa durante la escena primera.

Escena primera

JORDANA, *de frac; dos* HERMANAS DE LA CARIDAD; *después* LA MARQUESA

HERMANA 1ª.- Todo está dispuesto.

JORDANA.- No olvidar los ramos para las señoras. Cuidadito con el servicio del *buffet*. ¿Han traído el *champagne* y los licores?

HERMANA 1ª.- Sí, señor. *(Retíranse, y Jordana las llama.)*

JORDANA.- Ya saben que a los chicos se les da una merienda...

HERMANA 2ª.- Y un extraordinario a los convalecientes.

JORDANA.- Justo.

HERMANA 1ª.- Nada faltará, Sr. D. Manuel. Esté tranquilo. *(Vanse las Hermanas.)*

LA MARQUESA.- *(entrando presurosa e inquieta, como buscando a alguien.)* ¡Ah!... Jordana. ¿Ha visto usted a mi hijo?

JORDANA.- ¿Daniel? Sí; en la iglesia entró hace un momento... ¡Pero qué pronto han venido ustedes! Esto se llama puntualidad.

LA MARQUESA.- Se llama anticipación. Yo suelo anticiparme para coger un buen puesto.

JORDANA.- Usted lo tiene siempre. Dispénseme, señora Marquesa. Tengo que dar órdenes... *(Mirando por la puerta de la iglesia.)* Ya le tiene usted ahí. *(Vase Jordana por el fondo.)*

Escena II

LA MARQUESA, DANIEL, *que sale de la iglesia poniéndose el sombrero. Calla el órgano.*

LA MARQUESA.- Pronto te has cansado por cierto. El hermoso ritual, que antes era tu delicia, te aburre ya.

DANIEL.- *(con desabrimiento.)* Sí, me fastidia, me causa pena. No sé qué siento, ni qué nueva crisis es esta por que pasa mi espíritu, después de la horrible escena de anteayer en la fábrica.

LA MARQUESA.- Horrible, sí; *(alarmada)* pero sin consecuencias.

DANIEL.- Salvo la gran enseñanza que me ha traído. *(Asombro de la Marquesa.)* Sí; aquel arrebato, en que a punto estuve de cometer un homicidio, ha sido para mí revelación del mayor engaño de mi existencia. Te lo diré más claro. Yo creía sujetas y para siempre vencidas mis pasiones; creíme llamado a una vida pura y a la gloriosa obscuridad del estado eclesiástico... ¡Mentira, farsa! Un instante de cólera ciega destruyó la ilusión en que por tantos meses he vivido. Fue como el despertar de un estúpido sonambulismo. Aquel sacudimiento me hizo volver en mí; y al resquebrajarme, como la tierra después de un terremoto, salieron otra vez las pasiones, los deseos desordenados, todo mi ser antiguo... Claramente veo ya que mi religioso entusiasmo era un artificio del espíritu para engañarse a sí propio... transformación mágica de mi idolatría por esa mujer; idolatría que no disminuye, más bien aumenta, al dejar de creerla celestial.

LA MARQUESA.- *(asustada.)* ¡Hijo mío, por Dios!... Desecha esas ideas...

DANIEL.- En fin, mamá, ya no seré religioso. Me lo impide este nidal de serpientes que en mí he descubierto, que ya me invaden, me cogen por aquí y por allá. Están hambrientas, y en un instante se han comido todo el misticismo que encontraron dentro de mí.

LA MARQUESA.- Pues mejor. Sosiégate. *(Acariciándole.)* ¡Daniel, hijo mío!...

DANIEL.- *(con efusión.)* Madre querida, necesito revelarte todo lo que siento, todo, todo, hasta lo más horrible. ¿A quién sino a ti puedo y debo descubrirme por entero?

LA MARQUESA.- Sí, dímelo todo. Yo te consolaré.

DANIEL.- La salida de Victoria de la casa conyugal me trae un nuevo sacudimiento, un nuevo trastorno. ¡Increíbles fases de la pasión en nuestra alma, según se nos va presentando la persona que la inspira! ¿Ella religiosa?, yo también. ¿Ella casada?, yo demente... y por fin...

LA MARQUESA.- *(asustada.)* ¿Qué quieres decir?

DANIEL.- Que al verla huir de su tirano pensé que me amaba; creí que me sería fácil arrastrarla a la infidelidad...

LA MARQUESA.- *(horrorizada.)* ¡Hijo mio, tú, tú, tan piadoso... tan bueno...!

DANIEL.- *(con exaltación.)* ¿Piadoso yo? ¡Vana, ridícula ilusión! Con ella, con Victoria... me gustaría el Infierno.

LA MARQUESA.- Calla... Temo por tu razón...

DANIEL.- Satanás entró en mí... Aquí, aquí le tengo. Si Victoria confirmase con una palabra el ansia que me devora, huiría con ella al último confín del mundo.

LA MARQUESA.- ¿Y me abandonarías? ¿Abandonarías a tu madre?

DANIEL.- *(después de vacilar.)* Sí... ya ves cómo no te oculto nada, ni lo más indigno.

LA MARQUESA.- *(llorando.)* ¡Increíble ingratitud!

DANIEL.- *(abrazándola cariñosamente.)* No, no temas. Ya no hay peligro.

LA MARQUESA.- ¿Por qué?

DANIEL.- Porque esa palabra, que a las mayores locuras me lanzaría... Victoria no la ha pronunciado *(con profunda amargura)* ¡ni la pronunciará! Acerqueme a ella ayer, muerto de ansiedad. Su mirada, el timbre de su voz, sus palabras terminantes me revelaron los sentimientos que le inspiro... Nada; una afabilidad compasiva que me dejó helado, yerto... arrancándome hasta la última esperanza. Ni por el camino del bien, ni por el del mal, ni por Dios, ni por Satán, será mía esa mujer... Y esta firme persuasión me convierte en un ser mecánico... Un resto de razón me dice que debo vivir, y volver a la vida seglar y ordinaria, al trabajo y a las obligaciones.

LA MARQUESA.- Eso... eso... ¡Gracias a Dios!... Victoria no te ama. Es casada y virtuosa. No pienses en ella, no te dejes tentar del Demonio maldito.

DANIEL.- *(con profunda tristeza.)* ¡Ay! Si no te hubiera tenido presente en mi alma, ayer, después de la entrevista con Victoria, me habría quitado la vida.

LA MARQUESA.- *(abrazándole conmovida.)* No digas tal... ¡Ay, me matas!

DANIEL.- No temas... Debo vivir para ti, madre querida... Verás, verás cómo me porto. En un par de años de bufete ganaré lo bastante para comprarte una finquita mejor que el Clot.

LA MARQUESA.- *(con amargura.)* ¡Ay, no me recuerdes el bien perdido!

DANIEL.- *(exaltándose.)* ¡Vil, execrable usurero, publicano infame!

LA MARQUESA.- *(calmándole.)* No le nombres... calla. Víctimas inocentes, condenamos al olvido a nuestro verdugo.

DANIEL.- No puedo olvidarle, no puedo. Es mi pesadilla, mi idea dominante. Amarga savia de mi existencia, es el odio que le tengo... Y si me tropiezo con él otra vez, si me provoca, aunque sólo sea con su mirar insolente, soy hombre perdido.

LA MARQUESA.- Por Dios, no me asustes... Mira, hijo; conviene que nos volvamos pronto a Barcelona...

DANIEL.- ¡Oh!, sí, mañana...

LA MARQUESA.- Esta tarde misma... ¿Quieres?

DANIEL.- Sí... Sácame de este suplicio, de este peligro inmenso.

Escena III

Dichos. JORDANA

LA MARQUESA.- ¿Pero cuándo empieza esto, Jordana?

JORDANA.- Son las tres, señora.

LA MARQUESA.- ¡Qué satisfacción sentirá usted al convocar a sus amigos para ceremonia tan bella, en este soberbio edificio...!

DANIEL.- Habrá usted perdido la esperanza de que ese sátrapa de Cruz lo termine.

JORDANA.- Las perdí; pero las he recobrado otra vez. Yo no desmayo; yo siempre espero. *(En tono confidencial.)* Ya tienen ustedes noticia de la disidencia matrimonial.

LA MARQUESA.- Sí.

JORDANA.- Yo aspiro a conseguir la reconciliación.

DANIEL.- ¡Usted!...

JORDANA.- Sí; me meto a componedor y a diplomático, con la esperanza de que mis buenos oficios se me paguen en ladrillo contante y sonante, o en sillería.

DANIEL.- ¡Ay, qué inocente!

JORDANA.- No tanto como usted cree. He descubierto que el publicano ama locamente a su mujer... Anoche, me le encontré en un estado de locura que daba miedo. Rugía como un tigre de malas pulgas, y toda silla en que se sentaba se partía en sin fin de pedazos. Tiznado y sudoroso de haber andado en los hornos de la fábrica, con la blusa hecha girones, que agrandaba clavándose las uñas en los brazos, era la estampa de un Lucifer de la clase obrera, enviado del Infierno para traernos la nivelación social. Su fuerza física parece duplicarse con la cólera que arde en su pecho hercúleo, y esta mañana... a un infeliz capataz que no entendía sus órdenes, le cogió... así... y ¡zas!, al estanque de remojo.

LA MARQUESA.- ¿Y le tiró?

JORDANA.- Como que por poco se ahoga. Hoy ha despedido a mucha gente. La mitad de los operarios en la calle.

DANIEL.- Es un castigo del cielo ese hombre.

JORDANA.- Hoy no se oyen en la fábrica más que llantos, gemidos, imprecaciones. Parece aquello el cautiverio de Babilonia.

UNA HERMANA DE LA CARIDAD.- *(entrando por la puerta pequeña del fondo. Esta queda abierta, y por ella se ve mesa puesta como para un refresco.)* Don Manuel, a ver si la mesa está a su gusto.

JORDANA.- Voy en seguida. *(Vase la Hermana de la Caridad.)*

Escena IV

Dichos. MONCADA, *que entra por el claustro; después* DOÑA EULALIA *y* JAIME

MONCADA.- Ya estamos aquí.

JORDANA.- ¿Y Victoria?

MONCADA.- Con las señoras de Fiol, visitando la sala de Expósitos.

JORDANA.- Corro allá.

MONCADA.- *(deteniéndole amistosamente.)* Una palabra... *(Hablan aparte.)*

EULALIA.- *(con Jaime por el claustro.)* Esto va largo.

JAIME.- Hay bateo para toda la tarde.

EULALIA.- Y a mis sobrinos les da por visitar ahora la sala de incluseros. No me divierten los chiquillos, ni aun aquellos que no tienen quien les haga mimosos.

LA MARQUESA.- *(saludándola.)* Eulalia, felices...

EULALIA.- *(estrechando la mano a la Marquesa y a Daniel.)* Me han dicho que este demonio de Jordana ha decorado la iglesia con una magnificencia asiática.

LA MARQUESA.- Entremos a verla. *(A Daniel.)* Ven tú también. No quiero que te separes de mí.

JAIME.- Yo lo doy por visto.

EULALIA.- *(queriendo llevarle.)* ¿Qué dice el incrédulo, qué dice la Materia?

JAIME.- Que está siempre a disposición del Espíritu. *(Le da el brazo. Los cuatro entran en la iglesia.)*

Escena V

MONCADA, JORDANA

MONCADA.- ¡Cuánto me alegraría de que sus negociaciones, amigo Jordana, tuvieran un éxito feliz! Francamente, esa separación no me gusta.

JORDANA.- Ante todo, Cruz quiere tener una entrevista con usted.

MONCADA.- Pues cuando guste. ¿Debo ir allá?

JORDANA.- Quizás puedan verse aquí. Rechazó con malos modos mi invitación... Pero me puse tan pesado y tan fastidioso, que al fin pude arrancarle la promesa de venir, por supuesto, dándole las seguridades de que no habrá himno, ni memorial presentado por las señoras, ni discurso mío, ni nada de lo que él llama mojiganga.

MONCADA.- Dudo que venga, a pesar de ese cambio en el programa.

JORDANA.- Por si acaso, iré a buscarle. *(Mirando su reloj.)* No; ya no puedo. Daré el encargo a mi primo.

Escena VI

Dichos. VICTORIA, *una* HERMANA DE LA CARIDAD, *que entran por el claustro.*

JORDANA.- *(a su encuentro.)* ¡Ah, señora!...

VICTORIA.- ¿No está aquí Gabriela?

MONCADA.- ¿Pero no fuisteis juntas a ver a los expósitos?

VICTORIA.- Sí; pero allí se nos unieron las de Fiol. Pasamos de sala en sala. Unas bajaban, otras subían. Yo me perdí. Pareciome que Gabriela había bajado al refectorio.

JORDANA.- Ya parecerá...

VICTORIA.- Sor Agustina ha sido tan amable, que además de acompañarme por el laberinto de pasillos y escaleras, me ha informado de varias cosas que necesito saber.

LA HERMANA.- De ropa de cama y envolturas para los niños no estamos bien. ¿Verdad, D. Manuel?

JORDANA.- Lo mejor será que se le dé nota exacta de lo que tenemos en el guardarropa[(6)], de las pensiones de lactancia, del coste anual de cada chiquillo...

VICTORIA.- Eso es. Ya me enterarán de todo cuando estemos más despacio.

LA HERMANA.- Pues con su permiso... *(Saluda y se retira.)*

JORDANA.- Con que... Inspeccionemos el *buffet*.

Escena VII

VICTORIA, MONCADA

VICTORIA.- *(sentándose.)* Cansada estoy de veras...

MONCADA.- *(observando que Victoria se lleva la mano a los ojos, mareada.)* ¿Pero qué tienes?... ¿Te sientes mal?

VICTORIA.- No; se me va la cabeza... Me marea tanto subir y bajar escaleras.

MONCADA.- Tú no estás bien. No te has repuesto aún del disgustazo del otro día...

VICTORIA.- Ya descansaré. Anoche no pude pegar los ojos. Pensaba en el pataleo del pobre animal al encontrarse solo. Además, no se apartan de mi pensamiento las atrocidades que hará separado de mí.

MONCADA.- Me ha contado Jordana que anoche, sentado a la mesa sin probar bocado, su cara tétrica daba compasión.

VICTORIA.- Echaría de menos nuestra conversación amenísima: «Victoria, ¿apuntaste la partida de los moldes?... Sí, hijo...». «Que no se te olvide la rebaja que hemos hecho en los jornales de máquina». Luego hablamos de si el carbón que nos da Rius es peor o mejor que el que nos daba la Compañía Hullera, o del tiempo favorable o adverso para las cochuras. ¡Ya ves qué cosas tan divertidas! Pero estas vulgaridades crían costumbre; y en el molde de la costumbre nos vaciamos y nos endurecemos.

MONCADA.- *(suspirando con profunda pena.)* (¡Pobre hija de mi alma! ¡Y por mí tomó tan pesada Cruz!) Háblame con absoluta sinceridad. ¿Deseas que sea definitiva la separación?

VICTORIA.- Te hablaré como a mi confesor. En los primeros momentos, la separación pareciome un bien. Pasados dos días, ya no me lo parece.

MONCADA.- ¿Volverías?...

VICTORIA.- *(después de vacilar.)* Sí... La vida con Pepet es árida, trabajosa; pero es vida. Es un batallar constante, aunque sin ruido... Soy yo muy guerrera. Peleo, caigo, me levanto, recibo crueles heridas, me las curo con mi bálsamo de Fierabrás, y otra vez a luchar con el gigante.

MONCADA.- (Su grande espíritu la salva.)

VICTORIA.- Y te diré más. Hasta que me separé de él no he conocido que hay algo que hacia él me impele. Atracción misteriosa que no comprenderás quizás.

MONCADA.- Sí que la comprendo. Y él, por su parte, tampoco se aviene con la soledad. Es que hay seres que no pueden vivir sin tener alguien a quien atormentar.

VICTORIA.- Y los hay también que no pueden vivir sin ser atormentados. *(Confusa.)* No sé lo que es esto, y te aseguro que no lo entiendo bien... Pero las cosas muy claras y muy resabidas son para los tontos. Del misterio de las conciencias se alimentan las almas superiores.

MONCADA.- Lo que yo veo, hija de mi alma, es que por ley de costumbre, por el trato, por la sugestión misma del deber, que en ti puede tanto, le has tomado cariño a la fiera.

VICTORIA.- Quizás...

MONCADA.- Cuando aceptaste su mano, mejor dicho, cuando se la pediste tú, en un rapto de exaltación religiosa, por salvarme, creíste afrontar una vida horrenda de sacrificios y mortificaciones crueles. Luego, ha resultado que no es tanto como creías, que aunque no tiene caridad, y mira al prójimo como enemigo, a ti te guarda consideración y respeto.

VICTORIA.- Cierto. Y he venido a pensar que Dios no quiere que yo sea mártir, que fue una chiquillada pensar en tormentos horribles, y que mi destino es una vida pacífica y monótona, labrando sin cesar aquel campo estéril para obtener de él, poquito a poco, frutos de piedad, y hacer algún bien a los que me rodean. Mis aspiraciones se achican; pero son quizás más prácticas...

MONCADA.- En fin, que por una causa o por otra, la separación te disgusta.

VICTORIA.- *(levantándose.)* Y aún no conoces todas las razones que me mandan volver allá.

MONCADA.- *(sorprendido.)* ¡Otras razones! Dímelas.

VICTORIA.- *(con cierta cortedad.)* No... ahora no... (No me atrevo... Gabriela ha quedado en decírselo.)

Escena VIII

Dichos. GABRIELA *y* UNA SEÑORA, *que aparecen por una de las puertas de la izquierda. Poco después* JAIME *y* DANIEL, *por la derecha.*

GABRIELA.- *(en la puerta.)* ¿Pero dónde te metes? Buscándote hace media hora.

VICTORIA.- Pero si os perdisteis... Digo, me perdí yo.

GABRIELA.- Hija, no has visto la cocina... ¡Ay, qué cocina!

LA SEÑORA.- ¡Y qué despensa! No ha visto usted cosa igual. *(Avanzan las dos en la escena.)*

GABRIELA.- Ven, ven.

MONCADA.- Está fatigada. Dejadla.

VICTORIA.- Irá si hay tiempo.

LA SEÑORA.- Venga usted. Es una maravilla de orden y limpieza.

GABRIELA.- *(señalando a la puerta.)* Por esta escalera bajamos en un momento. *(Llévase a Victoria.)*

LA SEÑORA.- Usted también, D. Juan. *(Aparece en la puerta una Hermana con mandil.)*

MONCADA.- ¿Yo también?... Vamos allá. *(Aparecen Daniel y Jaime en la puerta de la iglesia.)* Jóvenes, ¿no quieren ustedes admirar las grandiosas cocinas?

JAIME.- No, señor, las admiraremos sin verlas... cuando nos sirvan el rancho.

MONCADA.- Abur. *(Vase con la Señora por la izquierda.)*

JAIME.- ¿Sabes que me da en la nariz olorcillo de guisote?

DANIEL.- De componenda quieres decir. Jordana es un buen repostero y prepara el pastel.

JAIME.- ¿Qué piensas tú? ¿Tienes la reconciliación por imposible?

DANIEL.- No. Triunfarán las leyes, la moral...

JAIME.- ¡Las leyes, la moral, la religión!... Todo este conjunto artificioso es el soberano constitucional, que reina y no gobierna. Quien manda de verdad es la Naturaleza.

DANIEL.- Tienes razón. Pero la Naturaleza paréceme a mí que ha perdido también los papeles, ¡y hace cada disparate...! En fin, declaro que me aburro aquí soberanamente.

JAIME.- Yo también. Pero no puedo marcharme. Esposo amante, no sé vivir separado de mi cara mitad, y corro tras ella. *(Dirígese a la puerta de la izquierda.)*

DANIEL.- ¿Dónde estará mi madre? *(Como espantado de verse solo.)* No puedo estar solo... ¡Me tengo miedo! *(Al dirigirse al claustro, ve a Cruz y Jordana que llegan despacio, el segundo como enseñando al primero el edificio.)* ¡Ah!, ¡el monstruo!... Ya no me voy.

Escena IX

DANIEL, CRUZ, JORDANA; *después una* HERMANA DE LA CARIDAD.

JORDANA.- *(asustado.)* (¡Daniel aquí!)

CRUZ.- (¡El clérigo!) *(A Jordana con desabrimiento.)* Y en fin, ¿para que me trae usted aquí? *(Daniel y Cruz se miran con rencor.)*

JORDANA.- Señores, yo les ruego... Por Dios, tengan presente la santidad del lugar...

DANIEL.- (La presencia de ese hombre me vuelve al estado de condenación... ¡Oh!, ¿dónde está mi madre? No viéndola, el odio me enardece, mi razón se nubla... Yo quiero matar a ese hombre, o que él me mate a mí.)

JORDANA.- *(como queriendo llevarse a Daniel.)* Querido Marqués...

DANIEL.- Déjeme.

JORDANA.- *(a Cruz.)* Yo creo que con una la explicación...

CRUZ.- *(rechazándole con sequedad.)* ¿Qué sabe usted?

LA HERMANA.- *(que entra presurosa por el claustro.)* Don Manuel, don Manuel, el prior de San Francisco, y seis padres... Dirígense a la iglesia.

JORDANA.- *(muy apurado.)* Avise usted... ¿Ha llegado mi familia?... ¿El niño...?

LA HERMANA.- Arriba están, en el cuarto de la Superiora. *(Vase la Hermana.)*

JORDANA.- *(inquietísimo, sin saber a dónde acudir primero.)* Abajo, la madrina... los de casa, arriba... los frailes, por allá... los convidados, en completa dispersión... el buffet, sin arreglar... estos, con gana de pelea... *(Óyese repique de campanas.)* El prior entra... ¡A dónde acudir! *(Mirando a Cruz y a Daniel.)* ¿Y a mí qué? Mátense en buen hora. *(Entra presuroso en la iglesia. Cesa el toque de campanas.)*

Escena X

CRUZ, DANIEL

DANIEL.- Señor Cruz, la casualidad ha vuelto a reunirnos. ¿Quiere usted que resolvamos nuestra querella por la forma usual del duelo?

CRUZ.- ¡Estúpida forma la del duelo!

DANIEL.- ¿Pues cuál?... ¿Hay otra?

CRUZ.- Sí; si le encuentro a usted en las inmediaciones de mi casa, le mato...

DANIEL.- Pues iré prevenido, y bien podría suceder que le matase yo a usted. No, señor Cruz, eso es un duelo a estilo de salvajes...

CRUZ.- *(después de recapacitar.)* Pues corriente. Batámonos a estilo civilizado.

DANIEL.- Bien.

CRUZ.- Elija usted armas.

DANIEL.- Elíjalas usted. Yo no manejo ninguna. Lo mismo me da, pues siendo usted tan diestro en todas ellas, es seguro que me matará.

CRUZ.- Así lo creo.

DANIEL.- De modo que iré al duelo como víctima indudable; voy al asesinato, mejor dicho.

CRUZ.- Y lo dice tan fresco.

DANIEL.- Sí, porque deseo morir.

CRUZ.- *(flemático.)* Pues entonces, ¿a qué ese duelo, que vuelvo a llamar estúpido? Porque seguramente he de matarle yo, exponiéndome a andar en líos con la justicia. Si de veras apetece la muerte, lo más lógico y llano es que se mate usted. ¡Me parece...!

DANIEL.- *(con efusión ardiente.)* La deseo... sí... No puedo vivir.

CRUZ.- Pues nada más sencillo. Váyase usted por casa. Yo lo doy, digo, le presto un rifle, segurísimo, arma admirable, con la cual da usted el salto al otro mundo casi sin sentirlo.

DANIEL.- Acepto.

CRUZ.- ¿De veras?

DANIEL.- Sí; nada me interesa de la eternidad para acá.

CRUZ.- ¿Nada? Usted ama. Quizás es amado.

DANIEL.- ¡Oh, no! ¡Extraña cosa que yo tenga que declarar ante mi enemigo que no soy amado, y que este horrible vacío de mi vida obra es del despecho!... ¿A qué más explicaciones? Debo perecer... Me llama el abismo. En su fondo veo el descanso.

CRUZ.- Pues... bueno. Quedamos en que va usted por el rifle... Créalo, para mí es muy cómodo desembarazarme con tanta sencillez de la persona que más me carga en el mundo... Pero explíqueme usted mejor... *(interesándose gradualmente en las manifestaciones de Daniel)* los motivos de su desesperación.

DANIEL.- Mi vida... toda equivocaciones. ¿En dónde está la lógica? Para mí hace tiempo que no existe. Persigo fantasmas que se desvanecen cuando los toco. Amé a Victoria, que me abandonó para vestir el hábito monjil.

CRUZ.- Y la pasión que sentía por ella se le torció, como el vino de mala calidad, convirtiéndose en santurronería.

DANIEL.- En fe. Caigo en este lazo que me tendía mi perverso destino, y cuando me creo salvado, Victoria se pasa al enemigo.

CRUZ.- Ya...

DANIEL.- Pero aún me defiendo con la idea mística... Llega por fin un día en que la cólera sacude mi ser. Se desvanece aquel artificio en que yo vivía... Siéntome hombre... Abandona Victoria la casa conyugal... El demonio me tienta... Mi conciencia desconoce la rectitud... La maldad me atrae; me ilusiona el delito. Propongo... encuentro en esa mujer una indiferencia glacial... Ni antes me valió el bien, ni el mal ahora me vale. Estoy perdido, no sé lo que es esperanza. Ya lo ve usted, no puedo ni quiero vivir... *(Con desesperación.)* Deme usted esa arma... pero al instante... *(Queriendo llevarle.)*

CRUZ.- *(le coge fuertemente por la muñeca.)* No.

DANIEL.- Suélteme usted.

CRUZ.- No quiero.

DANIEL.- ¿No desea mi muerte? ¿No me aborrece, como yo a usted?

CRUZ.- Ya no.

DANIEL.- ¿De veras?

CRUZ.- *(con calma.)* No, porque ya no tengo celos. Usted me los quita.

DANIEL.- ¿Yo?

CRUZ.- Sí... Y se han extinguido de golpe en mí las ganas de matarle.

DANIEL.- ¿Por qué?

CRUZ.- Porque veo bien claro que mi mujer no le ama a usted, que nunca le amó. Así me lo había dicho, y lo creí. Después dudé... Pero usted me ha librado en un instante del suplicio de la duda.

DANIEL.- *(como lelo.)* ¡Yo...!

CRUZ.- Porque si mi mujer le amase, aunque fuera con el pensamiento, usted lo conocería... eso se conoce siempre... y conociéndolo, usted no se entregaría a la desesperación, ni pensaría en matarse.

DANIEL.- *(con profunda tristeza.)* Cierto, sí.

CRUZ.- Soy muy rudo, pero a manejar bien la lógica no me gana nadie. *(Daniel, abrumado, se sienta, sosteniendo la cabeza con ambas manos.)* Y ahora, ni acepto el duelo a que antes me provocaba, ni le dejo matarse, ni le presto el rifle.

DANIEL.- *(con rabia sorda.)* (¡Me perdona la vida!)

CRUZ.- Y ya no me falta más que proponer las paces a mi mujer.

DANIEL.- *(con súbito arranque de ira.)* Pues ahora insisto en que nos batamos, sí. No soy tan torpe, no, en el manejo de las armas... ¡Quién sabe!... el demonio que llevo dentro moverá mi brazo.

CRUZ.- *(con calma desdeñosa.)* Reverendo joven, no me bato.

DANIEL.- Le obligaré, injuriándole públicamente.

CRUZ.- Que no, y que no.

DANIEL.- Pasará usted por un cobarde.

CRUZ.- Como sé que no lo soy, no me importa que lo digan.

DANIEL.- *(frenético.)* De modo que no hay manera de romperse la crisma con usted...

CRUZ.- Cuando yo no quiero, no... No le queda a usted más recurso que el suicidio, y yo me permito aconsejarle que no haga la tontería de marchar tan pronto al otro barrio. ¡Flojillo susto para su mamá!

DANIEL.- Mi madre no necesita de mí.

CRUZ.- Es pobre.

DANIEL.- Usted ha devorado los últimos restos de su fortuna.

CRUZ.- Mejor. Admirable ocasión para que usted trabaje. Soy el instrumento de la Providencia, el Dios destructor... Destruyo para que los demás tengan suelo y materiales para edificar...

DANIEL.- *(perplejo.)* (¿Qué dice?)

CRUZ.- Que vuelva usted a la vida ordinaria, que trabaje.

DANIEL.- ¡Vivir, trabajar! ¿Qué significa eso?

CRUZ.- Váyase usted a América... Le daré cartas de recomendación.

DANIEL.- *(con asombro, como vislumbrando una solución.)* ¡Ah!

CRUZ.- ¿Qué? ¿No lo parece mal?

DANIEL.- *(desalentado.)* (Me protege, me humilla... Esto es imposible.)

CRUZ.- América digo. La ausencia suele ser buen médico, como el tiempo.

DANIEL.- *(absorto, la mirada perdida en el espacio.)* ¡América...!

CRUZ.- ¿Qué tal la idea?

DANIEL.- *(apartándose de Cruz como temeroso.)* (Temo que su horrible lógica me conquiste.)

CRUZ.- ¿Qué resuelve?

DANIEL.- Déjeme usted.

CRUZ.- ¿Insiste en matarse?

DANIEL.- Sí... no... no sé... Resueltamente, no.

CRUZ.- Me alegro... ¿Y se va...?

DANIEL.- No sé... *(Lleno de confusión, fluctuando entre sentimientos contradictorios.)* Déjeme... Iré... No, no; no sé... De usted no acepto nada. Iría... sin duda me conviene... Podré vivir, curarme... Mi madre... ¡Cabeza, no te me escapes! *(Oprimiéndola con ambas manos.)* Razón, ¿dónde estás?

CRUZ.- *(con calma.)* Usted lo pensará...

DANIEL.- Lo pensaré... quiero estar solo.

CRUZ.- Y me agradecerá el consejo...

DANIEL.- ¡Agradecer! *(Mirando fijamente, con estupor y recelo.)* No me queda duda: es el demonio, el espíritu tentador, astuto, sabio, fuerte, lógico... ¿Pero cómo, Dios mío, me sugiere la idea salvadora?... Porque sí... me salvaré... América, vida... el mar... tierras lejanas, sí, sí... Lo pensaré: hay que pensarlo. *(Cruz le mira. Daniel, temiendo su mirada, que le fascina, se va alejando, hasta que se arranca a la influencia sugestiva de Cruz, y sale precipitadamente.)*

CRUZ.- *(solo.)* Aceptará la idea. La lógica es lógica.

Escena XI

CRUZ; VICTORIA, GABRIELA, MONCADA, JORDANA, JAIME, DOÑA EULALIA, LA MARQUESA, SEÑORAS *y* CABALLEROS, *que entran por el claustro, entre ellos, ceremoniosamente, una mujer vestida al uso del país con un niño en brazos, envuelto en ricas mantillas y capa de bautizo. Siguen las* HERMANAS DE LA CARIDAD, *un* MONAGUILLO. *Suena el órgano.*

CRUZ.- *(retirándose a la izquierda del proscenio, como para dejar pasar la comitiva, huyendo del compromiso de unirse a ella.)* ¡Para qué me traerá Jordana a estas mojigangas! Mi salvajismo se subleva... *(Reparando en Victoria.)* ¡Mi mujer! Guapa está en verdad.

EULALIA.- *(avanzando hacia Cruz y mirándole de arriba abajo, con desprecio. Márquese bien el aparte, guardando la distancia que el mismo aparte exige.)* (Hombre sin corazón, enemigo de Cristo, Judas que le vendes, sayón que le azotas, ¿qué buscas aquí?) *(Cruz parece entender por la mirada las expresiones de doña Eulalia, y se vuelve para otro lado, encontrándose frente a La Marquesa.)*

LA MARQUESA.- *(mirándole con rencor, también aparte, a distancia conveniente.)* (Bandido de la ley, perseguidor del débil, verdugo de los pobres: mal cuadra aquí tu insolencia si no vienes a humillarte y a renegar del Diablo a quien adoras.) *(Vuélvese Cruz para el otro lado y ve a Gabriela.)*

GABRIELA.- *(aparte.)* (¡Que Dios te confunda, monstruo, y aumente tus riquezas, hasta hacerlas tan grandes como la mar, para que en ellas naufragues y te ahogues!)

CRUZ.- *(aparte, también, con ira y desprecio.)* (Furibundas vienen hoy estas pécoras. *(Por las dos señoras mayores.)* ¡Y esta mocosa! ¡Que modo de mirar!)

VICTORIA.- *(mirando a Cruz que se ha retirado al otro extremo del proscenio y clava en ella los ojos.)* (¡Mal ceño trae mi pobre monstruo!... Descuida... La loca de la casa está hoy muy inspirada, y te amansará. *(Rodéanla las señoras y Hermanas de la Caridad. Coge el niño de brazos de la nodriza. Dirígense a la iglesia. El órgano vuelve a sonar, tocando una marcha religiosa. Los invitados y las Hermanas siguen a Victoria y entran en la iglesia.)*

JORDANA.- *(a Cruz, indicándole que entre.)* ¿Y usted no...?

CRUZ.- *(displicente.)* No quiero. Me quedo aquí. *(Apártase Jordana algo corrido. Pasan todos a la iglesia, menos Cruz y Moncada.)*

Escena XII

CRUZ, MONCADA

CRUZ.- ¿Usted tampoco...?

MONCADA.- Luego. Tengo que decirte dos palabras.

CRUZ.- Vengan.

MONCADA.- Puesto que la separación es inevitable... yo lo siento mucho, Pepet, cree que lo siento... ocupémonos de la cuestión legal, Me figuro que con tu mujer no has de ser tacaño y que le reconocerás una renta decorosa. Pero hay otro asunto más grave...

CRUZ.- ¡Más grave!

MONCADA.- Podría suceder... no afirmo yo que suceda... pero bien podría suceder...

CRUZ.- ¿Qué?

MONCADA.- Una cosa muy natural, Pepet; que tu mujer, dentro de tres, cuatro meses, cinco a lo más...

CRUZ.- *(con febril impaciencia.)* ¿Qué, hombre, qué?

MONCADA.- Pues que me diera un nietecillo.

CRUZ.- Don Juan, don Juan, no juegue usted conmigo, no me busque el genio... Mire que...

MONCADA.- Hay que prever este caso. Pepet, hay que preverlo...

CRUZ.- *(inquietísimo.)* ¿Pero es verdad...? *(Gritando.)* Victoria... que venga... ¿Dónde demonios está?

MONCADA.- Modérate, hijo, ten presente lo sagrado del sitio.

CRUZ.- ¡Estoy en mi casa!... *(Como trastornado.)* ¡Ah!, ¡no! Estoy en el hospital, en este condenado asilo que ha hecho Jordana... Pero dígame usted... ¿es cierto que...? ¿Lo ha dicho usted por broma, por ganas de atormentarme...? Don Juan, sepa usted que no admito bromas... ni de usted ni de nadie las aguanto... Y si es verdad... ¿Pero usted no comprende que...? ¡Un hijo, tener un hijo! Pues ¿para qué me he casado yo? ¿Por qué trabajo, por qué soy como soy...? Don Juan *(cogiéndola por las solapas)* no me contento con que Victoria me dé un hijo. Tiene que darme muchos, muchos; y a todos les criaré en el amor de la propiedad, en la religión del tuyo y mío, en el culto sagrado de la contabilidad, en el trabajo... y en todo lo demás que ella quiera.

MONCADA.- Difícil me parece que tengas tantos... Uno quizás...

CRUZ.- *(furioso.)* ¡Pues no faltaba más...! Digo que nos reconciliaremos, y tendré muchos hijos, don Juan, aunque usted se oponga...

MONCADA.- Yo... como oponerme... no.

CRUZ.- Y realizaré el sueño de mi vida, pese a quien pese. Victoria y yo seremos fundamento de una gallarda generación, y perpetuaré mi nombre, unido al de Moncada, y mis hijos serán condes, duques y marqueses, y vivirán con el esplendor que a su rango corresponde, y aumentarán las riquezas ganadas por su padre, y tendrán inmensa propiedad, tierras sin fin, granjas, montes, valles, provincias, casas, palacios, barrios, ciudades, y nuestra casa, nuestra firma como industriales, como comerciantes, como banqueros, como terratenientes, como especuladores,

como agiotistas... será la primera de Barcelona, y de Cataluña, y de España, y del mundo entero.

MONCADA.- Calma, calma...

CRUZ.- Digo que no hay separación.

MONCADA.- Ella la desea.

CRUZ.- *(paséase furioso por la escena.)* ¡Quitarme mis hijos, privarme de mi sucesión! *(Llamando a gritos.)* ¡Victoria!... ¿Pero cuándo se acaba ese endiablado bautizo...?

MONCADA.- Por Dios, Pepet... ¡qué lenguaje...!

CRUZ.- *(gritando.)* Déjeme usted... ¡Victoria! Esto es un complot infame... Arrollaré cuanto se me ponga por delante. No respeto nada, ni a usted con sus canas venerables, ni a ella con sus remilgos de criatura santa y perfecta...

MONCADA.- La has ofendido gravemente.

CRUZ.- ¡Ceguera de un instante! Soy fácil a la duda, como a la credulidad. Así como en los negocios no ha nacido todavía quien me engañe, en cosas de amor fácilmente me alucino, veo lo que no existe... se me desfiguran y agrandan las cosas... Soy así... Pero, D. Juan, yo creo en ella, creo en mi mujer, la más hermosa creación de la Naturaleza o de quien quiera que se ocupe en crear lo que vemos... y lo que no vemos... D. Juan, no me contradiga.

MONCADA.- No, si yo... no.

CRUZ.- *(con violencia.)* Porque no admito que se me contradiga en esto ni en nada, porque yo sé más que nadie, porque estoy dispuesto a demostrar que tengo razón, que estoy cargado de razón, que yo soy la razón misma, sí señor, la razón...

MONCADA.- *(sujetándole.)* Basta... Bruto, pareces un niño... Ya salen.

Escena XIII

Dichos. La comitiva del bautizo sale de la iglesia; primero las HERMANAS DE LA CARIDAD, *luego las* SEÑORAS *y* CABALLEROS *invitados,* JORDANA *delante. Siguen* JAIME, GABRIELA, DOÑA EULALIA, LA MARQUESA, VICTORIA, LA NODRIZA, *con el niño en brazos.*

CRUZ.- *(a Victoria, dirigiéndose a ella en cuanto la ve.)* Tengo que hablarte.

VICTORIA.- ¿Ahora?

CRUZ.- ¡Ahora y siempre!

VICTORIA.- ¡Pero qué modos! José María... aquí, en este lugar sagrado, ¿también escandalizas?

CRUZ.- Aquí y en todos los lugares sagrados escandalizaré siempre que se me antoje.

VICTORIA.- ¡Oh, qué grosería! ¿Estás loco? Déjame.

CRUZ.- Repito que quiero hablarte.

VICTORIA.- Después.

CRUZ.- Ahora mismo. *(Los demás personajes se fijan en la viveza de este diálogo.)*

JORDANA.- *(tratando de apartar la atención de todos del altercado entre Cruz y Victoria.)* Señoras y caballeros: ha llegado la hora suprema de la reparación... de fuerzas... *(Señalando al buffet, que se ve desde la escena.)* Victoria, usted la primera.

VICTORIA.- Ahora voy.

EULALIA.- *(a Jordana, que sigue invitando.)* Yo no acostumbro tomar nada fuera de mis horas; pero porque usted no diga...

JORDANA.- Señora Marquesa... Gabriela... *(Van pasando todos a la sala del buffet, quedando solos en escena Cruz y Victoria.)*

Escena XIV

CRUZ, VICTORIA

CRUZ.- *(cogiéndole una mano.)* ¿Insistes de veras en la separación?

VICTORIA.- *(asombrada.)* ¿Ahora sales con eso?... ¿Recuerdas lo convenido?

CRUZ.- Sí.

VICTORIA.- ¿Y negarás que me sobran motivos para pedir que se cumpla la condición estipulada?

CRUZ.- *(con fiereza.)* ¡Victoria!

VICTORIA.- No, no me impones miedo. Mis resoluciones, cuanto más repentinas, más duraderas. Un chispazo de mi voluntad, que es algo tempestuosa, me arrancó a la vida religiosa para llevarme al matrimonio. Otro chispazo me separa de ti para volverme a la vida religiosa.

CRUZ.- *(estupefacto.)* ¡Otra vez!

VICTORIA.- Verás... Como no puedo estar ociosa, como mi espíritu, mi naturaleza toda, reclaman ocupación constante, absorbente, he decidido, a instancias del amigo Jordana, encargarme de la dirección de esta casa. Pondré en ello mis cinco sentidos, segura... lo digo con inmodestia... segura de no hacerlo mal. Me propongo organizar con la mayor perfección posible la parte de cuna y establecimiento de maternidad. ¡Ya ves qué satisfacción, qué gloria para mi alma, criar santamente a esta multitud de hijitos, ser la mamá de todos y de cada uno de ellos!

CRUZ.- *(impaciente, receloso.)* Mujer, tú te propones acabar con mi paciencia, y lo conseguirás... Oye. *(Queriendo asirla por un brazo.)*

VICTORIA.- *(apartándose.)* No; perdona... Tengo que entrar un momento en el *buffet.* Creerían que es desaire... *(Dirigiéndose al buffet con paso ligero, a punto que sale de él Jordana.)*

Escena XV

CRUZ, JORDANA

JORDANA.- *(en la puerta del buffet.)* ¿Pero usted no toma nada?

CRUZ.- *(con displicencia.)* Gracias.

JORDANA.- Está de mal temple.

CRUZ.- *(llamándole.)* Dígame. ¿Es cierto que mi mujer piensa ser directora de... no sé... vamos, de esto?

JORDANA.- Tales son sus deseos.

CRUZ.- ¿Y usted consiente...?

JORDANA.- ¿Pues no he de consentir? ¡Y a mucha honra...!

CRUZ.- ¡Jordana! *(Amenazador.)* Le juro a usted... Vamos, de mí no se ríe nadie; y si esta idea de secuestrar a mi mujer llega a ser un hecho, se verá quién es José María Cruz. Pegaré fuego a la casa, azotaré a las Hermanas... y a usted...

JORDANA.- *(con dignidad, retirándose.)* Señor Cruz...

CRUZ.- *(procurando dominarse.)* Perdone usted... No sé... Supongo que todo es broma.

JORDANA.- No lo tengo por tal... Será directora, sí señor. Y yo tan contento. ¿Ve usted esas habitaciones que aún no están ocupadas? *(Señalando a la primera puerta de la derecha.)* Ahí se instalará.

CRUZ.- ¿Ahí? *(Acercándose a la puerta.)* Está bien. *(Llamando.)* ¡Eh...! ¿No hay aquí criados? Que avisen a mi casa para que venga Lluch... y dos o tres mozos...

JORDANA.- ¿Pero qué hace usted?

CRUZ.- Pues mandar que me traigan aquí mi cama, mi mesa, mis libros de contabilidad...

JORDANA.- ¿De veras?

CRUZ.- Sí, hombre, aquí me instalo también. Quiero velar por la niñez... Me interesa extraordinariamente la generación que ha de sucedernos, los que ahora son pequeñitos y mañana serán grandes.

JORDANA.- ¡Y usted...! *(Entusiasmado.)* Venga un abrazo, Sr. Cruz.

CRUZ.- *(rechazándole.)* No, nada de abrazos. Repito que si mi mujer viene aquí, yo también...

JORDANA.- Bien decía yo que eso de la separación era una tontería.

CRUZ.- Claro, una tontería... Nada; cuatro palabras un tanto vivas, un talón que va y vuelve, un hacha levantada... Tuve celos; ya no. *(Recorriendo la escena excitadísimo.)* Lo diré a cuantos quieran oírlo... Que me traigan al clérigo; que me traigan a todos los clérigos del mundo, y les diré que sus envidias de mi felicidad no llegan hasta mí...

JORDANA.- (Nunca le vi tan agitado. Carácter que se desquicia, hombre rendido... Será nuestro al fin.) *(Aparece Victoria por el buffet.)* (Victoria... No estorbemos.) *(Pasa al buffet.)*

Escena XVI

CRUZ, VICTORIA, *comiéndose un bizcocho.*

VICTORIA.- ¡Cómo me gustan hoy los bizcochos! ¡No sé cuántos me he comido!... Y comería más.

CRUZ.- Antojadiza estás... Ea, concluyamos. No admito la separación.

VICTORIA.- *(con la boca llena.)* Me sorprende esa conducta después de haber dudado de mí.

CRUZ.- ¡Dudar! ¿Y quién no duda alguna vez, y ciento y mil? Pues ¿por qué existe la fe, sino porque existió primero su madre, la duda? Yo dudé, es cierto; pero ya creo en ti. ¿Qué más quieres?

VICTORIA.- Quiero más, mucho más. Tu aversión al prójimo, tu crueldad, tu codicia, tu barbarie son una barrera infranqueable que me separa de ti.

CRUZ.- ¿Pero qué pretendes? ¿Que me vuelva otro? ¿Soy acaso la Naturaleza, soy yo quien ha hecho las cosas como son? ¿Puedo yo mudar las causas, quitar y poner los efectos? Si soy así, ¿qué remedio hay más que tomarme o dejarme?... Tú también tienes defectos, Victoria; al menos yo veo defectos en lo que otros ven perfecciones. Eres demasiado religiosa, me acosas, me mareas con tu idea de la caridad, tan distinta de las mías; me sermoneas, me contradices, me abrumas... Y sin embargo, yo me llevo bien con tus defectos, y te quiero a pesar de ellos, y quizás por ellos... Acéptame tú a mí con mis asperezas, como yo te acepto a ti con las tuyas... Porque si mis escamas o aletas de dragón infernal te pinchan y raspan y cortan, a mí... el plumaje de tus alas de ángel, también me... me punza, me roza, me hiere. *(Retírase a la izquierda del proscenio, donde está la mesa. Siéntase junto a ella en actitud reflexiva.)*

VICTORIA.- (Su carácter no puede cambiar. ¿Podría acaso suavizarse un poco?... Para conseguirlo más valdrá la astucia que la fuerza. *(Observándole.)* No puede vivir sin mí... Esto ya es algo... ¿Será cierto, Dios mío, que yo tampoco puedo vivir sin él, sin esa rudeza que me lastima, cuando trato de domarla?... Sí, es ley de vida, ley también de educación, amar a los que corregimos.)

CRUZ.- *(como asaltado de una idea.)* Bueno: accedo a la separación con tal que me libres de una duda que me atormenta. Dime si tu papá se burlaba de mí cuando me indicó hace un rato que...

VICTORIA.- ¿Qué, hombre?

CRUZ.- Que...

VICTORIA.- Parece que estás lelo.

CRUZ.- Que quizás me darías un hijo.

VICTORIA.- *(afectando indiferencia.)* ¿Ya fue papá con el cuento?

CRUZ.- *(vivamente.)* ¡Luego... es verdad!...

VICTORIA.- No he dicho que sea verdad. Es una previsión de papá... *(bromeando)* un por si acaso...

CRUZ.- ¡Victoria... basta de bromas! ¿Es cierto que...?

VICTORIA.- Siéntate...

CRUZ.- *(sentándose.)* Ya estoy.

VICTORIA.- Hablemos claro. *(Coge una silla y se sienta a su lado. Pausa. Expectación de Cruz.)* ¿A cómo lo pagas?

CRUZ.- ¿Qué?

VICTORIA.- Eso que tanto deseas... Así hay que tratarte a ti... Al lado tuyo me he vuelto muy mercachifle, y todo lo cotizo, como tú.

CRUZ.- *(inquietísimo.)* ¡Mujer... mira que...!

VICTORIA.- *(obligándole a sentarse.)* Quieto... Los negocios se tratan con calma y frialdad.

CRUZ.- Pero los hijos no sé yo que se hayan cotizado nunca.

VICTORIA.- Los hijos también, sobre todo cuando los padres son como tú. A ver, clarito, ¿cuánto das?

CRUZ.- *(irritado, levantándose.)* Victoria, no me vuelvas loco. Ahora sí te digo que antes se hundirá el firmamento que consentir yo en la separación.

VICTORIA.- No podrás evitarla sino cotizándome también a mí. Vaya, hombre, me vendo. ¿Cuánto das por mí, ahora que seguramente valgo más que antes, mucho más?

CRUZ.- No compro mercancía que me pertenece.

VICTORIA.- ¿A que sí?

CRUZ.- Bueno: pues propón tú. El que ofrece el artículo, que manifieste en cuánto lo valora.

VICTORIA.- Pues pido... *(reflexiona un instante, con expresión picaresca)* pido... Prepárate, que voy a pedir mucho...

CRUZ.- Preparado estoy.

VICTORIA.- Pues... empiezo por una pretensión muy justa de papá. La perpetuidad por sucesión directa de la casa Cruz Moncada bien merece que reconozcas como nominativas y pertenecientes a mi padre la quinta parte de las acciones del *Banco Industrial*...

CRUZ.- *(vivamente.)* Concedido. (Le daré toda la broza...)

VICTORIA.- Bien.

CRUZ.- Las acciones *letra D*.

VICTORIA.- *(vivamente.)* No, no; eso no.

CRUZ.- ¿Por qué?

VICTORIA.- ¿Pero tú te has creído que yo soy tonta, o que no entiendo de negocios?... Las acciones *letra D* son lo que llamas broza, porque están gravadas con el canon de Foxá.

CRUZ.- *(asombrado.)* Pero...

VICTORIA.- Ándate con cuidado conmigo... Mira que a mí no hay quien me engañe... En fin, las de *letra B*.

CRUZ.- *(haciendo un gran esfuerzo.)* Sea.

VICTORIA.- Adelante... *(sonriendo.)* ¡Si vieras!... Grabada tengo aquí la última cantidad que escribí en el libro de la fábrica. ¡Tengo una memoria...! Era el saldo a tu favor de la cuenta del último trimestre... ¡Bonita cifra! Beneficio líquido: pesetas 27.433 con 78 céntimos.

CRUZ.- Justo, sí.

VICTORIA.- ¡Qué hermosura de trimestre! Parece un sueño, una ilusión...

CRUZ.- Pero no lo es.

VICTORIA.- Pues... ese pico ha de ser para mí.

CRUZ.- ¿El pico? ¿Los 78 céntimos?

VICTORIA.- No...

CRUZ.- ¡Ah, el pico de 433 pesetas! Bien, hija mía... sí... *(muy conciliador)* sí. Puedes repartirlo entre los pobres. Sí, sí... concedido. *(Como sintiéndose tranquilizado.)*

VICTORIA.- Siéntate. No me entiendes. Se te ha metido en la cabeza que tu mujer es una simple, una pobre beata que no sabe más que rezar... y... El pico que quiero, que reclamo, es el total, las 27 mil...

CRUZ.- ¡Y a eso llamas pico! ¡Victoria! *(Levántase airado.)* Vaya; no concedo. Quieres arruinarme... ¡Esto es horrible, Victoria!

VICTORIA.- Bueno, hombre, bueno. Calma: no es para alborotarse. *(Levántase muy tranquila.)* Puesto que no podemos entendernos, adiós.

CRUZ.- *(sujetándola por un brazo.)* Aguarda... ¿Pero tú sabes...? ¡Sino hay en el mundo pobres para limosna tan colosal! ¿Acaso piensas salir a un balcón, y arrojar el dinero a puñados?

VICTORIA.- Venga el pico.

CRUZ.- ¡Es mucho cuento! ¿Pero qué entiendes tú por picos, desventurada?

VICTORIA.- Sé lo que digo. Si soy yo una gran hacendista, y sé más, mucho más que tú. Llamo pico a esa cantidad, considerándola en la cuenta total de tus ganancias. En la liquidación de Bolsa, por diferencias, a fin de mes, has ganado...

CRUZ.- *(interrumpiéndola.)* ¿Tú qué sabes?

VICTORIA.- Es que hay en Bolsa un pajarito que viene volando, y me lo cuenta todo.

CRUZ.- *(burlándose.)* El Espíritu Santo.

VICTORIA.- Justo; el Espíritu Santo. Le vi en éxtasis, y en el pico llevaba un papelito que decía: Pesetas 257.308, con 23 céntimos.

CRUZ.- *(con vivísimo asombro.)* ¿Sabes...?

VICTORIA.- Tonto, ¿crees que no vi la nota que te llevó Huguet el miércoles...?

CRUZ.- *(corrido.)* Pero quia... Tú no sabes... Si no fue tanto... ¡Qué simple eres! Si de esa suma hay que deducir...

VICTORIA.- Lo que te ganó Fábregas... Si estoy en ello. También sé la cifra al céntimo... Mira que te la suelto, y te confundo.

CRUZ.- No, no: basta. Bueno, mujer, maldigo tus actos infernales, o celestiales, o lo que sean; y para que veas que soy conciliador, te doy eso que llamas pico, con tal que cierres el tuyo, y no me pidas más.

VICTORIA.- Pero si ahora empiezo...

CRUZ.- ¿Pero más? *(Aterrado dirígese al otro lado del proscenio. Síguele Victoria.)*

VICTORIA.- Sí, más. Pido que cedas a los Franciscanos el terreno que creen suyo.

CRUZ.- *(Vuelve al otro lado del proscenio.)* No puede ser... Ea... que no.

VICTORIA.- Que sí.

CRUZ.- *(deteniéndose.)* Lo más, lo más que haré en obsequio tuyo es... Vamos, doy a los frailes la mitad... ¡Ya ves...!

VICTORIA.- Todo, todo.

CRUZ.- *(como deseando concluir.)* Pues todo... ¡No dirás ahora...! Ya ves... Me dejo saquear sin compasión.

VICTORIA.- ¡Sí, sí; espléndido está el mozo!

CRUZ.- Me parece que te he pagado bien...

VICTORIA.- Valgo yo mucho más. Y en prueba de que no me taso a desprecio, te exijo que establezcas un Montepío para los obreros inutilizados...

CRUZ.- *(muy conciliador.)* Pues mira; yo también había pensado en eso.

VICTORIA.- Y que dotes a este hospital con diez o doce camas...

CRUZ.- También, también,

VICTORIA.- Y que edifiques dos escuelas...

CRUZ.- Una para niños y otra para... Concedido... Sí, sí... No dirás... Ya ves... Si estoy aterrado de mi prodigalidad.

VICTORIA.- Oh, sí; eres muy pródigo...

CRUZ.- Me parece...

VICTORIA.- No, no te alabes, no te engrías. La prontitud con que has accedido a mis deseos, me prueba que no hay en tu generosidad mérito alguno.

CRUZ.- ¿Cómo?... ¿Qué dices?

VICTORIA.- ¡Si yo te conozco! Si a mí no puedes ocultarme nada... Vas a verlo. Anteayer, poco antes del desagradable suceso que nos separó, recibiste una carta de Mazatlán...

CRUZ.- Sí; anunciándome la muerte del primo Ripoll...

VICTORIA.- *(con picardía.)* Dime, ¿y no dejó alguna cantidad para obras benéficas en Barcelona?

CRUZ.- *(absorto.)* ¿Pero como sabes...?

VICTORIA.- No sé: adivino. Soy maga, sibila, profetisa... ¿No lo habías conocido hasta ahora?

CRUZ.- *(corrido.)* Pues sí, ha dejado... algo sí... vamos, veinte mil duros para obras de beneficencia.

VICTORIA.- Nombrándote su ejecutor testamentario para ese fin...

CRUZ.- Con facultades omnímodas.

VICTORIA.- Lo comprendí, lo adiviné. ¿De qué me serviría este numen, luz del Cielo más bien, si no me sirviera para explorar el fondo de tu alma... y toda la trama oculta de tus negocios?

CRUZ.- Pero si lo que te he concedido vale más, mucho más...

VICTORIA.- Eso... lo veríamos.

CRUZ.- *(exagerando.)* Muchísimo más.

VICTORIA.- Muy poco significan tus regateadas mercedes, José María. Prepárate: tu antojadiza esposa, si por tal la quieres y la estimas, te va a dar un pellizco...

CRUZ.- *(rugiendo.)* Vive Dios... ¡Victoria! ¿Pero más?

VICTORIA.- Sí, más, más. Pido que concluyas las obras de este Santo Asilo.

CRUZ.- *(airado, violento.)* Mujer... basta... ¡Pero tú te propones dejarme en la miseria! *(Recorriendo agitadísimo la escena.)* ¿Concluir esto?... ¿Estás loca? ¿Pero tu sabes...?

VICTORIA.- Sí; conozco bien el plano.

CRUZ.- *(nervioso, excitadísimo, mirando hacia el claustro.)* Pues ahí es una friolera... Falta el ala derecha... falta la iglesia definitiva... con dos torres muy grandes... que llegan al cielo... No, no, imposible... Hija mía, no, no puede ser. Hasta aquí llegué... Ni Cristo pasó de la Cruz, ni esta Cruz pasa de aquí.

VICTORIA.- Pues no podemos entendernos.

CRUZ.- Cierto que no hay manera de entendernos... Mejor... Porque sería mi ruina, y... No, no...

VICTORIA.- Pues, hijo, yo no transijo.

CRUZ.- Ni yo... ni yo tampoco.

VICTORIA.- Rotas las negociaciones.

CRUZ.- Pues rotas... ea...

VICTORIA.- Separación.

CRUZ.- Pues separación... y cada cual por su lado... Pues no faltaba más.

VICTORIA.- *(dándole el sombrero y señalándole la salida.)* Estoy en mi casa. Toma... por allí se sale.

CRUZ.- *(toma el sombrero y luego lo deja.)* Victoria... aguarda... oye... Busquemos una transacción. Daré a Jordana una cantidad...

VICTORIA.- *(con energía.)* No, no; has de terminar por tu cuenta el edificio, cueste lo que cueste.

CRUZ.- No, no, no... Yo estoy loco... Déjame... ¿Qué es esto?... Paréceme que la armonía del mundo se trastorna... la tierra se resquebraja... el cielo se desquicia... No, no; yo quiero ser siempre José María Cruz... Victoria, óyeme... ¿No podríamos...?

VICTORIA.- *(sentándose.)* ¿Qué?

CRUZ.- Encontrar un medio, una fórmula... simplificando las obras, modificando el plano y el presupuesto...

VICTORIA.- Todo ha de ser como está proyectado...

CRUZ.- *(pateando.)* ¡Por vida de...! Pero, mujer, siquiera... ¿A qué esas dos torres? Con una basta... y chiquita... y de ladrillo.

VICTORIA.- Han de ser dos, y de piedra, y grandes, grandes... y en los cimientos de la iglesia, una cripta...

CRUZ.- ¡Una cripta!

VICTORIA.- *(cariñosamente.)* Sí, en la cual labraremos nuestros sepulcros, el tuyo, el mío, y los de nuestros hijos; y cuando muy viejecitos ya, cargados de años y de méritos, nos muramos...

CRUZ.- Nos enterrarán allí...

VICTORIA.- Sí... yo así *(indicando la actitud de una estatua yacente)*, tú a mi lado.

CRUZ.- Eternamente juntos...

VICTORIA.- Nuestros huesos; que las almas... En el cielo estará la mía.

CRUZ.- La mía también... ¿Eh?, qué crees... Me colaré como pueda... Sobornaré a San Pedro...

VICTORIA.- Sí: bueno estás tú para sobornar. En fin...

CRUZ.- *(trastornado.)* Victoria... me fascinas... me enloqueces, me... Pero no, no puedes conquistarme, no me conquistarás...

VICTORIA.- ¿A que sí?

CRUZ.- *(sentado, indicando confusión y abatimiento.)* No, no.

VICTORIA.- *(cariñosamente, pasándole la mano por los hombros.)* Si mi monstruo es mejor de lo que parece, y...

CRUZ.- *(con abatimiento.)* Eso me agrada, sí...

VICTORIA.- ¿Qué?

CRUZ.- Que me llames tú monstruo...

VICTORIA.- Mi monstruo... sí... Si aunque no quieras, mío has de ser por los siglos de los siglos. Y ahora, has de prometerme terminar esta casa de Dios.

CRUZ.- *(luchando y casi sin fuerzas ya.)* Victoria, por piedad... ¡Ay, no puedo más!, remátame de una vez...

VICTORIA.- ¿Convencido?

CRUZ.- *(con desaliento.)* Y anonadado... No me conozco... no sé lo que me pasa... Mujer mía, yo te suplico, por lo que más quieras, por San Pedro y San Juan y San Francisco, y todos los santos, que no me atormentes más... Mira que entrego el alma...

VICTORIA.- *(acariciándole.)* Monstruo mío querido, cálmate...

CRUZ.- *(angustiado.)* Pero ¿no más...?, ¿ya no más?

VICTORIA.- Ay, quisiera poner punto final. Pero no puede ser...

CRUZ.- ¡Cómo!

VICTORIA.- Lo siento, lo siento mucho... Me duele verte padecer... Padezco yo tanto como tú.

CRUZ.- *(desesperado.)* Todavía más...

VICTORIA.- Sí... no hay otro remedio. Dios me lo manda. Ya sabes que mis actos obedecen a un impulso superior, misterioso... Yo bien quisiera no mortificarte más; pero... tengo que darte otro pellizquito... otro, sí... será leve, suavecito... Resígnate. Ya ves que lo siento, que me duele tanto como a ti.

CRUZ.- A ver... di... despacha pronto.

VICTORIA.- Necesito el Clot...

CRUZ.- *(levantándose airado.)* ¡Oh, el Clot!... Es burla... ¡Rayos y truenos...! No... Victoria. ¡Maldita sea mi condescendencia, maldita tu terquedad! Quieres que acabemos por pedir limosna. ¡Oh, quitarme esa hermosa finca...!

VICTORIA.- *(calmándole.)* Sosiegate... por Dios... Monstruo querido... dragoncito mío... Déjame que te explique...

CRUZ.- *(cae en el sillón y se golpea la cabeza.)* ¡Negación de mí mismo!... No puede ser, no

VICTORIA.- *(sujetándole las manos para que no se dé golpes en el cráneo.)* ¡Pero no te pegues... pobrecito! *(Le besa la cabeza.)* Óyeme... Necesito esa finca, para un regalo que tendré que hacer... ¿Sabes? Dentro de cuatro meses, día más, día menos...

CRUZ.- *(alelado.)* ¡Cuatro meses...!

VICTORIA.- Sí, hijo mío... Tengo que obsequiar dignamente a una persona, a una excelente amiga mía, que en la fecha que te indico se unirá a nosotros con parentesco espiritual... Ya comprendes.

CRUZ.- Sí, sí... comprendo... Muy bonito; soy feliz... pero a pesar de todo... no puedo darte el Clot; yo te suplico que no me lo pidas. Tengo el proyecto de establecer en él una gran industria, y... Te daré otra cosa... pide, saquéame, devórame, arruíname. Pero eso, ¡ay!... eso no...

VICTORIA.- Siento mucho que no puedas... porque sin esa concesión, no volveré a tu lado... Pobre monstruo mío, te morirás de pena sin mí... y yo... yo, ¿a qué negarlo? yo sin ti, también... *(Con emoción. Se aleja de él y se sienta.)*

CRUZ.- *(corriendo a su lado.)* Victoria, no digas que...

VICTORIA.- Quisiera ceder, transigir; pero es imposible, ay...

CRUZ.- Considera... yo, yo, como jefe de la familia, yo, el padre, debo velar por la propiedad, por los intereses.

VICTORIA.- *(levantándose orgullosa.)* ¡Ah!, no... eso es una antigualla. Dios me ilumina, y me dice que las madres gobiernan el mundo.

CRUZ.- ¡Las madres!

VICTORIA.- *(con bríо.)* Sí... Basta. Sométete... pero en absoluto, sin condiciones... Silencio...

CRUZ.- Pero, por Dios, no lo digas a nadie. Guarda el secreto de mi conquista. Me avergüenzo de la traición que hago a mi carácter.

VICTORIA.- Déjame a mí. Soy tu ángel bueno... No temas... Ea, vengan todos acá. *(Gritando.)* ¡Papá, Gabriela, Florentina, Jordana!

Escena última

Dichos. MONCADA, GABRIELA, DOÑA EULALIA, LA MARQUESA, DANIEL, JAIME, JORDANA, *que entran por el buffet.*

VICTORIA.- Mi marido y yo hemos resuelto terminar las obras de este gran edificio... *(Asombro en todos.)*

JORDANA.- Milagro, milagro... ¡Eh!, que venga el organista... los chiquillos a entonar el himno... Música, cohetes. *(Sale disparado por el fondo.)*

VICTORIA.- *(aparte a Moncada.)* Papá, todo conseguido... *(A la Marquesa en voz alta.)* Florentina, alegrarse. El Clot volverá a ser de usted...

LA MARQUESA.- ¡Dios te bendiga! *(Le abraza llorando.)*

VICTORIA.- Y tú, Daniel, ya no vas a América. Abre tu bufete; mi marido y yo te nombramos letrado de la casa.

DANIEL.- ¡Humillación!... ¡Absurdo!

CRUZ.- Pero...

VICTORIA.- Me constituyo en dictadora, lo mando y a callar todo el mundo.

MONCADA.- Eres hombre vencido y domado, Victoria hace de ti lo que quiere.

CRUZ.- Eso; no. Mientras más la quiero, más me afirmo en ser lo que soy. Es que teniéndome, por indomable, me agradan los latigazos de la domadora. Ni yo puedo vivir sin ella, ni ella sin mí. Que lo diga, que lo confiese.

VICTORIA.- *(con arranque.)* Lo confieso, sí. Eres el mal, y si el mal no existiera, los buenos no sabríamos qué hacer... ni podríamos vivir.

FIN DE LA LOCA DE LA CASA

ÍNDICE

Acto primero 5
Escena primera 5
Escena II 8
Escena III 11
Escena IV 12
Escena V 14
Escena VI 16
Escena VII 18
Escena VIII 25
Escena IX 25
Escena X 27
Escena XI 28
Escena XII 30
Escena XIII 30
Escena XIV 32
Escena XV 32
Acto segundo 34
Escena primera 34
Escena II 39
Escena III 41
Escena IV 43
Escena V 45
Escena VI 46
Escena VII 48
Escena VIII 49
Escena IX 50
Escena X 50
Escena XI 53
Escena XII 54
Escena XIII 57
Escena XIV 58
Escena XV 59
Escena XVI 60
Escena XVII 61
Escena XVIII 64
Escena XIX 66
Acto tercero 68
Escena primera 68
Escena II 71
Escena III 73
Escena IV 74
Escena V 76
Escena VI 76
Escena VII 79
Escena VIII 80
Escena IX 82
Escena X 83
Escena XI 84
Escena XII 84
Escena XIII 86
Escena XIV 87

Escena XV 87
Escena XVI 88
Escena XVII 89
Escena XVIII 93
Escena XIX 97
Acto cuarto 98
Escena primera 98
Escena II 99
Escena III 101
Escena IV 102
Escena V 103
Escena VI 104
Escena VII 104
Escena VIII 106
Escena IX 107
Escena X 108
Escena XI 112
Escena XII 113
Escena XIII 115
Escena XIV 116
Escena XV 117
Escena XVI 118
Escena última 127